NATURALEZA HUMANA Y EDUCACION

Alberto L. Merani

COLECCION PEDAGOGICA



NATURALEZA HUMANA
Y EDUCACION

Indice

Primera Parte

Segunda Parte

Títulos originales de los trabajos de Itard, aquí reproducidos: *De l'éducation d'un homme sauvage ou des premiers développements physiques et moraux du jeune sauvage de l'Aveyron* y *Rapport fait à S.E. le ministre de l'Intérieur sur les nombreux développements et l'état actuel du sauvage de l'Aveyron*, traducidos por Susana Merani.

Primera Parte

NATURALEZA HUMANA

Advertencia

Cuando Demócrito afirmaba: "Todo lo que existe en el universo es fruto del azar y de la necesidad", ya advertía en el siglo V A.C. que el *hombre* y la *naturaleza humana* también pertenecen al orden de los seres y de los fenómenos naturales. Demostrarlo fue una lucha que duró milenios y, aun hoy, no están completamente destronadas las imágenes del hombre, de la humanidad, concebidas como las de un ser y de una entidad separadas del resto de los seres vivos y entidades. Fuente de todas las ilusiones metafísicas y antropomórficas que acuñó el pensamiento, y concibe todavía, el concepto de naturaleza humana posee ahora, desvinculado del pretexto teológico y de la necesidad dogmática

del idealismo filosófico y del vitalismo biológico, la concreción del hecho natural e histórico.

Si el evolucionismo como teoría sirvió para demostrarlo, hoy éste está confirmado por la teoría física de la herencia, esto es, la teoría molecular del código genético. Por su parte, la historicidad de la naturaleza humana está fuera de cualquier sospecha; conceptos éstos que son conflátiles, cuya fusión y antítesis nos demuestran lo que realmente somos como humanos. La historia crítica de este problema es la que trazamos aquí para demostrar su importancia y destacar la solución actual del mismo; pero, como quiera que sea, su planteamiento involucra el de la educación —¿ayudamos a desarrollar al hombre *in nuce* en el ser humano, o lo creamos?—, y, además, como fue en el campo de la pedagogía con Itard, que el carácter evolutivo e histórico de la naturaleza humana se intuyó por primera vez, se nos presenta como unidad indisoluble, que demuestra la razón del título de este ensayo, y lo justifica.

Por otra parte, con sentido práctico a nadie interesa esto más que a los educadores, y por ello hemos seguido nuestro trabajo con la "Memoria" y el "Informe", que en los años de 1801 y de 1807, respectivamente, publicara Itard. En los mismos no sólo está el reconocimiento de la naturaleza humana como fenómeno evolutivo e histórico, con adelantamiento genial a su época, sino que sus experiencias inician la educación de los débiles mentales, reforman la de los físicamente disminuidos y, sobre todo, echan las bases de la actual *educación activa*. Comprender esto, analizar cómo aprovechar a fondo sus 'intuiciones", reconocer que sin un concepto adecuado de la naturaleza humana no se estructura una verdadera educación, y ayudar a establecer qué es la naturaleza humana, son las finalidades de este libro.

Por último, los textos de Itard estaban inéditos en español y ningún educador puede ignorarlos. Ser maestro sin haberlos leído, reflexionado, es como oficiar misa ignorando el Credo. Su traducción, realizada con respeto absoluto de la prosa y de la sintaxis a veces singulares de Itard, fue un trabajo difícil, pero bien logrado por Susana Merani. En cuanto a la presentación y a las notas críticas que pusimos al texto de Itard, no representan un adorno ni son un pobre alarde de erudición; son las referencias necesarias para comprender con la mentalidad actual lo que expresaba un hombre formado en el siglo XVIII y que lanzaba, al comenzar el siglo XIX, una idea genial que únicamente sería asida en sus verdaderos alcances cien años después.

Alberto L. Merani

Premisa

Muy a menudo la discusión en torno de la "naturaleza" humana se presenta como esos grandes frescos renacentistas que en el conglomerado de sus figuras encierran la historia de la humanidad. Otras veces se la reduce a formulaciones tan escuetas que apenas parece un punto más, y no de los muy importantes, de la complejidad del viviente. En uno y otro caso la declamación suele estar por encima de los hechos y se termina, inevitablemente, por moralizar. Pareciera que no se puede hablar de la naturaleza humana sin una postura ética, sin juzgar y hacerlo de acuerdo con normas que finalmente son producto de la misma situación definida. Este círculo vicioso, que caracterizara a la

gran historia de los siglos pasados, es hoy recurso obligado de la pequeña historia. Cada vez que se traza el cuadro de una época, que se busca en sus motivos, determinaciones y finalidades la explicación de lo sucedido en su duración, se termina —obligación del oficio— por acudir a la muletilla de la naturaleza humana. Difícilmente encontramos circunstancias de la humanidad que no hayan sido tratadas de ese modo, y hoy, como antes, el recurso arrastra la conclusión de que es humano, "demasiado humano" diría Nietzsche, proceder de esa manera.

Todavía más, cuando el planteamiento enfrenta con la definición de los valores humanos, se agrega como complemento natural la educación. Si se analiza lo negativo de las acciones humanas, se piensa de inmediato en la incapacidad de la educación para transformar su naturaleza; si se exalta lo positivo, se reconoce el valor de plasmar esa naturaleza según normas de una filosofía de los fines de la cultura y del saber. Más aún, en el terreno de la práctica, la psicología, la sociología, la biología, la pedagogía, la política, trabajan activamente en torno de la naturaleza humana. Y cuando alguien se pregunta si la actitud del hombre moderno frente a su naturaleza se distingue fundamentalmente de la de otros tiempos, de manera de constiuir un punto de partida completamente diferente para todas sus relaciones con la naturaleza en general, como vida que se autoconstruye, la respuesta es descriptiva y no va más allá de las formas. La actitud de nuestro tiempo ya no se expresa como en siglos pasados por una vasta filosofía de la naturaleza; por lo contrario, está determinada en gran medida por las ciencias de la naturaleza y por las modernas técnicas sociales. Por ello no sólo el filósofo se interroga sobre el carácter de la imagen que de su naturaleza se forja el hombre, sino que también el científico penetra en el problema.

Sin embargo, se impone una reserva que impide creer que el problema de la naturaleza humana en sí ha sido mejor interpretado o definido. En efecto, la imagen de lo humano que dan las ciencias de la naturaleza y las ciencias sociales no influye directamente sobre el diálogo del hombre con el hombre mismo. Por lo contrario, se tiene el derecho de creer que los cambios en la base de las ciencias modernas de la naturaleza y de la sociedad son el síntoma de transformaciones profundas en los fundamentos de nuestra existencia que provocan reacciones en los demás dominios de la vida. Desde este punto de vista, es importante observar que la vida moderna está caracterizada por el fenó-

meno de la alienación.* No se trata, por supuesto, de un fenómeno nuevo en la historia, ni tampoco de las formas secundarias y derivadas de alienación que la propaganda, o acontecimientos fortuitos, presentan cotidianamente como propios de la condición humana: alienación sexual, artística, por los estupefacientes y drogas, de hábitos y costumbres, etc., sino de la fundamental, la *alienación por el trabajo,* que determina condición y actitud del hombre dentro de la humanidad, y reduce la naturaleza humana al estado de *Homo oeconomicus.*

Vistas así las cosas, es importante penetrar su naturaleza tanto para crear como para explicar, preguntarse qué transformaciones de su propia naturaleza pueden ser producidas en el hombre por la educación, y en qué medida esas transformaciones corresponden al esquema de un suceder racional de las presiones que así actúan o, si se producen al azar, de cambios que casi nunca esperamos, que siempre nos sorprenden, o jamás llegamos a explicarnos a fondo. La educación es uno de los temas de nuestro siglo; de ella se espera todo, y tanta es la confianza depositada en su capacidad de transformar, que hasta en las competencias de predominio económico y social las grandes potencias "espían" sus éxitos con el mismo celo que los planes de los estados mayores. Sin duda, no se trata de una puerilidad más; la historia del siglo XIX es en buena parte expresión de encarnizada lucha por el dominio académico. El Estado, las confesiones religiosas, los núcleos económicos se disputaron su manejo como elemento fundamental de predominio; hoy, la situación no ha cambiado, y nadie discute que quien orienta la educación finalmente gobierna.

Pero ¿ha comprendido la pedagogía cuál es el carácter de la naturaleza humana? Instrumento hoy por hoy de la economía y de la política, herramienta del régimen industrial, la pedagogía contemporánea presenta tantas orientaciones generales como sistemas socioeconómicos se disputan la hegemonía. Hubo una pedagogía del nazismo, otra del fascismo; hay una pedagogía liberal y otra del Estado, las del régimen capitalista y del socialismo,** y fuera de las circunstancias técnicas o de lugar que modifican sus aspectos particulares, la diferenciación básica y general estriba en el concepto de la naturaleza del hombre a educar. La educación revela de este modo poseer un núcleo esencial que la determina o que ella determina: la naturaleza

* Véase Alberto L. Merani, *Psicología y alienación,* Colección 70, Grijalbo, México. (De próxima aparición.)

** Véase Alberto L. Merani, *Psicología y educación,* Grijalbo, México, 1969.

humana, y de esta manera maneja únicamente circunstancias o las crea, apuntala al hombre en su marcha por la historia, o hace historia creando ese hombre.

Comprender este fenómeno es fundamental, y de la decisión sobre el mismo depende el futuro de la humanidad. No es un metodologismo esterilizador, árido y sin consecuencias generales el que determina una mejor o peor educación, el éxito o el fracaso de este o aquel sistema pedagógico, sino el planteamiento claro, preciso, del problema de la naturaleza humana. Si vamos a educar, sepamos por lo menos a quien educamos, por qué lo educamos; o sea, en qué medida apuntalamos simplemente un desarrollo natural o estamos realizando una transformación. Y la respuesta, que es una respuesta para la humanidad, cobra visos de alternativa trágica para el Tercer Mundo, al que pertenecemos. Del subdesarrollo no nos sacará en definitiva la técnica con sus milagros de producción, la eficacia administrativa de la tecnocracia, ni la avidez de la sociedad de consumo, que se dice eleva las aspiraciones humanas, sino la estructuración de un nuevo hombre. Nuestra piedra de toque es la educación, pero que resulte creadora, fecundante, o nos sumerja una vez más en la duplicación indígena de tipos clásicos, depende de la respuesta que podamos dar al problema de la naturaleza humana.

I

El problema de la naturaleza

El hombre pertenece a la naturaleza, y aceptamos que la *hominización*[1] es un fenómeno propio de las transformaciones que la determinan. Para su interpretación, este hecho nos obliga a introducirnos con un esfuerzo de retrospección hasta las raíces históricas de las ciencias modernas de la naturaleza, o dicho con otras palabras, a trazar el panorama de los cambios sucesivos en la actitud de los científicos y filósofos frente a la

[1] Véase Henri Piéron, *¿Qué es la hominización?*, Universidad de los Andes, Mérida, Venezuela, 1961.

naturaleza; esto es, su interpretación. Cuando en el siglo XVII Kepler, Galileo y Newton echaron las bases de una nueva cosmovisión y elaboraron la ciencia moderna de la naturaleza, prevalecía todavía la imagen del mundo que forjara la Edad Media. A pesar de las sátiras feroces de Rabelais,[2] el hombre del siglo XVII veía ante todo y a su alrededor únicamente lo que Dios creó, y aunque establecidas las leyes del movimiento elíptico de los astros en torno del Sol, la rotación de la Tierra,[3] la ley de la caída libre de los cuerpos y la ley de la gravedad, la naturaleza entera, comprendidas sus armonías y discordancias, era vista como obra divina.

Naturalmente, investigar al mundo material sin tener en cuenta la presencia de Dios carecía de significado. La distinción escolástica de *Natura naturans* —Naturaleza que crea— y *Natura naturata* —Naturaleza creada— continuaba en toda su vigencia. Spinoza mismo, aunque acusado de impiedad por el Sanedrín,[4] la utilizaba, identificando la primera con Dios en tanto que Creador y Conservador de todas las cosas, y la segunda con el conjunto de las cosas creadas. En resumidas cuentas, para esos científicos y filósofos, como para la generalidad de la gente de entonces, interrogar los fenómenos de la naturaleza era descubrir las intenciones de Dios, penetrar en el plan divino y, en cierta manera, juzgar del mismo, lo que exigía no pecar de soberbia y disculparse, con largos circunloquios, a la manera de Kepler al concluir el último volumen de su *Armonía cósmica*:[5] "Te agradezco, mi Dios, nuestro Creador, de haberme permitido contemplar la belleza de tu Creación, y me regocijo con las obras de tus manos. ¡Mira!, he concluido la obra para la que me sentí llamado, hice valer el talento que me diste; he anunciado a los hombres el esplendor de tus obras: en la medida que mi espíritu limitado pudo comprenderlas, los hombres leerán aquí las pruebas."

No obstante, y casi de golpe, unas decenas de años más cambiarán fundamentalmente la actitud del hombre frente a la naturaleza. Galileo había probado que se puede separar del conjunto algunos fenómenos de la naturaleza y, más todavía, formularlos matemáticamente, y, por consiguiente, según el concepto

[2] François Rabelais, *Gargantua et Pantagruel*, Lyon, Juste, 1542; para el *Tiers Livre*, Paris, Fezandat, 1552.

[3] La afirmación del movimiento de rotación de la Tierra fue una de las piezas de la acusación y condena de Galileo (1543-1642) por el Santo Oficio.

[4] Benito Baruch Spinoza (1632-1677), filósofo que en 1652 fue condenado por herético al judaísmo.

[5] Johan Kepler, *Harmonici mundi*, 1619. En esta obra estableció la tercera ley que lleva su nombre.

científico de entonces explicarlos. La explicación galileana, que se abrió camino rápidamente, pone entre paréntesis, como dirían los existencialistas de hoy, el problema de la Creación, de la actividad del Creador, y sin negar ni afirmar nada al respecto, estudia los fenómenos aislándolos de ese contexto metafísico. Inclusive para Newton, famoso por su piedad y sus reflexiones teológicas,[6] ya el universo no era simplemente la obra de Dios, concebible únicamente como totalidad. "Tenía, escribe, la impresión de ser un niño que, jugando a orillas del mar, se siente feliz por encontrar cada tanto un canto rodado más liso, una conchilla más hermosa que lo usual ,en tanto que el vasto océano de la verdad se extendía inexplorado delante mío."

Para el pensamiento de la época, Dios comienza a aparecer tan alto en el cielo, tan alejado de la Tierra, que no carecía por completo de sentido considerar a ésta con independencia del Creador. Muchas veces se ha hablado de esto como de una forma específicamente cristiana de impiedad, e inclusive explicado así por qué ninguna evolución correspondiente se produjo en otras culturas.[7] Tal vez sea simplificar demasiado las cosas encarándolas bajo este aspecto y es, sin duda, necesario considerar cómo la evolución súbita y explosiva de la técnica que se preparaba, y que se realizaría en el siglo siguiente, exigía ya considerarla con independencia del tema religioso, como sujeto de representación estética a la manera de Vico, o como se comenzaría a decir en el siglo XIX, y se dice todavía, de consideración histórica.

Al interpretar la naturaleza fuera de Dios, también se la interpreta fuera de los hombres, a los que se sigue tratando como directamente unidos y dependientes del Creador. De esta manera surge el ideal de una descripción *objetiva* en lo que concierne a las ciencias que se ocupan directamente de la naturaleza. El método galileano, apoyándose sobre el trípode del sentimiento, la razón y la experiencia, procura observar objetivamente los fenómenos de la naturaleza, y comprenderlos según leyes también naturales y objetivas. Las relaciones entre los fenómenos son formuladas matemáticamente y se ensaya alcanzar "leyes" que se apliquen, sin restricciones, al cosmos entero. Galileo, Torricelli, Pascal, Newton, Boyle crean la física, y gradualmente se entrevé la posibilidad de utilizar las fuerzas naturales para los fines de la técnica.

[6] Sus escritos sobre teología y cuestiones bíblicas fueron publicados por Horsley, en su *Isaaci Newtoni Opera quae existunt omnia*, 1779.

[7] Es la opinión de Werner Heisenberg, en *La nature dans la physique contemporaine*, Paris, 1962.

El siglo XVIII será la centuria del desarrollo grandioso de la mecánica, y gradualmente viejos conceptos sobre la naturaleza pierden validez y desaparecen poco a poco de las discusiones y de los textos. El término mismo de "naturaleza" cambia de significado y adquiere un sentido concreto representado, hablando con propiedad, por el mundo exterior que es objeto de las ciencias de la naturaleza, y que se opone al mundo interior del pensamiento, que sigue siendo el de Dios, y a las transformaciones realizadas por el hombre en ese mundo exterior, que finalmente serán dominio de la historia. La naturaleza deja de ser objeto de contemplación y de admiración, y pasa de inmediato a ser materia de una acción que procura interpretarla y explicarla. El concepto de la acción que tiende a transformarla únicamente aparecerá después de mediados del siglo XIX, cuando el hombre, con su pensamiento y actividad, también comience a ser incluido en el todo de los fenómenos naturales.

En la medida que la naturaleza es objeto de investigación de las ciencias, el significado del término se transforma. De "esencia" de una cosa de la que comprendemos lo que es, o sea su idea, que envuelve su inteligibilidad, se transforma en el nombre colectivo de todos los dominios de la experiencia accesible por la ciencia y la técnica, con independencia de que para la experiencia inmediata esos dominios pertenezcan o no a la "naturaleza". La "descripción" de la naturaleza, que antes de los Galileo, los Newton fuera un concepto de representación viviente, una cuestión estética, y sobre todo de comprensión metafísica del universo a través de sus detalles, cambia enteramente de significado. Ahora se trata de coleccionar de la manera más precisa, condensada, completa en lo posible, datos sobre las relaciones que existen en la naturaleza. Es el concepto moderno de "leyes de la naturaleza", que sustituye con fórmulas matemáticas los cuadros sorprendentes y literarios de los aspectos de la naturaleza, que en lugar de reverenciar y aceptar como un todo los fenómenos, busca ansiosa e incansablemente reducirlos a expresiones comprensivas, a determinaciones mecánicas que engloban los casos particulares en otros más generales, y así sucesivamente. El conocimiento del fenómeno en sí se le sustituye por el de las relaciones entre los fenómenos. La descripción de la naturaleza aparece como reducción a fórmulas matemáticas cada vez más generales, como enunciación de "leyes", que involucrándose por grados sucesivos deben desembocar en una sola y única ley general.

Durante el siglo XVIII y gran parte del XIX, la naturaleza

parecía desarrollarse según leyes precisas en el espacio y en el tiempo, de manera que al describir ese desarrollo se podía hacer abstracción del hombre, lo que en principio constituyó la regla. Un universo de una mecánica tan rígida requería un elemento constante en la transformación de los fenómenos, que se identificaba con la materia inalterable en su masa, susceptible de ser movida por fuerzas. De la misma manera que en la filosofía de Demócrito, veinticuatro siglos antes, el atomismo novocentista consideraba las cualidades sensibles de la materia como apariencias. El olor, el color, la temperatura y la dureza, resultaban de las acciones recíprocas entre la materia y nuestros sentidos. La cinemática y la dinámica se introducen de este modo profundamente en el concepto de naturaleza, que poco a poco se explica por la disposición y movimiento de los átomos y por el efecto de esa disposición sobre nuestros sentidos.

Frente a la imagen complicada, barroca en todos los detalles, que se forjara de la naturaleza hasta la época de los analistas, surge con ellos una imagen simplificada del universo. Para el materialismo mecanicista del siglo XIX se trata de átomos inalterables que se mueven en el espacio y en el tiempo, y provocan por su disposición y movimientos recíprocos los fenómenos del universo sensible. La naturaleza aparece como un gran guiñol con movimientos ordenados, con fuerzas reguladas, que la legalidad científica interpreta y el sensorio humano percibe en sus efectos. De cualquier manera que se consideren las cosas del hombre, como ser de naturaleza pertenece a una clase diversa, puesta entre paréntesis de la misma manera que el siglo XVII hiciera con el Creador y la Creación. Mientras las ciencias naturales lo explican como a un cuerpo físico cualquiera, su actividad aparece como la resultante de la disposición y movimiento de los átomos que lo componen, como actividad cinemática y dinámica. El conocimiento es sensación, y ésta, captación de movimientos y de fuerzas. El sensualismo de Condillac, gracias a su simplificación, conserva durante decenios su completo poder de convencimiento.

Sin duda, esta imagen de la naturaleza era, por demasiado simple, una representación grosera de los hechos reales. Cumplía con una misión de progreso científico y técnico, porque permitía considerar analíticamente los problemas, pero de manera inevitable sus lagunas resultaban cada día más patentes y sus contradicciones, que obligaban a que se sometieran, a las buenas o las malas, los nuevos hechos que se descubrían a la legalidad preexistente, creaba un dogma tan nocivo como el que perdu-

rara durante los siglos de la Edad Media y de la Escolástica. Gradualmente se fueron abriendo camino concepciones más abstractas, más complejas, menos convincentes de primera impresión, pero más completas en lo que a interpretación se refiere. El primer paso pertenece al desarrollo de los conocimientos sobre la electricidad, que llevan a considerar como el real propiamente dicho al campo eléctrico y no a la materia. Ahora se trata de reacciones recíprocas entre dos campos eléctricos, sin una sustancia soporte de las fuerzas.

Sin duda, esto era menos fácil de comprender que las representaciones mecanicistas de la física del átomo; pero, por primera vez en dos siglos, un elemento abstracto entraba en la representación de la naturaleza y obligaba, si queremos forjarnos una imagen de los fenómenos reales, a considerar la existencia de los principios físicos que de ellos nos informan.[8] La observación de los objetos, en la vida cotidiana, solamente entrañaba procesos físicos de valor secundario. Pero cada observación provoca perturbaciones considerables en las partículas elementales de la materia, de manera que en el campo del conocimiento estrictamente científico no podemos hablar del comportamiento de las partículas observables, si no tenemos en cuenta el proceso de observación.[9] Por esta senda llegamos a la teoría contemporánea de los quanta, para la cual las leyes de la naturaleza, que formulamos matemáticamente, no conciernen a las partículas elementales propiamente dichas, sino al conocimiento que de ellas tenemos. Su existencia, sus acciones y reacciones, únicamente pueden ser planteadas de este modo.

De manera casi sorpresiva la concepción de la realidad objetiva de las partículas elementales se disuelve en nuestros días. No obstante, no se trata del retorno a un platonismo mal comprendido, ni tampoco de una nueva concepción de la realidad oscura e imprecisa de la naturaleza. Por lo contrario, ésta continúa siendo el real por excelencia, la realidad tangible de las cosas que ningún solipsismo puede destruir. La diferencia esencial es que el hombre pasa a ser intrínsecamente parte de los fenómenos de la naturaleza por intermedio de la percepción que es, a la vez, pasiva y activa, que recibe el efecto de las acciones y reacciones y las modifica por el solo hecho de intervenir con la observación. El papel de testimonio del sensorio se trastrueca y su actividad

[8] Este fue, por ejemplo, el papel de los "diablillos" de Maxwell, que en los procesos físicos poseían, *ejerciendo su función cognoscitiva*, el poder de violar el segundo principio de la termodinámica. La "paradoja" de Maxwell escapaba a cualquier análisis de tipo operacional.

[9] Esto es el "principio de la indeterminación" de Heisenberg.

percipiente es parte de la actividad dinámica y cinemática del real. La naturaleza, como pueden concebirla las ciencias naturales de nuestros días, aparece así como el aspecto mudable, en continuo cambio, de interacciones dialécticas que constituyen el diálogo siempre renovado entre el hombre y los fenómenos que lo rodean. La naturaleza una, inmutable, siempre idéntica a sí misma, la que fue clásico considerar como naturaleza "en sí", desaparece como concepto para ser suplantada por la percepción de momentos dialécticos de los cambios infinitos que constituyen su realidad. El milenario aforismo de Heráclito de Éfeso, "Nada es; todo deviene, todo fluye: no nos podemos bañar dos veces en el mismo río",[10] cobra en su acepción más lata actualidad sorprendente y, sobre todo, como afirmara Nils Bohr, ha llegado el momento en que debemos darnos cuenta de que somos actores y no espectadores en el teatro de la vida.

[10] Platón, *Cratylo,* 402 a.

II

La naturaleza del viviente

Hacia mediados del siglo XVII, por vía del desarrollo de las ciencias de la naturaleza, comienza a disolverse la idea de la naturaleza como algo cerrado y completo, que se extiende más allá de los límites de la comprensión humana. La vieja cosmología, que se originara en los albores del pensamiento griego con la leyenda del pecado de los titanes, que hiciera suya el cristianismo, comienza a interpretarse a través de la intuición científica en muchos de sus aspectos. Gradualmente desaparece la credulidad ciega, se descarta la intervención de lo sobrenatural

en los fenómenos de la naturaleza, se rechaza la explicación por medio de fuerzas ocultas, se reniega de la imagen de un gesto creador. Se combate duramente contra la vieja escolástica, pero también contra el naturalismo del Renacimiento, que a pesar de negarse al "milagro" hace de la naturaleza una "caja de milagros". Se trata de racionalizar al universo, y de comprender por medio de la observación y del experimento, únicas autoridades frente a las "autoridades por excelencia" que hasta entonces fueran Aristóteles y la *Biblia*.

La vida cae un poco genéricamente dentro de las ciencias de la naturaleza, y sin un campo preciso de conocimientos que enfoque su estudio, la biología —que no lleva todavía este nombre, que Lamarck le dará en 1802— ha dado, sin embargo, algunos pasos en el saber moderno. Sus primeras pruebas con el anatomista Andrés Vesalio y el fisiólogo Guillermo Harvey, son más que promisoras. Pero únicamente será en 1668 cuando, con Francisco Redi, conquistará la primera gran fecha de su historia, cuando con una experiencia decisiva da el primer golpe, y para siempre, a la vieja doctrina de la generación espontánea. En la época se aceptaba que la materia inerte o que hubiese dejado de vivir, podía dar origen a animales de orden inferior. Los vermes, los escorpiones, los piojos, inclusive las ranas y los ratones, surgían de ese modo. Todo lo que fermenta o se pudre se vuelve foco de nueva vida, de una generación espontánea que ayudaba a poblar al planeta junto con los productos de la generación regular. Se trataba de un prejuicio milenario elevado a la categoría de dogma tanto por su antigüedad como por la importancia de los hombres que lo atestiguaban y, además, en el capítulo XIV del *Libro de los Jueces* en la *Biblia* ¿no se habla de abejas engendradas por la carroña de un león muerto? Y la observación cotidiana, ¿no muestra acaso que aparecen larvas en la carne corrompida y en el queso fermentado? La evidencia, en una época en que los sentidos eran la única y mejor fuente de conocimiento, resultaba aplastante, y solamente un individuo como Redi pudo atreverse a recurrir a la experiencia, interrogar a los hechos antes que simplemente prejuzgar. Dejó corromper carne en frascos abiertos y en frascos cubiertos con papel perforado por cuyos agujeros nada visible podía introducirse. Pocos días después, la carne destapada hervía de gusanos, y "en los frascos cerrados, escribió Redi, no vi nacer un solo gusano, inclusive al cabo de varios meses".

La experiencia de Redi tuvo alcances considerables; se aplicaba a todos los seres que demostraban vida y obligaba a renun-

ciar a la sacrosanta doctrina que hace nacer al viviente de lo que no vive. Ponía un límite absoluto entre lo vivo y lo inerte, y más todavía, demostraba que si bien la vida es alcanzada por la muerte, la materia muerta no se puede animar. Todo lo que vive, es la gran y primera conclusión de la biología moderna, proviene necesariamente de una vida preexistente. De este modo nació en 1668 la concepción de la continuidad vital, que es todavía la nuestra, pero que requeriría dos siglos más para imponerse.[1] Frente a los hechos, y por primera vez, el fenómeno vida aparece integrado en la continuidad de los fenómenos que sondeaban en las fuerzas físicas del universo los Newton y los Galileo. Las experiencias de Redi llevan directamente al corazón del problema de la generación espontánea y plantean, gracias al descubrimient o del espermatozoide, del "animálculo seminal" como se le denominó, por Leunwenhook, el problema general de la generación de los vivientes.

Largo sería enumerar los pasos sucesivos de estos problemas, los escollos vencidos, las teorías propuestas, las observaciones y experiencias ratificadas o rectificadas, y complejo su análisis, pero lo importante ahora para nosotros es que ya en el siglo XVIII, y de manera general, eran menos los partidarios de la epigénesis que creían en la generación espontánea de los animales inferiores, que los partidarios de los gérmenes, que rechazaban la posibilidad de la más ínfima producción orgánica fuera de un germen preexistente. El concepto de *Natura naturans* y *Natura naturata*,[2] que Galileo Galilei destronara del conocimiento en física y en astronomía, quedaba también demolido en las ciencias de la vida.

El problema de la generación espontánea se une directamente con el problema del origen de las especies. Si la vida se transmite de un germen a otro, si los seres vivos provienen de otros seres vivos, ¿dónde está el eslabón que los origina?

Hasta el siglo XVII se sabía tan poco de esto, que se aceptaba directamente la posibilidad de que un animal cualquiera fuese engendrado por otro tipo completamente diferente al suyo, y hasta por una planta... Naturalmente, si se concebía que la podredumbre podía generar vida, nada impedía imaginar el pasaje de un ser vivo a otro, por distintos que fuesen. Hoy, que los conceptos de permanencia y de continuidad son esenciales para

[1] La confirmación de estas experiencias y la doctrina de la no-espontaneidad de los gérmenes, sólo sería definitivamente demostrada en 1862 por Luis Pasteur, con experiencias tan delicadas y tan precisas que han quedado como modelo del método experimental.

[2] Véase el *capítulo I.*

el pensamiento biológico, que la noción de la constancia relativa de las especies es una adquisición experimental como las leyes de la gravedad o de la caída libre de los cuerpos, podemos plantear la gran cuestión de la mutabilidad de los vivientes sin caer en tentaciones metafísicas, y, aún así, no es fácil, como atestiguan todavía las grandes controversias en genética. Mas, acostumbrados como estamos a un pensamiento transformista, a las apreciaciones del evolucionismo, no es fácil comprender cómo los partidarios de la mutación de las especies precedieron a los que asentaban su fijeza, y cómo, sin embargo, vino de éstos el primer gran progreso al respecto en biología. Tal fue, fundamentalmente, el caso y la obra de Carlos Linneo.

Linneo fue un gran nomenclaturista; antes que nada, un hacedor de diagnósticos de la naturaleza. Después de haber clasificado las especies de plantas según la forma de sus órganos sexuales, procuró establecer una clasificación general y natural de los seres vivos. Se le debe la nomenclatura *binaria* (1753), que consiste en designar a cada especie por un nombre doble, del cual el sustantivo corresponde al *género,* y el adjetivo (o el sustantivo empleado adjetivadamente) a la *especie.* De este modo resulta que el perro, el lobo, el chacal, el zorro, son todos *Canis* (*familiaris, lupus, aureus, vulpes*); el gato, el león, el tigre, el jaguar, el leopardo, son todos *Felis* (*catus, leo, tigris, ornas, pardus*), etc. Esta manera de agrupar, de unir seres por sus afinidades y designarlos con un nombre común, el del *género,* da la idea de un parentesco real entre las especies que forman un mismo género. Esta conclusión, que nosotros podemos sacar con tanta facilidad, y que nos lleva al corazón del "transformismo", de ninguna manera fue sugerida en los trabajos de Linneo. Su concepción de la especie es la más radicalmente fijista que se puede concebir. Fiel a la tradición bíblica, profesa que todos los individuos de la especie salieron de una sola y *única pareja,* creada por Dios al comienzo de las cosas. A partir de esos primeros padres, la especie, al multiplicarse, se mantuvo siempre semejante a sí misma, *semper similis sibi,* como escribiera, de manera que ninguna especie nueva se agregó con el correr del tiempo al esquema primario de la creación.

Para Linneo, las variaciones de la especie son sólo accidentes; como realidad elemental del mundo orgánico, posee una realidad absoluta. No obstante, los accidentes que constituyen las variedades se presentan tan a menudo, que posteriormente el piadoso Linneo se vio obligado a retroceder en sus consideraciones y aceptar que podría haber una capa común para todas las espe-

cies de un mismo género, inclusive de un mismo orden, de manera que el pensamiento creador se habría detenido en los géneros o en los órdenes, cuya diversificación se habría cumplido por obra de cruzamientos o de hibridaciones. Para 1800, considera seriamente la hipótesis de que "las especies son obra del tiempo".

El pensamiento de Linneo, aunque en su época sufriera la crítica implacable de Buffon, que llegó a rechazar los principios del transformismo, porque se adecuaban a la clasificación binaria de las especies, aunque posteriormente fue rectificado en muchos aspectos, dominó prácticamente en la biología de la segunda mitad del siglo XVIII y en parte del XIX. Su fuerza no está tanto en la convicción de los hechos como en la comodidad que significa para el ordenamiento de las ideas sobre la naturaleza animada, tanto que llega el momento cuando la sistemática se convierte en la ciencia natural por excelencia. Aunque Linneo, Buffon, posteriormente Lamarck, Cuvier, abrieron el camino al transformismo, la marcha del pensamiento biológico únicamente recibió impulsos decisivos cuando se impusieron tres grandes teorías: la celular en 1839, la evolucionista en 1859, y la mendeliana en 1900. Y cada vez se produjo una ruptura violenta con el pasado y se afirmó, de manera decisiva, el concepto natural de la naturaleza del viviente que, de un modo o de otro, había sido soslayado en el curso de la historia de la biología.

En efecto, hasta que los trabajos de Schleiden y de Schwann no desembocaron en el reconocimiento de la célula como unidad vital,[3] la unidad de los vivientes únicamente era reconocida como sistemática y formal; tal como la concibiera Linneo, una construcción lógica, pero no natural. Desde el momento en que se reconoce la célula como unidad vital, se sigue necesariamente que todo el problema biológico de la naturaleza del viviente se plantea, al fin y al cabo, en términos y problemas celulares. Es en una célula: el huevo, donde reside el problema del crecimiento, puesto que está representado en estado potencial el organismo futuro. Es por intermedio de dos células reproductoras como se produce un nuevo ser semejante a ellas y se plantea el problema de la herencia. Es en el interior de las células donde se producen las variaciones susceptibles de actuar en la evolución de las especies: problemas del transformismo. De este modo, en tanto que no se poseyó la noción de célula, el conocimiento del viviente sólo podía ser experimental y descriptivo; experimental en as-

[3] Sólo se conocen seres vivos bajo la forma celular salvo, claro está, que se consideren como vivientes los virus-proteínas.

pectos particulares y circunscriptos, como la demostración de Redi; descriptivo con Linneo y su sistema de la naturaleza. El hecho de que la célula constituye la base de la organización vital fue comprendido en 1839, cuando Schwann publicó su famosa memoria[4] que enuncia y define los principios de la teoría celular. A partir de ese momento, los seres vivos no sólo podían ser agrupados por sus afinidades, según la nomenclatura binaria, sino que resaltaba con toda evidencia un parentesco real y no únicamente entre las diversas especies que forman los géneros, sino también entre todos éstos.

El principio de la unidad vital de los seres vivos estaba reconocido, pero para que ese concepto adquiriera un sentido de unidad absoluta frente a todas las variaciones posibles del viviente, que no fuera solamente de los "ladrillos" que constituyen al ser biológico, sino también de sus funciones, pudiéndose así reducir la diversidad en la unidad, y de ésta deducir el principio de los cambios que desembocan en los géneros y en las especies, se requirió otro cambio profundo en las ideas. En 1859 aparece el libro de Carlos Darwin *Origen de las especies,* que aporta una demostración positiva de la doctrina evolucionista, que corrige y reafirma el transformismo de Lamarck, y que hasta nuestros días ejercerá influencia considerable en la ciencia y en la filosofía.

El *Origen de las especies* va más allá del problema de la evolución. Aunque hoy sus argumentos no resulten siempre convincentes y muchos hayan sido transformados a la luz de nuevos descubrimientos, niega la tesis de la creación independiente de las especies, que presidiera a la nomenclatura de Linneo. Esta comunidad de la descendencia, partiendo de una capa madre, junto con la comunidad celular, proponen de manera dramática y por primera vez en la historia del pensamiento el problema de la unidad originaria del viviente. A partir de Darwin, las diversas especies no se unifican ya por el fenómeno vida, que podía ser un *principio vital,* una realidad energética distinta de la materia, que podía ser insuflado en cualquier momento y que se perdía con la muerte, sino que aparecía como un modo de existencia y de actividad propio de los organismos, caracterizado por la asimilación, el crecimiento y la reproducción, y teniendo como asiento la célula. De epifenómeno, esto es, de fenómeno que acompaña a un fenómeno esencial sin agregarle nada ni

[4] *Mikroskopische Untersuchungen über die Ubereinstimmung in der Struktur und dem Nachstum der Tiere und Pflanzen* (Investigaciones microscópicas sobre la analogía de estructura entre los animales y los vegetales).

modificar para nada la cadena causal de su desarrollo, la vida se convierte en fenómeno natural por excelencia. Como Newton, Kepler y Galileo unificaron los fenómenos del universo, los hicieron naturales quitándoles el carácter de fuerzas impuestas por creación, ahora la vida resultaba ser también uno de esos fenómenos que respondían a leyes generales y hacían confluir la diversidad de aspectos de la materia en una sola y única matriz. A mediados del siglo XIX se completaba, por obra de la biología, la tarea de unificar al universo que iniciara el siglo XVII.

A pesar del éxito de la teoría celular, de la aplastante influencia que ejerció sobre la ciencia y la filosofía la doctrina de la evolución, el siglo XIX cerró su última década sin que hubiera sido dado un paso decisivo en la cuestión de la *herencia* de los caracteres innatos y de los adquiridos. El problema, planteado por la teoría celular, había sido reavivado por el evolucionismo; para ambos constituía una prueba crucial y, más todavía, para el reconocimiento de la naturaleza unitaria e ininterrumpida del viviente. Fue en el año de 1900, cuando dos investigadores, simultáneamente y sin saber de sus respectivos trabajos, dieron a conocer resultados idénticos y sorprendentes. Hacia fines de marzo, el botanista Hugo de Vries publicó, en Francia y en Alemania, dos notas[5] en las que exponía de manera sucinta los resultados de sus experiencias sobre el cruzamiento de diversas razas vegetales. Un mes después, el 24 de abril, el botanista Carlos Correns anuncia resultados comparables con los de su colega. De Vries, Correns —y posteriormente Enrique Tschermak (en junio)— creían haber encontrado algo absolutamente nuevo, esto es la *ley de la disyunción,* que está en la base del fenómeno de la herencia. No obstante, y sin que lo supieran, únicamente habían realizado un redescubrimiento, y parcial, de las *leyes de la hibridación* que el monje agustino Padre Gregorio, en la vida laica Juan Mendel, presentara en 1865 a la Sociedad de Historia Natural de Brno, pequeña ciudad de Moravia, donde estaba su convento.[6]

La "memoria" de Mendel sobre la hibridación vegetal es una verdadera obra maestra de experimentación y de lógica. Sólo contiene hechos comprobados, encadenados por hipótesis necesarias, que en un campo donde dominaban la confusión y el misterio introduce el método, la claridad, la exactitud. En ella

[5] *Sur la loi de disjonction des hybrides,* "Comptes Rendus de l'Ac. des Sciences", 26 mars 1900, y *Das Spaltungsgesetz der Bastarde,* "Ber. Deutsch. Bot. Gesellsch", vol. XVIII, 1900.

[6] *Versuche über Pflanzen-Hybriden,* 8 de febrero y 9 de marzo de 1865.

están formuladas dos leyes esenciales: la ley de la *disyunción* de los caracteres en las células reproductoras del híbrido, y la ley de la *independencia* de los caracteres. Sus experiencias y leyes mostraban claramente que los caracteres hereditarios están unidos a elementos separables, disociables entre ellos, lo que sugería una noción capital desde el punto de vista teórico: la divisibilidad o *discontinuidad* del patrimonio hereditario. En resumidas cuentas, todo el fondo de la genética contemporánea estaba contenido en los trabajos de Mendel, y lo que es más notable, de manera explícita. Su éxito se debe a una idea genial, hilo conductor de sus experiencias: considerar separadamente la trasmisión de algunos caracterec determinados.

Sin duda, la obra de Mendel, como sugiere Rostand,[7] permaneció ignorada no porque la revista en que fuera publicada tuviese poca difusión, sino que sufrió las consecuencias de su excesiva originalidad. Se adelantaba demasiado a la época, para ser comprendida, y solamente al iniciarse nuestro siglo, cuando sus leyes son redescubiertas por De Vries, Correns y Tschermak, el clima será diverso porque la biología ya había dado pasos fundamentales con el neodarwinismo de Weismann, el descubrimiento de las hormonas por Brown-Séquard, y la embriología experimental. Sea como fuere, la unidad en la concepción de la naturaleza del viviente acababa de ser conquistada. La idea, como vimos en este capítulo, tardó casi tres siglos en constituirse; gradualmente se fue elaborando con las principales nociones de la biología general y desembocó, por último, en la concepción que hoy todos aceptan, que nadie discute, y que preside al conocimiento de la materia animada, de que el fenómeno vida es una cualidad intrínseca de la misma, cualidad que define y unifica la naturaleza del fenómeno orgánico.

[7] Jean Rostand, *Esquisse d'une histoire de la Biologie*, Paris, 1964.

III

Naturaleza e historicidad

La naturaleza, entendida como el complejo de los fenómenos que estudian las ciencias del universo, y el conjunto de los seres inferiores al hombre, careció en el pensamiento de los filósofos y de los científicos de los siglos XVII y XVIII de historicidad. Su consideración respondía a un principio de inamovilidad; tanto por reflejo de concepciones religiosas que expresaban un franciscano desprecio por los seres naturales, a los que únicamente valoraban en sus relaciones antropomórficas, o por la creencia muy cartesiana de que eran simplemente mecanismos

y no vivientes en el sentido con que vimos cerrarse en nuestro siglo las grandes etapas de la biología,[1] el fenómeno vida quedó al margen de la historia. En su sentido corriente, la historia natural representaba la serie de hechos que se conocían del desarrollo de la naturaleza; era mecánica, objetivamente descriptiva, pero por lo mismo no se podía admitir que la historia de la naturaleza fuese considerada con criterio semejante al empleado para enfocar la historia humana. Le faltaba cualquier criterio distintivo, esto es, espiritual, que permitiera unirlas de manera homogénea. La naturaleza no podía poseer, en sus modos, conciencia de su hacerse, esto es, conciencia de su propia historia. Por consiguiente, el único ser que poseía esa conciencia, que es espiritualidad, era el hombre, que, por lo mismo, con un orgullo inteligente y despreciativo se ponía al margen de la naturaleza. Los más atrevidos pensaban con Vico que los seres naturales mismos, animales o plantas o lo que sean, han hecho y hacen la naturaleza, pero no la conocen y, por consiguiente, su hacer carece de historicidad.

No la conocen y no pueden conocerla, y queda para ellos como un libro cerrado. Por su parte, el hombre, si se descarta la idea de una historiografía como anotación pasiva de una realidad que no le pertenece, no puede reconstruir, ni pensar, ni escribir la historia de los seres naturales, porque sus necesidades de acción no son las suyas. De este modo, el estudio de la historia natural se limitaba únicamente a realizar descripciones exactas y a tener la certeza de los hechos particulares, sin que se pensara en la tarea de combinar las observaciones y de generalizar los hechos. La historia de la naturaleza se presentaba como la historia de la Creación, que, una vez realizada, carecía de historicidad porque todo su desarrollo correspondía a la repetición y realización del plan original, determinado de una vez para siempre. Inclusive el hombre carecía de historia natural; la suya era una historia civil, del ejercicio del libre arbitrio, de sus yerros y aciertos para cumplir y hacer cumplir el Plan Divino, y que se extendía únicamente a las pequeñas porciones de la Tierra que eran sucesivamente ocupadas por pueblos cuidadosos de su propia memoria. Y así la historia humana se desinteresaba de lo que ocurría en algunos lugares demasiado remotos para sus intereses presentes y vivos; en una palabra, se desinteresaba de los otros en cuanto no pertenecían al estrecho círculo de sus intereses historiográficos.

La naturaleza no evolucionaba; el principio fundamental del

[1] Véase el *Capítulo II.*

transformismo, o sea, la idea de una *evolución progresiva,* debía esperar a Lamarck y a sus *investigaciones sobre los cuerpos vivientes,*[2] que en 1802 introducen definitivamente la vida en la historia como fenómeno que se autorrealiza. Sin embargo, antes que Lamarck, Buffon dio a la historia natural un giro que la apartaba netamente de la consideración clásica. Gran descriptor de animales, profundo filósofo de la naturaleza, Buffon ya es en sus trabajos un biólogo, y en muchos aspectos aparece como precursor del transformismo. Con su *Historia del hombre*[3] nos presenta la primera "antropología positiva", y subraya además el interés de la fisiología comparada, que nos libera del doble inconveniente de abocarnos al sujeto más complejo y de razonar sobre el mismo "sin el fundamento de las relaciones y sin el recurso de la analogía". En lugar de extasiarse beatíficamente con las "armonías naturales", como era de rigor hasta su época, reacciona contra el finalismo que pretende ver en la naturaleza la realización de equilibrios preconcebidos, y denuncia con insistencia los errores, las fallas de la naturaleza, anticipando de alguna manera la tesis actual de Rabaud, de que el animal se las arregla como puede con su organización. "La naturaleza, escribe al hablar del parentesco entre el cerdo y el jabalí, está muy lejos de someterse a causas finales en la composición de los seres." "Ella [la naturaleza] admite los componentes más dispares con tal que, por las relaciones que resultan de su organización, puedan subsistir y reproducirse."

Buffon, por su naturalismo mecanicista, representa al espíritu de la *Enciclopedia.* Para él, todos los fenómenos de la vida son producto de fuerzas relativamente simples, como el calor o la atracción,[4] y lo que destaca a cada paso como característica de la naturaleza orgánica es la extensión y exuberancia de su potencia creadora. "Todo lo que puede ser es", escribe, y de este modo su naturaleza trabaja sin cesar, está siempre de parto. Se hace y se deshace, se construye y se destruye, en un balanceamiento sin fin entre la vida y la muerte, entre el aumento y el desmedro, que se traduce siempre por una especie de equilibrio fundamental que testimonia una sorprendente unidad en el con-

[2] Este trabajo, en edición refundida y aumentada, constituyó, finalmente en 1809, su famosísima *Philosophie Zoologique.*

[3] George-Louis Leclerc, comte Buffon, *Histoire particullière de l'Homme,* 1749.

[4] "Sea como fuere, es de este modo como entiendo, como veo la naturaleza (tal vez sea más simple que mi visión): una sola fuerza (la atracción) es la causa de todos los fenómenos de la materia bruta, y esta fuerza, reunida con la del calor, produce las moléculas vivientes, de las que dependen todos los efectos de las sustancias organizadas" *(De la Nature. Seconde vue).*

junto de sus producciones. Hay un encadenamiento continuo entre los seres vivos; de uno a otro se pasa por gradación, por matices, de manera que siempre observamos unidad en la variedad y podemos asir los encadenamientos que sirven "para demostrar el parentesco universal de todas las generaciones salidas del seno de la madre común".

Concepción dinámica de la naturaleza, que se completa con un sentimiento muy vivo de la unidad profunda que la destaca, así como del papel conformador de la duración. En esto se encuentran todos los elementos necesarios para constituir una teoría transformista. Efectivamente, Buffon suscribirá finalmente la idea de la mutabilidad de las especies, esto es, de la historicidad de los seres vivos. Sin embargo, en este aspecto como en muchos otros, su pensamiento se detuvo al llegar al hombre. Por haber tenido en ocasión de su *Teoría de la Tierra*,[5] algunos choques con los teólogos, prudentemente habría salvado su reposo y su libertad de trabajo dejando al género *Homo* fuera de sus especulaciones historicistas. De ninguna manera se descubre en sus escritos comunidad y afinidad entre la historicidad de la naturaleza y la historicidad del hombre. La primera tendría por objeto estratificaciones, la segunda acontecimientos, y por lo mismo no cabría unir la continuidad de la historia de la naturaleza con la historia de la humanidad.[6]

La postura de Buffon no hizo acólitos entonces, ni tuvo mayor fortuna entre los naturalistas de la época, todos atentos y entregados a los principios positivos, concretos de sus trabajos; pero de cualquier manera era una flecha que daba en el centro del blanco y que allí quedaba clavada. En las primeras décadas del siglo XIX, el problema de la historicidad de la naturaleza permanecía en los términos en que los planteaba Hegel, quien decía que era una representación inadecuada de la antigua y de la nueva filosofía de la naturaleza considerar el progreso y el pasaje de una forma y esfera natural a una más elevada como producción provista de realidad exterior, lo que, sin embargo, después de darle luminosidad, ha sido restituida a la oscuridad del pasado, porque "representaciones nebulosas, y en el fondo de origen sensible, como las del nacimiento de los animales y de las plantas del agua o de los organismos más desarrollados a

[5] *Théorie de la Terre, l'Histoire Générale des Animaux, l'Histoire particulière de l'Homme*, 1749.

[6] Es singular destacar que todavía en nuestros días el economista Gottl-Ottlilienfeld (*Wirtschaft als Leben, Jena*, 1925) pidió resueltamente la "emancipación del pensamiento histórico del naturalístico", y bautizó la historia de la naturaleza que construye el evolucionismo como "metahistoria", considerándola análoga con la antigua "metafísica".

partir de los bajos, etc., deben ser completamente excluidas de la consideración filosófica".[7] Pero se debe advertir que si bien Hegel rechazaba la historicidad de la naturaleza, aceptaba el concepto buffoniano y la concebía como "un sistema de grados, de los cuales uno sale necesariamente del otro, y es la propia verdad de lo que resulta".[8] Su rechazo era en suma, al método de la filosofía de la naturaleza; en cuanto al fenómeno en sí, lo aceptaba como conforme con la dialéctica de la Idea.[9]

Después de esto, la consideración de la historicidad de la naturaleza cae verdaderamente en el camino de la seudohistoria, y con doble sentido: como historia falsa en general, e historia falsa de la naturaleza. En efecto, contemporáneamente con el crecimiento del idealismo en filosofía, crece y se expande el naturalismo romántico en literatura y en ciencias. Aparece como sentido del presente opuesto al del pasado y al del futuro; se expresa como gusto extremado por la realidad, por la verdad que con ella se impone y que por medio de ella se expresa. Desea que el saber manifieste sin ninguna restricción toda la naturaleza, que él se encarga de magnificar literaria y artísticamente en sus menores aspectos por medio de la vida. Llega a tales extremos, que Claudio Bernard se verá obligado a escribir, "no comprendo por qué se ha decorado el principio de la medicina hipocrática, que tiene por fin imitar la naturaleza, con el nombre de *naturalismo*. Con este concepto, todos los físicos y todos los químicos son naturalistas".[10]

Esta desviación de un concepto fundamental que lenta y difícilmente comenzaba a abrirse paso en las ciencias naturales, y en el pensamiento en general, fue en su forma más genuina obra del romanticismo teórico y especulativo que florece en el primer cuarto del siglo pasado. Nace como revuelta, polémica y crítica contra el academismo literario y el intelectualismo filosófico y científico, que dominaron con el iluminismo del siglo XVIII. Rechaza el sentido de la genuina y gran exploración racional de la naturaleza y le opone la doctrina de la fantasía, llamada Estética; exalta la pasión, la individualidad, y suplanta al

[7] *Filosofía de la naturaleza*, segunda parte de la "Enciclopedia de las ciencias filosóficas", 1817.

[8] Hegel, *loc. cit.*

[9] Es de destacar que ese momento, cuando el problema "fermentaba" en el pensamiento de la época, Herder (1744-1803) hizo de la continuidad de la evolución de la naturaleza en la historia del hombre el tema de su obra *Ideen zur Philosophie der Geschichte der Menschheit;* pero el asunto, tratado con sentimiento y fantasía, sin análisis crítico y sin bases sólidas de ciencia natural, quedó perdido en medio de las alegrías y entusiasmos naturalistas del romanticismo literario.

[10] Claude Bernard, *La Science Expérimentale*, Paris, 1890.

principio de naturaleza propio de los grandes investigadores por la conducta, dándole así un puesto a la Etica. Finalmente destaca el derecho del existente y del efectivo, y funda la Historiografía, resaltando únicamente la historia civil y política, la religiosa, la especulativa y artística; encierra en sus esquemas las ciencias naturales y matemáticas y las formas mentales correlativas, considerando que fuera del campo de sus propios presupuestos éstas eran incapaces de resolver las antinomias con que choca el pensamiento. Reduce el viviente a abstracciones, y sólo considera la vida como valor activo y combativo, y echa así las bases de las premisas iniciales del irracionalismo moderno.

Sus tentativas fundamentales, crear una filosofía de la historia por encima de la historia, y una filosofía de la naturaleza por encima de las ciencias naturales, destruyeron en la época la profunda exigencia de una historia que fuese al mismo tiempo filosofía, y de una naturaleza que también fuera entendida como desarrollo e historicidad. Aunque los principales autores del idealismo y del romanticismo, Goethe y Hegel, combatieron ásperamente los excesos de esta postura intelectual, el romanticismo derivó insensiblemente al campo práctico, sentimental y moral, como una especie de enfermedad con relación a las dificultares para apropiarse y vivir el coraje, el hábito viril que las nuevas formas de política y de existencia que se creaban en el siglo pasado exigían, y a la vez renunciar a viejos motivos que las circunstancias convertían en imposibles. De esta manera, el romanticismo degeneró en apreciaciones sensibleras; en el retorno a la trascendencia religiosa y a la paz que parecía prometer; en la renuncia a las dudas y a las ansias del pensamiento; en las normas aceptadas por su mismo carácter de normas, que liberan de resolver los conflictos de la propia conciencia. La figura que se delineaba finalmente de la naturaleza y del hombre era una especie de refinamiento y de sublimación sensual, dentro de la cual naufragaban todas las aspiraciones de una verdadera apreciación del mundo como tal en medio de la "fantasía científica", porque una "ciencia romántica" debía ser ante todo fantástica, o sea, responder a aspiraciones y no a realidades concretas y contradictorias.

El universo matemáticamente ordenado, racional, de los analistas del siglo anterior y comienzos del XIX,[11] había cedido ante

[11] Cuando Napoleón I leyó el *Systhème du Monde*, de Laplace, en audiencia que concediera al gran analista, le expresó su sorpresa de no encontrar a Dios mencionado en toda la obra. La respuesta del sabio: "¡Señor, no

el impacto de una cosmovisión en vórtice, entre cuyos torbellinos la naturaleza aparecía como irreal, y el hombre, completamente separado de la misma; se le veía unas veces como producto de un paganismo restaurado, otras con reminiscencias del platonismo del Renacimiento y, por último, otras con una recurrencia casi morbosa a los motivos místicos del cristianismo medieval. El largo, penoso esfuerzo del conocimiento que comenzara a ver lo humano con los ojos de las ciencias naturales, aparecía opacado por la pasión y los delirios literarios. La naturaleza humana sufría los efectos de la restauración de lo afectivo en el primado de la acción y de la negación de la racionalidad inherente al hombre y a sus apreciaciones del mundo. Dos acontecimientos, que se unen a los nombres de Carlos Darwin y de Carlos Marx, debían, casi simultáneamente, cambiar poco a poco la situación y entronizar, una vez más, el predominio de lo racional.

necesito de esa hipótesis!", destaca muy bien la confianza en la razón humana contra la que reaccionó el romanticismo y que únicamente volvería a aparecer a mediados del siglo. Esta fue una de las causas por las cuales el transformismo de Lamarck no se impuso y debió esperar hasta Darwin, para resurgir renovado como evolucionismo.

IV

Historia de la naturaleza y del hombre

Una teoría sólida y verdaderamente positiva de la evolución, y del lugar que en la misma correspondería al hombre, únicamente podía cobrar cuerpo con el conocimiento del pasado de la vida. En efecto, de todas las pruebas invocadas en favor del transformismo y del evolucionismo solamente la *palentológica,* la que tiene su impulso en el estudio de los fósiles, es la más directa, la que convence al que no obedece a prejuicios. Y por uno de esos azares comunes en la historia de las ideas, fue precisamente uno de los más encarnizados defensores del

fijismo, y enemigo jurado del transformismo, Jorge Cuvier, el principal fundador de la paleontología. Cuando Cuvier inicia sus investigaciones sobre los restos fósiles de los grandes cuadrúpedos, ya se habían descubierto en gran número osamentas pertenecientes a ese género de animales. Además, muy justas interpretaciones de los fósiles habían sido dadas por Leonardo da Vinci (1499), Bernardo Palissy (1575), y sobre todo por Nicolás Stenon (1669). Pero la gran novedad que aporta Cuvier, y que dará nuevo giro al estudio de los fósiles, es que la Tierra conserva en su seno restos de especies que antaño la poblaron y que *hoy ya no tienen representantes.* La ciencia anatómica de Cuvier realiza maravillas; explotando a fondo su conocimiento profundo de las relaciones morfológicas, aplicando con tacto y seguridad su ley de la corelación de las formas,[1] separa pacientemente lo que debe ser separado, une lo que debe ser unido, y recompone esqueletos enteros que prueban la existencia de una forma completamente desaparecida.

Más aún, cuando Cuvier descubre los restos de varios géneros de cuadrúpedos insólitos: paleoterio, anoploterio, antracoterio, lofiodonte, etc., y se observa que esas extrañas criaturas no viven ahora en ninguna parte de la Tierra, ¿cómo explicarlas? La razón es clara: grupos orgánicos enteros han dejado de existir sobre el planeta en tiempos remotos. Por consiguiente, la vida no se reduce a lo que vemos, a las formas que el contacto con sus representantes modernos nos llevan a atribuirle; lo que conocemos como vida es apenas un índice de su enorme riqueza, que únicamente podemos apreciar considerándola en todo su extenso pasado. Además, si bien es cierto que esas formas de vida organizada se nos aparecen a menudo como extrañamente singulares, no es menos verdadero que cantidad de sus rasgos y elementos son idénticos o casi idénticos con los de formas actuales y, lo que podía parecer aún más extraño, la "ley de la correlación de las formas", que el mismo Cuvier encontrara y verificara en especies vivientes, se aplicaba sin restricciones a las extinguidas. Sin duda, cabía pensar en alguna relación entre esas especies fósiles y muchas de las actuales, y con un poco de osadía suponer con Lamarck la posibilidad indefinida de la alteración de las formas en los cuerpos organizados,

[1] Por ejemplo, a un diente de herívo corresponde un determinado tipo de cóndilo, de mandíbula, y un miembro sin garras. Sin embargo, mucho se exageró sobre los procederes de Cuvier, y hasta se llegó a decir que un solo hueso, un solo fragmento, podían servir para reconstruir un animal. Esta es una fábula a la que Cuvier nunca se adhirió y que fue producto del entusiasmo de los neófitos frente a las reconstrucciones del sabio.

que siglos y hábitos cambiados podían transformar unas en otras o dar una nueva entre ellas.

Cuvier, fijista por antonomasia, desecha inclusive como hipótesis de trabajo esa idea de su contemporáneo y colega del *Muséum* de París. La filiación entre especies desaparecidas y especies vivientes se le ocurre un desatino contra la observación, pues si esa filiación existiera, las capas terrestres deberían revelar vestigios de seres que ofrecerían caracteres intermedios. Seres de transición no aparecen en las excavaciones, y si la Tierra no "ha conservado los monumentos de una genealogía tan curiosa", anota Cuvier, es porque resulta puramente imaginaria y las especies de antaño, constantes e inmutables como las de hoy, han desaparecido, como desaparecen bajo nuestros ojos muchas de las actuales, sin dejar descendientes. Y ¿por qué desaparecieron? Grandes cataclismos han sacudido cada tanto a nuestro globo, responde Cuvier; verdaderas catástrofes, revoluciones geológicas que costaron la existencia a innumerables especies.[2] Para explicar esas bruscas y extemporáneas "revoluciones del globo", no basta con recurrir a los agentes que ahora modifican su fisonomía; se debe recurrir a causas excepcionales, tan excepcionales "que el hilo de las operaciones se rompió y la marcha de la naturaleza quedó cambiada". Según Cuvier, por lo menos fueron tres las "revoluciones" que produjeron cambios radicales en la fauna, y si bien cada vez resultó destruido un gran número de especies, no se puede afirmar que otras aparecieron por obra de un nuevo acto creador. "No pretendo —escribe Cuvier— que se haya requerido una Creación nueva para producir las especies existentes: solamente digo que no existían en los lugares donde se las ve hoy, y que debieron venir de otra parte." Para Cuvier, ninguna forma nueva de vida fue creada desde el origen de las cosas.[3] Simplemente que la Creación en sí fue de una riqueza y variedad inimaginables, y con el tiempo la fauna no ha hecho más que empobrecerse.

Cuvier no se equivocaba del todo al afirmar que las especies fósiles no dejaron descendientes, como ahora sabemos que fue el caso para la mayoría. Pero de todos modos, en su conjunto.

[2] "Unos, habitantes de la tierra seca, se vieron englutidos por los diluvios; otros, que poblaban el seno de las aguas, fueron puestos en seco con el fondo de los mares súbitamente levantados; sus razas han terminado para siempre, y quedan en el mundo algunos restos apenas reconocibles por el naturalista." George Cuvier, *Recherches sur les ossements fossiles,* Paris, 1812-13.

[3] Los manuales, que se repiten unos a otros, afirman que es de Cuvier la idea de "las creaciones sucesivas". En verdad, dicha idea pertenece a Alcide d'Orbigny.

sus conclusiones fueron radicalmente falsas. Reconoce que animales completamente distintos precedieron a los actuales; ve y acepta que la vida se modifica de terreno en terreno; observa cómo las capas geológicas presentan un muestrario variado de formas de vida que, gradualmente, se aproximan a las actuales. Sin embargo, todo esto no le dice nada; en la sucesión de los fósiles descubre solamente la crónica de una marcha continuada. La filiación de los vivientes se le escapa, y separa en trozos autónomos, como hacía la historia clásica con la vida civil del hombre, la marcha de los acontecimientos de la naturaleza. Son imperios que nacen, alcanzan esplendor y desaparecen, engullidos por otros que repiten el ciclo y a los que nada dieron y nada tomaron de ellos.

Cuvier, espíritu esencialmente positivo, se atiene únicamente a los hechos establecidos; rechaza las hipótesis de los "filósofos de la naturaleza", en las que únicamente encuentra motivos de confusión y, por sobre todo, es completamente ajeno al sentido de historicidad de los fenómenos. Su fijismo, obstinado, pertinaz e intransigente, tiene por base el mecanismo de la generación. En contra de la opinión de sus contemporáneos Buffon, Lamarck, Geoffroy Saint-Hilaire, que eran epigenistas,[4] cree en la persistencia de los gérmenes,[5] idea incompatible con el transformismo y más todavía con la historicidad de los fenómenos naturales. Es la idea de la mutabilidad orgánica, idea que hoy nos parece tan simple, tan natural y adecuada para dar cuenta de la historia de la vida petrificada en los restos que estudia la palentología, la que falta por completo a Cuvier, y que precisamente debía surgir con todo su significado de las controversias a que dieron lugar sus trabajos. Si se quiere comprender la cuestión como se planteaba en la época, se puede decir con Rostand,[6] que hasta cierto punto la posición del problema está hoy en día invertida de cómo era en los tiempos de Cuvier. Este se negaba a interpretar con sentido transformista los datos de la paleontología, porque la variabilidad de la naturaleza actual le parecía insuficente; nosotros, por lo contraro, que estamos seguros de las transformaciones de las especies por los datos de la paleon-

[4] Teoría en biología, y particularmente en embriología, que señala la aparición, en un ser viviente, de una nueva forma no preexistente en los estados anteriores o en el germen. Se opone a la teoría de la preformación o de persistencia de los gérmenes.

[5] "Los partidarios de la preformación [o persistencia de los gérmenes] afirmaban que el embrión está completamente preformado en el huevo; los epigenistas, que se desarrolla «sobre el huevo», por proliferación celular y bajo la influencia del medio; el huevo, al comienzo de la segmentación, sería una célula análoga a las demás." G. Viaud, *Les instincts*, Paris, 1953.

[6] Jean Rostand, *loc. cit.*

tología, nos esforzamos por reconocer, en la discreta variabilidad que ofrece la naturaleza actual, los materiales de las grandes transformaciones de los tiempos de entonces.

Con su empecinamiento fijista, Cuvier retardó en algunos años el advenimiento de la doctrina transformista, pero, y al mismo tiempo, dio a ésta, y a la biología en general, la posibilidad de ampliar prodigiosamente sus dominios por medio de la paleontología. Sin duda, es aquí donde comienza a abrirse camino el concepto de la historicidad de la vida organizada, que de manera plástica se presenta en el inmenso archivo de los fósiles. Como hipótesis implícita estaba involucrada en la doctrina transformista que se vislumbraba como tal ya desde Cuvier, pero apenas era una intuición. La historia humana misma estaba fuertemente amarrada al concepto de la creación de las especies de una vez y para siempre, y, además, ¿qué había de común entre la "persona humana" con sus valores intelectuales, morales, afectivos, estéticos y sociales, y el resto de los seres vivos? ¿El hábito corpóreo y sus leyes naturales? La idea repugnaba tanto, que cuando los grandes viajes y exploraciones hicieron conocer pueblos primitivos, el romanticismo fabricó la teoría del "buen salvaje", del ser humano natural y libre al que la sociedad no había pervertido y que atesoraba, en estado puro, todas las virtudes que los románticos buscaban en el hombre o, mejor dicho, le atribuían como fondo puro e incontaminado de su naturaleza permanente. La historicidad de los hechos humanos trascendía a la permanencia de lo humano, y el problema de los orígenes del hombre sólo llegó a significar algo más que curiosidad poética en una época muy reciente. La antigüedad no conoció esa preocupación, y las explicaciones míticas bastaron. Con el cristianismo, hasta mediados del siglo XVIII, la vieja concepción judaica de la Creación, contenida y apuntada en las revelaciones del *Génesis,* bastó, por las buenas o por las malas, para todos. Y únicamente una centuria después, a mediados del siglo XIX, el problema fue realmente planteado y científicamente investigado.

En 1809, en su *Filosofía zoológica,*[7] Lamarck señalaba la posibilidad de un origen animal del hombre; pero esta idea, demasiado atrevida y enunciada precisamente cuando comenzaba la restauración napoleónica, en pleno idilio de reconciliación entre la Iglesia y el Estado, y cuando el espíritu de la *Enciclopedia* era enterrado con los ideales de la gran Revolución, debieron esperar, como el resto de la obra del genial fundador del transformismo, cuarenta años antes de ser consagrada por Darwin. Es des-

[7] Jean-Bautiste Pierre Antoine de Monet de Lamarck, *loc. cit.*

pués de 1838 cuando Boucher de Perthes encuentra en los muy viejos aluviones de la Somme, junto con restos de grandes animales desaparecidos, piedras intencionalmente talladas que podían ser obra de hombres primitivos.[8] La lucha por imponer la verdad de este feliz hallazgo fue larga y enconada; la ciencia oficial le negaba validez en todas partes, y sólo el concurso del esfuerzo y la decisión de sabios como Lyell, Falconer, Prestwich y otros, logró después de quince años su reconocimiento. La *prehistoria* acababa de ser fundada, y las búsquedas se centraron alrededor de restos humanos fósiles cuyos descubrimientos se multiplicaron, revelando la existencia, en el pasado, de tipos humanos diversos y de los cuales algunos fueron muy diferentes de los hombres actuales. De este modo, paralelamente con la prehistoria, y como consecuencia de la misma, nace la *paleontología humana,* último capítulo de la paleontología general. La obra de Cuvier resultaba coronada por su propia negación, y desde los comienzos de nuestro siglo los progresos en ese dominio han crecido de manera acelerada. El hombre, en vez de constiuir dentro de la naturaleza una incomprensible excepción, se une, por medio de una larga cadena de antepasados, al tronco común de donde sucesivamente salieron los diferentes grupos de animales que lo acompañan en su aventura sobre el planeta.

Por este camino, y no por otro, comenzó la historicidad del "problema" de los orígenes del hombre, que de pronto dejaba de ser una "metahistoria"[9] o simple "historia de la naturaleza", como era de consenso general, para convertirse en verdadera historia del "fenómeno humano", producto de la evolución. De pronto dejaba de ser una clasificación naturalista sobre una escala del mínimo al máximo, con la cual se da a las series así construidas el falso sello de un desenvolvimiento temporal, para convertirse en punto de inteligencia y de resolución de las disputas que por casi dos siglos ensombrecieron el panorama del desplegarse de la vida. Cuando estos estudios comenzaron a cobrar extensión e importancia, apareció en los historiadores un sentido de desconfianza, de extrañeza y hasta de desprecio. Teodoro Mommsen, el gran Mommsen padre de la historiografía contemporánea, llegó en el lubricán de nuestro siglo a denominarla "ciencia analfabeta", y a reclamar su exclusión de la historia propiamente dicha. Algunos respondieron que si la historia

[8] Véase Alberto L. Merani y Susana Merani, *La génesis del pensamiento,* Colección 70, Grijalbo, México, 1971.
[9] Véase el *Capítulo III.*

es la ciencia de los hombres en el desarrollo de su actividad como seres sociales, conforme al principio de la causalidad psicofísica, no había razón para excluir la prehistoria, en la que ya esas condiciones se manifestaban.[10]

Esta concepción dejaba entrever que la prehistoria era concebida exclusivamente como ciencia natural, de manera que la respuesta que podía dar de los problemas de la naturaleza humana se reducía a sostener que las ciencias naturales y el principio de causalidad podían aplicarse a todos los hechos de todos los tiempos y lugares; lo cual, como es obvio, no adelantaba al problema, porque no penetraba el motivo de repugnancia de los historiadores y filósofos, su convicción de que los hechos, como los ofrecía la prehistoria, no estaban unidos por ningún lazo con los problemas actuales de la vida humana, unión que encontraban todavía fuerte con la historia de Grecia y de Roma, y por lo menos con algunas partes de las del Oriente y del Egipto. Trazar el cuadro de las transformaciones de la especie humana, que ya no se podían negar, aparecía, sin embargo, y bien entrado nuestro siglo, como una recolección de noticias dispersas, materia de innumerables conjeturas en torno de cosas que permanecían extrínsecas a la cultura, indeterminadas e inanimadas porque no tenían resonancia en el *status* actual de la humanidad. La naturaleza humana parecía agotarse en sí misma, por el mismo hecho de ser humana, y lo humano se afirmaba, resolvía en la historia civil. La historicidad del hombre era la historicidad de los pueblos, la vida de las naciones, las vicisitudes de la política: comenzaba con ésta y en ella se conformaba. Hasta el primer cuarto de nuestro siglo, la naturaleza humana vista con sentido evolucionista era únicamente un problema restringido de las ciencias naturales o de la filosofía naturalista, de la sociología, en suma, con la cual se veía a la prehistoria identificarse o por lo menos marchar de acuerdo.

[10] E. Bernheim, *Lehrbuch der historichen Methode,* Leipzig, 1908, fue uno de los principales defensores de esta tesis.

V

Darwin, Marx y la naturaleza humana

En 1859, Carlos Darwin publica *El origen de las especies*";[1] en 1867, como obra póstuma, aparece *El Capital,* de Carlos Marx, fechas ambas que no solamente señalan una etapa fundamental en la historia de la biología y de la ciencia política, sino que también se destacan en la historia del pensamiento humano, pues ambos libros han ejercido, por acción y reacción, influencia única sobre el curso de la ciencia y de la filosofía. Cuando Darwin regresa a Inglaterra, después de su famoso viaje de cin-

[1] *On the origin of species by means of natural selection.*

co años alrededor del mundo en el *Beagle*, es el año de 1836 y la tesis transformista está en franco descrédito. Contra Lamarck, contra Geoffroy Saint-Hilaire, el fijismo creacionista gana adeptos, ya se admita con Cuvier una Creación única y definitiva de los seres organizados, o con d'Orbigny creaciones sucesivas. En su viaje, Darwin adquiere la firme convicción de que las especies son variables. En la América del Sur desentierra osamentas de fósiles pertenecientes a grandes tatús desaparecidos, y comprueba la sorprendente semejanza que existe entre esos desdentados y los desdentados que habitan ahora los mismos lugares, lo que prueba —razona Darwin— una filiación entre la bestia viviente y la desaparecida, y que no puede ser producto del azar que, de esta manera, se presentaría como demasiado azaroso. Además, en el archipiélago de las Galápagos, existen grandes tortugas, que pertenecen a especies diferentes según las islas que habitan. ¿No era evidente que ese grupo de animales tuvo un origen común, y que la diferenciación de cada especie se produjo por su aislamiento en la isla?

La paleontología, por un lado, la distribución geográfica de los animales, por el otro, sugieren a Darwin dos hechos que son capitales y cuya explicación debe encontrar. La hipótesis fijista no da cuenta de ninguno de los dos casos, y la de Lamarck, aunque ingeniosa, le resulta infantil hasta lo absurdo, y es por una tercera vía por donde comienza la búsqueda. ¿No se podrían comparar los cambios de las especies que se producen en la naturaleza con los cambios de raza que logran deliberadamente los criadores de animales domésticos? En efecto, eligiendo como reproductores, durante varias generaciones sucesivas, individuos que poseen caracteres especiales que se desea fijar, se llega a crear razas nuevas de perros, de palomas, de caballos, de bovinos. El criador emplea la potencia hereditaria para acumular en una sola dirección diferencias originalmente dispersas e ínfimas. Mas esta elección, que se realiza voluntariamente y en pequeña escala con los animales domésticos, ¿por cuál mecanismo podría ejercerse libremente y en gran escala en los animales salvajes? Darwin está en la situación del transformista convencido, pero perplejo, sin sistema, cuando lee los célebres *Ensayos* de Malthus[2] sobre la población humana. La tesis del economista inglés es harto conocida: el aumento de la población engendra ineluctablemente el hambre y la muerte, puesto que los individuos aumentan mucho más rápidamente que la cantidad de alimento

[2] Thomas Robert Malthus, *Essays on the principles of human population*, London, 1798.

disponible. Para Malthus, la población aumenta en proporción geométrica; los medios de subsistencia, en proporción aritmética.

Sin interrogarse sobre el verdadero significado político y social de los *Ensayos*, que Marx analizará",[3] su lectura es para Darwin reveladora. En cada especie, inclusive en la menos prolífica, la tendencia a la multiplicación es grande; continuamente nacen más individuos de los que podrían sobrevivir y, si la muerte no pusiera un límite, cada especie hubiera invadido de hecho al planeta. Esta es una concurrencia terrible, una lucha sin cuartel entre los individuos, de los cuales unos sobrevivirán y dejarán descendencia, mientras que otros —la mayoría— se extinguirán antes de haberse podido reproducir. Además, si recordamos que en cualquier especie existe una determinada "variabilidad individual", podemos pensar que los diferentes individuos, por los caracteres mismos que determinan su "variabilidad", son más o menos aptos para sobrevivir y procrear. Así, los que poseen caracteres favorables a la sobrevivencia podrán trasmitirlos a sus descendientes que, a su vez, se dividirán en msá aptos y menos aptos para la transmisión sucesiva según gocen de ventajas más acentuadas, o simplemente desaparecerán, sin dejar descendencia, si desventajas se acumulan en ellos. Este sería, razona Darwin, el mecanismo por el cual se modifican las especies, lentamente pero con seguridad, por acentuación progresiva de rasgos ventajosos. Existe, pues, en la naturaleza una *selección* idéntica a la que en pequeña escala realizan los criadores, pero en la cual el hombre que "selecciona" está reemplazado por la muerte.

Lamarck había asentado el mismo proceso sobre el mecanismo de la *adaptación* orgánica; Darwin la considera secundaria y adopta como primaria la selección natural de los caracteres ventajosos en el origen de las especies nuevas. En cuanto a los caracteres útiles, que serían los materiales positivos de la selección, pueden ser *innatos* o bien *adquiridos* por el organismo bajo la influencia de circunstancias externas.[4] Este es en brevísimo y apretado resumen lo esencial de lo que Darwin expone primero en *El origen de las especies,* y posteriormente en la

[3] Véase Marx y Engels, *Escritos económicos varios*, Grijalbo, México, 1962.

[4] En la época de Darwin, nada se sabía de seguro sobre las condiciones celulares de la herencia, por lo que él mismo imaginará una teoría muy complicada, la *pangénesis*, que le permite explicar la trasmisión de los caracteres adquiridos por el transporte de *gémulas* (partículas) desde las células somáticas, sometidas a la adaptación, hasta las germinales, que obran la reproducción.

Descendencia del hombre y en *Variación de los animales y de las plantas,* obras en las que además pule y demuestra con mayor claridad la teoría de la evolución o de la descendencia. La hipótesis darwiniana excluye cualquier factor transcendente en la formación de los seres; explica de manera exclusivamente mecanicista la adaptación orgánica, la armonía entre el viviente y el medio, y bajo este aspecto es todavía más mecanicista que el propio Lamarck, que dejaba abierta la puerta de escape de una especie de finalidad inmanente. Darwin había demostrado de una vez por todas que las especies vivientes descienden, por transformación evolutiva y por complejización progresiva, de formas más simples; se trataba de una integración de materia viviente acompañada por fenómenos de selección natural y de adaptación que, paulatinamente, desembocan en las formas actuales del viviente, del pasaje de una heterogeneidad definida a una homogeneidad indefinida por la adquisición y trasmisión de caracteres ventajosos. Y dentro de este largo y complejo proceso, en muchos aspectos difícil de probar con hechos, el hombre, como las demás especies, quedaba sometido a las mismas leyes y efectos. De pronto, con un impacto que la época apenas podía soportar, nuestra especie perdía el puesto de honor de una creación particular y pasaba a integrarse con el común reino animal. Todas las ilusiones antropomórficas se bamboleaban, y lo que todavía era más difícil de aceptar quedaba, en los aspectos fundamentales de su historia biológica, equiparado al más humilde, los cuadrumanos. No obstante, existía la posibilidad de restituirle algo de las esperanzas desvanecidas; bastaba con renunciar a la idea seductora de una evolución indefinida para que permaneciera como logro supremo de la vida.[5]

Los últimos decenios del siglo pasado y los que van del nuestro han sido testigos de esa lucha. En apariencia, las discusiones en torno del transformismo fueron y son de orden científico; pero, en el fondo, la pasión que se pone en las mismas manifiesta un origen más profundo y fuertemente antropomórfico, puesto que son del orden moral y religioso. Como reconoce

[5] En este sentido debe entenderse el vitalismo metafísico de Bergson, que a diferencia de todos los otros vitalismos o animismos no es finalista. Para Bergson, el hombre representa el estadio supremo a que ha llegado la evolución, pero sin haberlo buscado o previsto: es más bien la prueba y la manifestación de la libertad total del *élan* creador. También la filosofía evolucionista de Teilhard de Chardin parte del punto inicial de la de Bergson, pero admite que la fuerza evolutiva actúa en el universo entero, y asciende por un vector espiritual: la biosfera y el hombre son los productos actuales de esa ascendencia a lo largo del vector espiritual de la energía.

el Padre Teilhard de Chardin,[6] los adversarios del evolucionismo biológico no serían tan ingeniosos en la multiplicación de sus objeciones si no estuvieran animados, inclusive cuando las aumentan artificialmente, por una desconfianza fundamental que los persuade de que atacando las ideas transformistas salvan la virtud y la religión. Sea cual fuere la posición que se adopte, cualesquiera sean las consecuencias de las sucesivas modificaciones que la hipótesis de Darwin y sus pruebas sufrieron, hemos llegado a considerar la ley de la evolución como común a todos los órdenes de existencia, tanto en general como en detalle. Hay una evolución en superficie, que consiste en la diferenciación de las razas y de las especies, y que podemos observar, y una evolución en profundidad, susceptible de realizar la diferenciación de los géneros, de las familias, de los órdenes, de las clases, de las ramas. Esta evolución pertenece por entero al pasado; no reposa sobre ninguna prueba directa y, sin embargo, es la única manera de interpretar racionalmente hechos de orden anatómico, embriológico y paleontológico que dieron origen al género *Homo,* y a sus diversas ramas de las cuales a una, los *sapiens,* pertenecemos. Si bien los mecanismos por los cuales estos hechos se produjeron hoy por hoy no son susceptibles de una explicación en detalle y profunda, el hecho de la evolución humana resulta irrefutable. Ningún naturalista contemporáneo duda de la evolución, aunque no concuerde sobre las causas, sobre el determinismo de las transformaciones del mundo viviente con los demás. La evolución, que se ha convertido en punto central, en base de toda la zoología y de toda la botánica modernas, es también piedra angular para la comprensión de la naturaleza humana, que desde el punto de vista de las ciencias naturales, de la historia y de la filosofía, solamente puede enfocarse con mentalidad evolucionista.

Aparte de su aspecto biológico fundamental, el evolucionismo resultó, en lo que se refiere al pensamiento en general, una ruptura completa con la idea que representaba a la naturaleza como un todo idéntico a sí mismo. Por primera vez la naturaleza aparecía como teniendo una historia en el tiempo; sus cambios transcendían la duración y se concretaban en hechos que, por su persistencia o desaparición, por su realización y por las que originaban, adquirían historicidad. La crónica de la naturaleza, que Linneo condensara con las especies invariables y eternas, que Newton antes estabilizara con cuerpos celestes eternos, el recuento y ordenación lógica de lo existente que por siempre había

[6] Pierre Teilhard de Chardin, *Vision du passé,* Paris, 1953.

existido, se transformaba en los movimientos sucesivos de un orden nuevo al que sólo se podía estudiar históricamente y en la sucesión de sus cambios e interacciones: según la idea de Hegel, planteando el cambio como ley esencial del mundo.

Este programa adquiere forma explícita y concreta en 1867, con la publicación póstuma de *El Capital*. Marx había saludado la teoría de la evolución como un gran advenimiento, y aunque en su concepto contenía muchas apreciaciones "filosóficamente groseras", lo esencial para él era que asestaba un rudo golpe a la fijeza e inmutabilidad del mundo. Su filosofía era materialista, lo que debe entenderse con el sentido de que afirmaba categóricamente la realidad de un mundo exterior, de la cual depende la actividad psíquica, en tanto que la recíproca, sostenida por el idealismo, no es verdadera. Por consiguiente, el hombre en lo que tiene de intrínsecamente propio: el pensamiento, se revela en el origen del mismo como una fuerza natural que actúa frente a la materia natural. Esto es posible porque el hombre forma parte de la naturaleza, ha surgido de ella, y su origen animal, que demostrara Darwin, se convertía en elemento indispensable de la teoría marxista del conocimiento. Sin embargo, identificar al hombre con los animales en sus orígenes no significa, para Marx, sostener la animalidad actual de su naturaleza; se lo puede distinguir en el curso de la historia por la conciencia que posee, por las religiones que profesa, por lo que se quiera, y ello será tan evidente como el fenómeno de los orígenes. Mas la conciencia, las religiones, la actividad pensante en general, no son producto de la evolución biológica; cuando el *hominidae* adquirió la posición erecta, cuando mano, cerebro y lenguaje conjugados[7] originaron las posibilidades del pensamiento,[8] el hombre comenzó a distinguirse de los animales porque comenzó a producir sus propios medios de existencia.[9] El hombre se convirtió en verdaderamente humano cuando aprovechó las circunstancias naturales o las transformó según los designios de una intencionalidad que aparente en la acción fortuita, se reveló real y concreta en la actividad guiada por el conocimiento de la cosa, de la acción misma y de sus efectos.

De esta manera, la historia aparece producida antes que nada por la evolución de la técnica humana frente a la natura-

[7] Véase Alberto L. Merani, *De la praxis a la razón*, Grijalbo, Barcelona, 1965.

[8] Véase Alberto L. Merani y Susana Merani, *La génesis del pensamiento*, Grijalbo, México, 1971.

[9] Véase Carlos Marx y Federico Engels, *La ideología alemana*, Montevideo, 1959.

leza; lo demás, comprendido el pensamiento, se desprende directa o indirectamente de esa evolución, aunque por efecto de reacción y de interacción el pensamiento influye sobre el desenvolvimiento técnico. Esto, por supuesto, corresponde a una etapa muy avanzada de la evolución, porque "la primera condición de cualquier historia humana es naturalmente la existencia de individuos humanos vivos",[10] que dan la clave de los orígenes de la sociedad humana, surgida de una sociedad animal, cuando se comenzó a desarrollar la técnica y el instrumental que le es concomitante, cuyo empleo da gradualmente origen al pensamiento abstracto por desarrollo y complementación del pensamiento de origen sensomotriz, único y básico tanto en los orígenes de la vida como fenómeno filogenético u ontogenético.[11] Pensamiento que originariamente se revela mítico, metafísico en nuestros días, por imposibilidad técnica de concretar la intención en acción, la idea en praxis, y que, sin embargo, llega a cumplir su función porque "toda mitología doma, domina y acondiciona las fuerzas de la naturaleza en la imaginación y por la imaginación".[12]

Para Marx, la diferencia esencial entre el hombre y el animal está en la naturaleza intrínseca de cada uno. El animal integra pasivamente a la naturaleza, es sólo un forma de la misma, está sometido irremisiblemente a las leyes que la gobiernan y sus acciones son aquellas que derivan de un conocimiento intuitivo del mundo que lo rodea. En ninguna de sus estructuras funcionales el animal supera al límite de la actividad propia de las funciones naturales. Cuando actúa sobre la naturaleza y llega a transformarla de alguna manera, lo logra con recursos que son simplemente naturales. Su posición en el universo se puede sintetizar diciendo que vive en la naturaleza y para la naturaleza. En cambio, el hombre actúa con la conciencia reflexiva sobre la naturaleza fuera de sí mismo; las modificaciones que le provoca van más allá de la intuición que asegura la sobrevivencia de la especie. Entre la represa que construyen los castores y los diques que edifican los hombres, está de por medio la intención razonada, que no solamente es previsión de futuro, sino también transformación del recurso natural en fuente de energía, de cambios de vida; esto es, de trabajo que crea un nuevo clima social y transforma las condiciones generales de vida. De esta manera, al realizarse la actividad del hombre fuera de sí mismo, al proyectarse con la intención y la razón, modifica deliberada-

[10] Marx y Engels, *loc. cit.*
[11] Véase Alberto L. Merani y Susana Merani, *loc. cit.*
[12] Marx, *Morceaux choisis,* Paris, 1934.

mente la naturaleza y modifica al mismo tiempo su naturaleza. Los castores, desde que existen castores, poseen la misma e incambiada naturaleza animal, regida siempre por las mismas leyes naturales. Los hombres desde que existen, han evolucionado porque su naturaleza se transformó con el ritmo de sus realizaciones; esto es, de la historia. Aunque el hombre contemporáneo sea fisiológicamente asimilable con el griego de los tiempos de Pericles, el de entonces no tenía nuestra naturaleza humana de hoy, porque la misma ha variado con el correr de la historia.

Darwin destacó la importancia del fenómeno de la "variabilidad de las especies" como mecanismo de la evolución; esta variabilidad actúa en lapsos enormemente extensos y según circunstancias naturales, o dicho con términos propios de la brevedad de la existencia individual, accidentales. Por lo contrario, la actividad humana, reflejada en su historicidad,,[13] nos demuestra que la historia de la naturaleza y la historia de los hombres son inseparables.[14] De aquí que para comprender a los hombres actuales y a su sociedad, sea preciso ubicarlos en su marco natural, hacer el inventario de las adquisiciones técnicas realizadas y de las modificaciones que éstas imponen al mundo, y ver cuáles son las modificaciones futuras que se plantean de acuerdo con los objetivos humanos. Engels, en un texto que a menudo se cita,[15] asegura que "con el hombre, entramos en la historia. Los animales también tienen una historia: la de su descendencia y de su lento desarrollo hasta el estado actual. Pero esta historia les ha sido impuesta, y en la medida en que toman parte en ella, lo hacen sin objetivo consciente, sin saber y sin voluntad. Al contrario, mientras los hombres más se alejan de los animales, en el sentido estricto de la palabra, más hacen la historia por sí mismos y conscientemente".

De esta manera, Marx y Engels, cuyos pensamientos confluyen y se unifican, agregan al fenómeno de la variabilidad de las especies, que se realiza sobre el plano biológico de los individuos que las componen y en función de las enormes duraciones del tiempo geológico, la "variabilidad social", producto de las interacciones entre los individuos, entre los individuos y la sociedad, entre las sociedades, y entre todos, individuos y sociedades con el tiempo. Este nuevo tipo de variabilidad, que registra la historia humana, y que hace la historia, se realiza sobre el

[13] Véase el *Capítulo III*.
[14] "Desde que existen hombres, pudieron escribir Marx y Engels, la historia de la naturaleza y la de los hombres se determinan mutuamente", *La ideología alemana, loc. cit.*
[15] Federico Engels, *Dialéctica de la naturaleza,* Buenos Aires, 1942.

vector de la razón y de la conciencia. Sabemos por la paleontología que, desde el Paleolítico, el *Homo sapiens* no ha variado prácticamente un ápice en sus estructuras biológicas; no obstante, sabemos que sus estructuras mentales están, entre entonces y ahora, en polos opuestos, que se intercala la estructuración del lenguaje articulado, el desarrollo de la inteligencia, de la razón, de la conciencia reflexiva en una palabra, todo lo cual significa que la evolución humana, prácticamente detenida al nivel biológico, se trasladó, por obra del desarrollo mental, al plano de las funciones intelectuales y afectivas.[16] Después de casi tres siglos de elaborarse lenta, trabajosamente el concepto de naturaleza, llegamos con Darwin a la conclusión de que como especie la naturaleza humana es animal, se confunde con la naturaleza en general y cae dentro de las definiciones actuales de la misma. Y con Marx damos un paso más; como individuos, esto es, en la edificación de la persona, la naturaleza humana no existe como algo definitivo, estable y perenne, sino que es una historia. La naturaleza del hombre la hace su lucha con el ambiente, las sociedades que constituye, el trabajo que despliega; en suma, es producto de la educación entendida como todos los medios de acción permanente que durante la vida de los individuos, o parte de la misma, estructuran o modifican la persona.

[16] Para conocer *in extenso* la mecánica de este proceso y comprenderla a fondo, véase Alberto L. Merani, *Psicobiología*, Grijalbo, México, 1964.

VI

El Homo ferus y la experiencia de Itard

Nadie discute ahora que de todos los seres vivos el hombre es, a su nacimiento, el más incapaz. Tampoco dudamos de que "instintos" que se desarrollan por sí mismos no corresponden a ninguna realidad humana. Cualquiera que sea la ideología que se profese; nos atengamos al culturalismo; adhiramos al materialismo dialéctico, o seamos secuaces del psicoanálisis, resulta claro para todos lo que se debe al medio ambiente en la edificación de la persona. Más todavía, la vieja disputa en torno de *Nature* y de *Nurture,* en la que tanto se encarnizaran los

autores anglosajones,[1] está definitivamente concluida, y cuando alguna circunstancia la actualiza, la causa está en la irrupción de anacronismos biológicos o psicológicos. No obstante, esta certeza es de adquisición reciente en el consenso de los investigadores, sobre todo de los filósofos. De otra manera sería incomprensible el escándalo que sacudió a muchos honestos filósofos y psicólogos hace un cuarto de siglo, cuando el existencialismo afirmó, siguiendo al materialismo dialéctico, que la naturaleza del hombre es su historia. Los biólogos, por su parte, quedaron al margen de cualquier sorpresa; para ellos, el hombre, en su calidad de viviente, entra en los cuadros de la justificación fisicoquímica del fenómeno vida, y su variabilidad se explica como la de cualquier especie.

Por su lado, los pedagogos, más atentos a las formulaciones metodológicas y al concepto abstracto de educación que a la realidad del individuo a educar, al que suelen simplificar con una psicopedagogía de no muy buena ley, dejan por lo común pasar por alto problema tan importante cuya consideración los sacaría, más de una vez, del callejón sin salida de los metodologismos esterilizadores. Sin embargo, fue de su campo de donde vino por primera ocasión y de manera dramática el planteamiento concreto, con sentido práctico y aplicado, del problema de la naturaleza humana. La experiencia educacional de Jean Marc Gaspard Itard con el *Salvaje del Aveyron*,[2] es la piedra angular de todo este problema. Por cierto, la noción misma de educación que ahora aceptamos, y que ha perdido entre otras cosas la rigidez que antaño caracterizaba a los planteamientos de la cuestión, arranca de este hecho, tan simple que por lo común se lo ignora. Hoy sabemos muy bien que la imitación, que el aprendizaje de tareas, el efecto de las presiones del grupo, señalan de manera bien precisa el papel del medio en la maduración del individuo. Nadie queda para sostener que, a pesar de todo, hay un *a priori* de la especie, del que cada ser expresa de manera bastante precisa su fuerza de creación de lo humano. Los estudios de Spitz sobre el *"hospitalismo"*,[3] muestran que,

[1] Véase Alberto L. Merani, *Problemas y pseudoproblemas de la psicología*, Grijalbo, Barcelona, 1968.

[2] Véase, al final de este volumen, la "Memoria" y el "Informe" de Itard.

[3] Término introducido por R. A. Spitz *(The Psychoanalitic Study of Child*, I, London, 1945), para indicar los sufrimientos de diversos tipos que se presentan en el niño como consecuencia de su aislamiento de la sociedad por internación. El "hospitalismo" da origen a trastornos en el desarrollo mental. Si excluimos de este concepto las consideraciones psicoanalíticas de Spitz, que constituyen a su vez un *a priori* del conocimiento, la noción de "hospitalismo" nos revela todo su valor como prueba de que la *naturaleza humana es historia.*

en el niño, cualquier aislamiento revela la ausencia de esos "sólidos esquemas *a priori*" de la potencia adaptativa específica que haría del ser humano un hombre cualesquiera que fuesen las circunstancias.

Los niños privados de todo contacto social, a los que se solía llamar "salvajes", quedan en su solitud tan desprovistos de condición humana que aparecen, por lo general, como animales inferiores o menos aún. En lugar de un estado natural en el cual el *Homo* sería, sean cuales fuesen las circunstancias, *sapiens*, se nos aparece exclusivamente el *género*, esto es, la condición biológica general, y de ninguna manera se desarrolla la *especie*, esto es, la cualidad que califica o determina ese género. Ser *Homo* representa exclusivamente pertenecer a un determinado nivel de estructuración biológica, como ser *Canis* o ser *Felis;* pero ser *Homo sapiens* es muchísimo más que ser *Canis lupus* o *Felis tigris.* En el animal, el adjetivo o el sustantivo adjetivado que señalan la especie indican particularidades estructurales biológicas; en el *Homo,* el *sapiens* señala una condición exclusivamente funcional, y de la funcionalidad propia de un sistema: el nervioso superior. En lugar de un estado de naturaleza en que el *Homo sapiens* rudimentario se dejaría vislumbrar, en el *Homo* únicamente nos es dado observar una simple condición aberrante en relación con el resto de los mamíferos superiores,[4] su incapacidad inclusive para sobrevivir si la vida en sociedad no viene a agregarse, con sus estímulos e interacciones a las funciones biológicas del organismo. De aquí la doble naturaleza originaria del hombre: animal, por una parte; esto es, natural como concluyera Darwin, y social, o sea histórica, como demostrara Marx. Y de ambas, por interacción, puesto que aisladas y de por sí nada significan para la humanización, surge la única, la verdadera naturaleza humana, cuyo signo es ser histórica por sobre todas las cosas.

La verdad es que la actividad humana —comportamiento y conducta— no pertenece a la herencia específica de lo que en él es animal. El sistema de necesidades y de funciones biológicas, genéticamente unido con el genotipo, es tan aparente para el hombre como para cualquier ser organizado sin caracterizarlos. son propias del viviente. Para que lo caractericen como parte de la "especie humana", es preciso que sobre esos sistemas se desarrollen funciones nuevas y propias de la vida en sociedad. Esta situación de indefinición, que no encontramos en ningún

[4] Véase Alberto L. Merani, *Introducción a la psicología infantil,* Grijalbo, Barcelona, 1965.

otro ser vivo, razón de nuestra debilidad e incapacidad originarias, es al mismo tiempo el signo de indefinidas posibilidades futuras, de las capacidades posibles que la educación puede desarrollar. El sistema de vida cerrada, dominada y regulada por una *naturaleza dada,* que hace del animal un determinado animal en cualquier circunstancia y momento, está suplantada en el ser hominizado por una existencia abierta, creadora y facilitadora de una *naturaleza adquirida.* De esta manera, el hombre ha sido, es y será aquello que la acción de circunstancias culturales moldea: una pluralidad de tipos humanos, y no únicamente un tipo específico, siempre idéntico a sí mismo. Esto, que diversifica al hombre en el espacio y en el tiempo, y hace la historicidad de la naturaleza humana, fue comprendido de manera intuitiva por Itard. En el momento cuando comenzaba a considerarse la naturaleza como una y natural, que apenas se esbozaban en biología las nociones de *género* y de *especie,* medio siglo antes de que se probara la evolución de las especies, que se asentara la historicidad del fenómeno humano, Itard se ocupó de la educación de Víctor del Aveyron según estos criterios y contra cualquier criterio de la filosofía y de la pedagogía de la época, o anteriores.

La experiencia de Itard fue simple. Frente a un niño encontrado en los bosques, y que presentaba mayores características de animalidad que de humanidad, decide emprender su educación: crearle hábitos civiles, enseñarle a hablar, a pensar y despertar, antes que nada, la sensibilidad propia de los humanos embotada en el niño por la vida de salvaje solitario y errante. Las opiniones están divididas: los partidarios de una naturaleza humana *a priori,* ingénita, que son todos, comienzan a regodearse con la imagen del "buen salvaje" que popularizara Rousseau, y aguardan a que Víctor posea el lenguaje para que comience a relatar la novela de su vida. Por otra parte, un gran psiquiatra de la época, Felipe Pinel, ha sido definitorio en su diagnosis: se trata de un imbécil, abandonado ha poco en el bosque por la familia. Itard no comparte las ilusiones de unos ni el diagnóstico de Pinel. Aunque al principio también piensa en la naturaleza humana que debe "despertar", pronto se convence de lo contrario y descubre, finalmente, que *debe construirla.* En cuanto al diagnóstico de imbecilidad, lo rechazará hasta el final. Acierta en lo primero, se equivoca en lo segundo, y deja una labor sin parangón en la historia de la pedagogía y de la psicología, para las cuales su *Memoria* y su *Informe* equivalen a *El origen de las especies* para la biología. Con esos tra-

bajos se origina la pedagogía de los débiles mentales y la didáctica moderna para la educación de deficientes sensoriales, la pedagogía moderna de los métodos activos y la psicología de la edad evolutiva.

Para Itard, el niño recibiría en su origen y como herencia de la especie la vocación de ser inteligente al mismo tiempo que la de "reconocer" y "estimar" a sus semejantes. Víctor del Aveyron no ofrecía el menor rasgo de esas condiciones cuando fue capturado, condición que asombró a todos, inclusive a su mismo mentor. Mientras que para Pinel eso constituia un signo, y de los más apreciables, de la idiocia del sujeto, para Itard se convirtió en fenómeno evolutivo. De la observación del niño y de sus primeras experiencias para educarlo, dedujo que la restricción no se debía a una idiotez irremediable, sino a carencia de sensibilidad para los estímulos provenientes de la vida civil, en cuyas condiciones acababa de ser puesto. En pocas palabras, redujo el problema a lo que hoy denominaríamos *actuación del hombre en sociedad.* Esa "vocación" de pensar y de aceptar afectivamente a los otros es efecto, hoy lo sabemos, del ambiente cultural, y no se desarrolla en el niño en otras condiciones de ambiente, porque hay una constante humana social que determina la historicidad de la naturaleza humana, y no una naturaleza humana que debería ser presocial con el mismo título que las condiciones biológicas de la naturaleza animal. Las bestias aisladas desde el nacimiento, cualquiera que sea el daño que lleguen a sufrir por la circunstancia, conservan instintos muy netamente determinados; en idéntica situación, nada de eso se produce en el hombre, porque en su caso no hay comportamiento *natural* de la especie. El hombre sin sociedad es una aberración, una abstracción, porque ningún estado precultural puede aparecer en el ordenamiento de su conducta.

Los niños "salvajes", los que demasiado tempranamente fueron privados por azar o por defecto de sus mayores de la atmósfera educativa humana, son simples fenómenos de deformidad moral podrá sostener Itard, o sea de retrasados pedagógicos, como decimos ahora.[5] Más aún, Itard encuentra que se equivocan los que creen ver en ellos los testimonios fieles de un estado anterior de nuestra cultura, algo similar a los "salvajes" de la etnología. Por lo contrario, el salvaje responde a un medio cultural; su civilidad no es la nuestra, pero no por ello la sociedad, cualquiera que sea su forma, deja de existir. En última

[5] Véase Sergio Levi y Alberto L. Merani, *El niño abandonado,* Buenos Aires, 1955.

instancia, podemos afirmar ahora que es la prueba decisiva de que la expresión "naturaleza humana" como algo concreto y similar a la naturaleza animal está vacía de sentido. El hombre, en su naturaleza, se autoconstruye con los estímulos sociales y el impacto de las circunstancias de vida con otros hombres. Ahora que todo nos lleva a la aceptación del papel innegable, fundamental del medio humano en la formación del hombre, no nos choca que, frente a la falta de ese medio, en lugar de un ser humano tropecemos con las apariencias de un animal. Pero desde que se conocen "historias" de niños "salvajes", éstas chocaron a los que aceptaban la naturaleza humana como algo dado. Si ésta tenía origen divino, naturalmente nada ni nadie podía privar al ser abandonado de la misma. Dado que es signo distintivo del orgullo humano la posición erecta, el lenguaje, la afectividad oblativa, era lógico suponer que quien no poseía o poseía mal esas condiciones y cualidades fuese un anormal biológico, un ser atacado de idiocia congénita, o simplemente no perteneciera a la especie *sapiens*. Con sentido inverso, pero revelando esta intención, es famosa la exclamación del cardenal de Polignac, al ver a un chimpancé que espontáneamente imitaba los gestos de San Juan Bautista predicando: "¡Habla y te bautizo!"

Desde este punto de vista, se comprende que Lineo (era su convicción y la de su época, que llegara a conocer y a citar diez ejemplos de niños "salvajes"),[6] los ubicara junto al *Homo sapiens* como *Homo ferus*, salvaje. Semejante aberración sólo podía provenir de una constitución diversa o, mejor dicho, de una debilidad constitucional que, de una manera u otra, señalaba una especie nueva dentro del género *Homo*. En la misma época, su contemporáneo Itard se preguntaba: ¿Cómo un niño aislado prematuramente, y por mucho tiempo privado del contacto con adultos, se conduciría espiritualmente como un ciudadano de la capital? En el alba del siglo XIX, como desafío a las ideas imperantes, respondía: "Si se diera a resolver este problema de metafísica: determinar cuáles serían el grado de inteligencia y la naturaleza de las ideas de un adolescente que, privado desde su infancia de cualquier educación, hubiera vivido completamente separado de los individuos de su especie... el cuadro moral de ese adolescente sería el de un *Salvaje del Aveyron*".

Ciento treinta años después, los esposos Kellog harían la

[6] En la 10ª. edición del *Systhema Naturae*, de 1758, Linneo reúne siete ejemplos de *homines feri*, y en la 13ª. edición, de 1788, agrega tres nuevos ejemplos.

experientia crucis, criando a su hijo junto con un cachorro de chimpancé.[7] Pero ya Itard había hablado con lenguaje de sorprendente modernidad, de psicólogo de hoy, al escribir: "No dudo que si se aislara desde la primera edad a dos niños, y se hiciera de ellos dos cuadrúpedos, estos últimos se mostrarían muy superiores a los primeros en los medios para cubrir sus necesidades y velar por la propia conservación". Sin duda, en muchos aspectos, sobre todo en el afán de instrucción abstracta que procuró dar a su alumno, Itard estaba prisionero de la ideología de la época. Además, unía demasiado el prognóstico pedagógico con el diagnóstico psicológico, y su interpretación del dato, a la manera condillacciana, lo arrastraba inevitablemente a una mecánica del análisis que, como ahora sabemos, no favorece, dificulta en suma, el aprendizaje de los niños deficientes. No obstante, todas esas son circunstancias menores, el andamiaje más o menos feliz, más o menos inadecuado que las ideas de una época pueden prestar a una intuición nueva, revolucionaria, que las sobrepasa, para cuya demostración acabada se requeriría nada menos que de los Darwin y los Marx, queda fuera de la crítica gnoseológica. La verdad que proclamara Itard, que a principios del siglo XIX nadie estaba preparado para comprender, es que el hombre, en tanto que humano, antes de la educación, es simplemente una eventualidad, algo menos que una esperanza, porque su naturaleza humana, como decimos ahora, es una historia. "Arrojado sobre este globo, sin fuerzas físicas y sin ideas innatas... en la horda salvaje más vagabunda como en la nación de Europa más civilizada —escribió Itard—, el hombre solamente es lo que se le hace ser."

[7] Kellog, *Le singe et l'enfant,* Paris, 1936.

VII

Naturaleza humana y educación

Solamente el juicio histórico, que libera al espíritu de la férula del pasado y de los espejismos del presente, es capaz de abrir camino al desenvolvimiento de la acción y, con el proceso de la misma, a las oposiciones contemporáneas cuya lucha legítima juicios de valor y permite la perspectiva hacia el futuro De tal modo se pasa del análisis crítico, de la historiografía —que libera de las doctrinas y de las experiencias vividas a las concepciones vivientes— al conocimiento nuevo; y con éste, las categorías, que forman los juicios, ya no operan como predicados

de los sujetos, sino como potencia del hacer, que entendemos en su sentido más amplio del hacer científico y filosófico. Es la filosofía-historia, la ciencia-filosofía, que constituyen el todo que es historia del pensamiento pasado y planteamiento del pensamiento futuro, de una nueva filosofía y de una nueva ciencia, que a su vez se convertirán en objeto de historiografía. Estas son las esferas del hacer, del pensar, de la actividad humana, a las que responden las formas fundamentales y originales del conocimiento: científico o filosófico.

Y aunque a menudo se suele manifestar una especie de desconfianza para con la discriminación de estas formas de producirse la marcha del conocimiento, es, lo vimos en los capítulos anteriores, la única manera razonable de formular las distinciones que nos han llevado, en casi tres siglos de búsquedas, de oposiciones, de luchas casi siempre encarnizadas, al concepto de la historicidad de la naturaleza humana. Tres centurias costó salir de un círculo vicioso; de definir la naturaleza humana por la intención antropomórfica y la intención antropomórfica por la naturaleza humana, y dejando todo indeterminado: indeterminación de la que muy bien se sirvieron y se sirven en psicología los que aprovechan de la inmoralísima y anticientífica "dirección de la intención"; como en el campo opuesto, de la indiscernibilidad externa del conocimiento científico y del conocimiento útil se sirven los utilitaristas para negar la originalidad del saber e identificarlo con la utilidad.

Bajo el asalto de los *a priori* educacionales y con la intención manifiesta de formar "servidores" de los regímenes políticos, primero;[1] del régimen industrial después y en nuestros días,[2] el problema de la naturaleza humana ha sido soslayado del campo de la pedagogía y de la psicología, que cometen un "pecado filosófico", una acción contraria a las indicaciones de la razón, y que justifican afirmando que no es "pecado" propiamente dicho porque, si atentan, lo hacen contra una hipótesis indeterminada. Para la pedagogía y la psicología —en sus formas pragmáticas como la psicología de la eficiencia—, la naturaleza es un principio formal que comprende, en el hombre, lo que hay de superior a la animalidad, o sea, lo de orden intelectual y

[1] La estructuración napoleónica de la enseñanza, que sirvió de modelo en el siglo pasado, y en éste, para todo el mundo, y cuestionada por las revueltas estudiantiles que comenzaron con el "mayo francés" de 1968, tenía por finalidad práctica formar "servidores" y "administradores" del Estado. Véase al respecto Aníbal Ponce, *Educación y lucha de clases*, Buenos Aires, 1934.

[2] Véase Alberto L. Merani, *Psicología y alienación*, *loc. cit.*

moral, que no consideran "naturaleza" histórica, y que suelen llamar "libertad", con el sentido bergsoniano del término y según una elección libre del individuo por formas de vida que no puede determinar. De este modo, el problema de la naturaleza humana, inclusive si la aceptan en su historicidad, se transforma en problema ético; lo que es natural aparece así como *necesario;* esto es, existente de hecho y desde los orígenes.

Por un fenómeno de inversión que responde a la intención de formar individuos para las necesidades del régimen, se cae de nuevo en el círculo vicioso de definiciones de la naturaleza humana, cuya ruptura requirió trescientos años de transformaciones de la ciencia y de la filosofía, y se repite en la acción educativa la intención de la idea de Pascal, del siglo XVII, de que "nuestra alma está arrojada en el cuerpo, donde encuentra número, tiempo, dimensión".[3] La experiencia de Itard, que transformó a un individuo extrasocial, al extremo de parecer a la vez sordomudo e idiota, en un hombre que entendía y comprendía el lenguaje, las conclusiones de Darwin y de Marx sobre evolución e historicidad de la naturaleza humana, han quedado relegadas en educación, y según fines de dominio y de poder, por la avalancha de un metodologismo estéril. En efecto, cuando en los albores de nuestra centuria esas verdades fueron finalmente comprendidas, dos figuras de la pedagogía, las mayores en la ciencia de la educación moderna, María Montessori y Ovidio Décroly, supieron hacer suyas las consecuencias. Sobre las huellas de Itard, realizaron las primeras observaciones sobre las diferencias individuales, las tentativas racionales de un estudio biográfico de la conducta del niño,[4] precedentes directos de los estudios longitudinales de la maduración infantil realizados con imponente abundancia de medios y sobre grupos muy grandes en nuestros días, en especial por Arnoldo Gesell y su escuela.

La metodología que desarrollaron Montessori y Décroly, sobre todo el material didáctico que crearon adecuado a sus métodos, es uno de los capítulos más importantes de la pedagogía moderna. Con ellos nace la "educación activa", y por primera vez tenemos una escuela y una didáctica elaboradas sobre la base de los principios de la biología, de la psicología, verificados con los procedimientos del laboratorio y de las mediciones. Con

[3] Blaise Pascal, *Pensées*, 233, Paris, 1662.

[4] Hippolite Taine (*Nota sobre la adquisición del lenguaje en los niños y en la especie humana*, "Anales de Psicol.", Inst. de Psicol., U.C.V., Caracas, 1966, publicada originalmente en la *Revue Philosophique*, N.º 1, 1876) y Charles Darwin (*A Biographical Sketch of an Infant*, "Mind", Londres, 1877, fueron los precursores de este tipo de estudios.

ambos, la pedagogía deja de ser una inspiración "poética" como con Tolstoi y Tagore, un afán de "caridad" para con el niño como con Steiner y Manjón, para convertirse en un estudio de la vida.

Sus experiencias fueron contemporáneas,[5] y tuvieron en común la idea de partida, aunque llegaran a aplicaciones opuestas en las motivaciones y en las traducciones concretas. Enemigos de los "sistemas pedagógicos", Montessori y Décroly convirtieron en realidad educativa el concepto naturalista e histórico de la naturaleza humana. No parten de principios ni se afincan en declaraciones de fines generales grandilocuentes y abstractos, sino que arrancan del real concreto que es el niño y la circunstancia en que vive, y quieren llegar al hombre que será en su naturaleza otro ser y estará instalado en otras circunstancias, porque, como dirá Décroly, "es absurdo querer preparar para la vida social del mañana con métodos adaptados a la sociedad de ayer". El niño es una continua evolución; sus capacidades de abstracción y de generalización, de emotividad y de afecto, de iniciativa y de energía, de resistencia y de fuerza de carácter, se desarrollan y crecen de manera desigual, ondulatoria, no son paralelas, como ocurre con el crecimiento fisiológico. Médicos ambos, especializados en psiquiatría infantil, comenzaron considerando la situación del niño mentalmente disminuido, al que dedicaron sus primeros esfuerzos, y luego generalizaron pasando al común de los niños.

En tanto la corriente de educación con que se abre el siglo responde al instrumentalismo de Dewey, y la escuela que propicia el régimen industrial corresponde al desarrollo de las condiciones requeridas para que los individuos lo sirvan y puedan ser más fácilmente alienados en función de una situación social perenne y siempre igual,[6] Montessori y Décroly propician una reforma con sus planes educativos. Eran revolucionarios, inclusive a pesar suyo, porque habían adoptado el concepto de la historicidad de la naturaleza humana, y reconocían que el niño es un ser sociable, factor y producto de la sociabilidad, y, por consiguiente, la escuela debe ser de manera tal que favorezca el desarrollo y el perfeccionamiento de las tendencias sociales

[5] La *Casa dei bambini*, de María Montessori, y la *Ecole de l'Ermitage*, de Ovide Décroly, la primera en Roma, la segunda en Ixélles, Bélgica, fueron abiertas en el año de 1907.

[6] Para comprender lo negativo y antihumano del instrumentalismo pedagógico de Dewey, y su papel como sostén del régimen de alienación, como de toda la pedagogía moderna inspirada en sus trabajos, véase Alberto L. Merani, *Psicología y alienación*, Grijalbo, México, 1971.

latentes en cada individuo. Una escuela como la de Dewey, que pretenda reproducir en pequeño *su* sociedad, *sus* problemas, es una escuela esterilizadora, que desarrolla capacidades instrumentales adaptadas a esa sociedad, que prepara para vivir soportando sus condiciones.

Por lo contrario, Montessori y Décroly quieren una escuela a la medida del niño. Esta frase, "a la medida del niño", ha sido hasta hoy interpretada por todos los tratadistas de la pedagogía, y sin excepción, con la clásica miopía con que acostumbran a considerar todo aquello que trasciende a los métodos. Se quiere ver en ella una casa reducida a la medida del niño, con mobiliario adaptado a su tamaño, aislada de la vida, con una vida propia que se quiere suponer sea la del niño, concepción ésta que confunde el sentido práctico de la adaptación proporcionada del material didáctico a las edades, con la finalidad de la educación "a la medida del niño". La escuela de Montessori y de Décroly es una escuela plena de naturaleza y de naturaleza de vida; junto al ambiente natural de la sociedad.

El niño se interesa por la vida, y toma de la misma los impulsos riquísimos de desarrollo y crecimiento. Considerando que la naturaleza humana se hace, encuentran que las necesidades del niño, y no las del adulto, que ya es, deben ser el centro, y todo lo que la sociedad y la naturaleza viviente y no viviente hacen para satisfacerla, debe ser objeto del conocimiento del niño, en la medida que puede asimilarlo.

Tal es la "escuela *para la* vida y por *medio* de la vida", en la cual, bajo la guía del educador que conoce el alma infantil, o dicho de manera profesoral, que domina los procesos de su evolución e historicidad, el niño puede convertirse en actor de la propia formación. Si la naturaleza humana es producto de la conjunción dialéctica de la evolución biológica y de los cambios históricos, su construirse es una autoconstrucción; la escuela no la produce, sino que simplemente debe proporcionar el ambiente para que esa autoconstrucción no se vea constreñida, deformada por las circunstancias, y para que la naturaleza del ser que se educa corresponda a la naturaleza de circunstancias verdaderamente humanas y no alienantes. Esto lo palpaban en la práctica María Montessori y Ovidio Décroly, porque trabajaban con niños de los barrios pobres, con pequeños que ya *in acto nascendi* sufrían las consecuencias de pertenecer al lumpenproletariado, y no con la muy selecta clientela de la escuela experimental de la Universidad de Chicago, de origen "ejecutivo" y destinada a convertirse en "directivos", que educaba Dewey.

"Todo converge en el niño, todo se irradia del niño", escribió Décroly, y a la espera del día en que la vida sea verdaderamente humana, que la naturaleza del hombre no sea más deformada por la perversidad intrínseca de las circunstancias, por la inmoralidad de la "dirección de la intención" que justifica los medios y sacrifica el individuo a los fines, con independencia de la gravedad del acto y de sus consecuencias, su reforma educacional, como la de Montessori, quedó reducida a la minimización metodológica. La escuela adoptó únicamente sus didácticas y las unió con los fines del pragmatismo de Dewey, y finalmente la ideología del régimen industrial, la de nuestra época, redujo a Décroly y Montessori, en sus consideraciones, a la talla de *pedagogos* con toda la carga despectiva que desde el siglo XVII arrastra el término.[7] La bandera de Itard, que aquéllos habían recogido, queda arriada una vez más porque su símbolo no corresponde a los intereses de una sociedad para la cual la moralidad es política, y la política utilidad, y las convierte, con las demás formás de la actividad humana, en ganancia producto de la oferta y la demanda, en reflejo de las necesidades que crea la propaganda, de las mentes orientadas por la publicidad, que en la medida que llenan sus fines especiales transforma en acción ética.

Por esto mismo, el problema de la naturaleza humana no está por encima del problema de la educación ni se resuelve en sí, sino que de la compenetración recíproca reciben, ambos, la propia concreción: como, por lo demás, cada uno de ellos de los otros problemas de la vida. La solidaridad de la vida humana no permite al pensador —filósofo, biólogo o psicólogo— o al educador —filósofo, político o pedagogo— rescindir los lazos con las demás formas del hacer, de las que saca su savia, poniéndose por encima, o sea, fuera de las mismas, o sustituyéndolas; ni al pensador en general de moverse en una esfera superior a la vida misma, si el pensamiento no quiere transformarse en abstracta inutilidad y volverse máscara de la alienación. El desdén que hoy por hoy la mayoría de los pedagogos de oficio siente por quienes se preocupan por esclarecer y asentar el concepto real,

[7] Considérese, por ejemplo, el tono de burla con que Aldo Agazzi (*Panorama della pedagogia d'oggi*, Brescia, 1953) trata a María Montessori, así como el descrédito que pretende echar sobre su obra y pensamiento, y la poquísima importancia que Francesco Bartolomeis (*La pedagogia come scienza*, Firenze, 1953) concede a Décroly y a Montessori en comparación con Dewey. Ambos, conceptuados como muy buenos tratadistas de la pedagogía, exaltan, por lo contrario, a pedagogos cuya labor no cuenta, pero que popularizaron a Dewey. Uno lo hace en nombre de la educación cristiana; el otro, del liberalismo burgués.

cambiable y en continuo devenir de la naturaleza humana, llamando a su propia tarea "obra práctica", y queriendo preparar "hombres prácticos" con desmedro de la razón, insensibles en sus planes y fines a la lucha, agónica casi siempre, por despojar al hombre de sus ataduras instintivas que, por lo contrario, exaltan, es incapacidad de la alienación que sufren y no precisamente superioridad, o a lo sumo en sus honestos seguidores del Tercer Mundo, que creen ver en sus planes una solución, cuando son un verdadero *morbus opificum.* Sí, mal de trabajar como las abejas, construyendo siempre el mismo panal, que es al mismo tiempo fuente de vida y cárcel de actividades automáticamente repetidas, modelo de sujeción eterna.

De esta solidaridad de la naturaleza humana con la vida, y, en consecuencia, con la educación como forma ordenada y programada de acción *para* y *por* medio de la vida, cada una de las cuales emerge de todas las otras formas de acción para reintegrarse a su vez en ellas, tenemos de nuestros contemporáneos de la postguerra un único ejemplo de una psicología y de una pedagogía que representan una historia del primer nacer de la naturaleza humana, de su crecimiento y desarrollo, de su alcanzar la edad adulta, y de no permanecer estacionados una vez alcanzada esa edad definitiva, incapaces de desarrollos ulteriores, en especial en la apreciación del mundo y del papel desempeñado en éste por sus acciones.[8] Con esta intención y contenido, Enrique Wallon se pronunció al formular su "Plan" de organización de la enseñanza,[9] no para asignar a la pedagogía el tema de la formación de la naturaleza humana que primero no era y que un día será, sino para afirmar la naturaleza humana como eterna formadora de la historia, que a su vez la forma, como sujeto mismo de la historia e historia del sujeto. Como tal es, por un lado, el principio explicativo del curso histórico de la naturaleza humana y, por el otro, el ideal moral de una humanidad en la cual la espontaneidad suplanta al automatismo, y la razón, como conciencia reflexiva, dirige y ordena la actividad humana.

Nada más frecuente que escuchar en nuestros días, sobre todo en nuestro Tercer Mundo, el anuncio jubiloso o la admisión resignada o la lamentación desesperada de que la libertad desertó del globo, que su ideal se puso sobre el horizonte de la

[8] Véase para una exposición exhaustiva, Alberto L. Merani, *Psicología y pedagogía,* Grijalbo, México, 1969.

[9] *Plan de reforma de la enseñanza,* sometido a la consideración del Ministerio de la Educación Nacional, de Francia, el 19 de junio de 1947. Véase el "Plan" *in extenso,* su motivación y análisis, en Alberto L. Merani, *Psicología y pedagogía, loc. cit.*

historia, con un ocaso sin esperanzas de amanecer. Los que así hablan, victimarios poderosos o víctimas angustiadas, no saben lo que dicen, porque su propia acción opresora o su renuncia de oprimidos son hechos históricos, y son la historicidad de la naturaleza, que no pueden coartar ni desviar, y la historicidad de la historia, que como hombres hacen, las conjugadas en un devenir que conforma a la naturaleza humana, y produce la conciencia reflexiva de la humanidad. Si lo supieran, si reflexionaran, sabrían que naturaleza humana es sinónimo de libertad, porque considerar inmutable la naturaleza humana, dada de una vez para siempre, es lo mismo que dar por muerta a la vida.

Segunda Parte

EDUCACION

Textos de *Jean-Marc Gaspard Itard*, presentados y anotados por *Alberto L. Merani*; traducidos por *Susana Merani*.

Presentación

Jean-Marc Gaspard Itard no tuvo en vida, ni tampoco en el siglo XIX, en que realizó su obra, la importancia científica que ahora le concedemos. Fue un otólogo de prestigio, pero cuya labor fuera de la práctica cotidiana de la medicina quedó entonces sin resonancias. Nace el 24 de abril de 1774 en Oraison, Bajos Alpes, Francia. Su padre, apenas terminados sus estudios secundarios, como diríamos hoy, lo destina a la banca, ensayo desgraciado que después de dos años lo deja sin profesión y sin orientación definida en una sociedad que no admite los cambios ni las búsquedas profesionales y, menos todavía, la deserción del modo de vida fijado por la tradición familiar. Pero la Revolución ha estallado y los azares de la guerra lo llevan a trabajar

al hospital militar de Soliers, aunque ignora todo de la medicina. Allí descubre el gran interés de su vida, y acuciado por una pasión médica repentina sigue las lecciones de Larrey, profesor de anatomía. En 1796, Larrey está en Val de Grâce, y llama junto a él a su discípulo de Soliers, haciéndole concursar para un puesto de cirujano, que gana. Epoca llena de fermentaciones tanto en los campos de la vida como del pensamiento, también lo es para la medicina, dividida en la Francia de entonces por dos tendencias fundamentales: una, que confía en la estrategia científica; otra, partidaria de la táctica científica. La primera tiene por cabeza a Pinel, gran figura de la renovación en el orden nacional y mundial del trato que se brinda a los enfermos de la mente; la segunda responde a las enseñanzas de Corvisart, renovador famoso de la clínica, que llegaría a médico privado y consejero de Napoleón I.

Itard escoge la estrategia, el arte de dirigir al enfermo a través de los pasos de la enfermedad hasta la curación definitiva, y que se asienta, sobre todo, en la observación. En su empeño por convertirse realmente en médico (el cirujano era todavía un personaje secundario dentro del arte de curar), se traslada a París, donde a la vez que ejerce, estudia. Un día, el abate Sicard, famosísimo por sus métodos para la educación de sordomudos, sufre un accidente y acude a los cuidados de Itard. La relación del médico con el paciente se transforma en amistad, y finalmente propone a Itard para el cargo de jefe médico de la Institución que dirige en la calle de Saint-Jacques. El año de 1801 —año IX, mes Pluvioso, del calendario republicano— Itard lo inicia en su nuevo puesto. Tiene apenas veinticinco años y prepara una tesis sobre el neumotórax, que presentará en 1803, año en que el *Salvaje del Aveyron* es conducido a París, y enviado a la Institución de la calle de Saint-Jacques, un poco porque en algunos aspectos se podía asimilar su conducta con la de los sordomudos y, sobre todo, porque no se sabía a ciencia cierta dónde destinarlo. Como médico, Itard lo reconoce, especialmente lo observa por un cierto lapso, y después, contra el parecer de todos, de Pinel en primer término, que lo estudiara antes que él, decide educarlo.

Su arte de pedagogo es nulo; nunca le había interesado la pedagogía, ni siquiera la de los sordomudos que vigilaba en su salud, y esta desventaja aparente se convierte en ventaja de primer orden que le permite encarar la situación de su singular alumno sin preconceptos didácticos ni fines declamatorios, que entonces como ahora solían ahogar las mejores intenciones de

los educadores. Pero Itard es un gran observador, posee lo que se llamó después "ojo clínico certero", la intuición de los hechos por encima de las realidades con que se presentan acompañados, y los detalles más insignificantes le sirven para desenredar la madeja de sus deducciones. Durante cuatro años trabaja tenaz e incansablemente con Víctor del Aveyron; el arte médico se le revela inútil frente al caso, pero su concepto de la vida, de la naturaleza humana, y sobre todo su fe en los principios humanitarios que proclamara la Gran Revolución, la de 1789, y que asimilara en su adolescencia, su confianza sin límites en la razón, a la que viera alzarle altares como "Diosa Razón", lo llevan a insistir en su afán educativo y a publicar una *Memoria* y un *Informe* que se refieren al "Salvaje", a sus progresos, a sus limitaciones, y a la didáctica que crea para conducirlo a la luz del conocimiento y del lenguaje.

Otólogo reputado, Itard ha ganado en tanto una buena clientela, que recibe cada mañana en su consulta particular, mientras que las tardes las dedica íntegras a la Institución de Sordomudos, y en particular a su alumno Víctor. En 1821 es elegido miembro de la Academia de Medicina, y publica una obra: *Traité des maladies de l'oreille et de l'audition,* que hoy reconocemos como el trabajo más importante de entonces sobre la materia, desde que Duverney escribiera sobre el mismo asunto en 1683. Teórico de la fisiología, de la medicina, por influjo de su contacto con el "Salvaje", Itard se inclina por la práctica, por la didáctica aplicada a la enseñanza de los sordomudos. En oposición con su tiempo, con las ideas de su famoso amigo y protector el abate Sicard, con el método seguido en la Institución Imperial: la enseñanza del gesto y de la mímica, Itard considera que se debe dar voz a los sordomudos y procura imponer la lectura del movimiento de los labios y la expresión oral. Con esto se adelanta en un cuarto de siglo a sus contemporáneos, y durante casi cuarenta años se consagra con ingeniosidad sin igual a la aplicación de dicho método a los niños de la Institución. Su pasión por esa tarea lo lleva a renunciar prácticamente a los beneficios que le brinda su selecta y abundante clientela; se recluye en su casa del barrio de Saint-Jacques, en la Institución de Sordomudos, y solamente atiende —provinciano transplantado a la capital— a los pacientes que llegan del interior. Más aún, se convence poco a poco de que únicamente se llega a sabio por medio de la experiencia, que sólo es lúcida por la duda, e inteligente por la aceptación de los límites del saber adquirido.

De salud débil, cada año, desde 1832, se ve obligado a tomar

vacaciones de varios meses, que pasa en el agradable retiro de Beau-Séjour, en Passy. En octubre de 1837, sin ninguna ilusión porque vislumbraba su fin cercano, lega por testamento a sus diversos amigos objetos como recuerdo: a un sobrino —murió célibe—, su biblioteca; a la Academia de Medicina, una renta anual de mil francos para un "premio trienal en favor de la mejor memoria de medicina práctica y de terapéutica aplicada", y a la Institución de Sordomudos, una renta ocho veces mayor, para que una clase de "instrucción complementaria" estrictamente oral sea creada y, más allá de su existencia, mejor atendidos aquellos niños desgraciados a los que había consagrado todas sus fuerzas y la potencia de su pensamiento. Murió el 5 de julio de 1838, a los sesenta y cuatro años de edad, persuadido, como escribiera, "que nada puede sustraer al hombre de las tristes condiciones de su existencia que son sufrir y morir".

La vida de Itard se nos presenta, tanto en su aspecto humano como de creación genial, íntimamente ligada con la de Víctor del Aveyron, de quien la *Memoria* y el *Informe* nos dan la biografía hasta 1806. Desde entonces, Itard no escribió más sobre su singular alumno; los progresos se habían detenido, ya no era un problema de naturaleza humana y de educación, de ortopedia mental, sino de degeneración del individuo. Sin embargo, sigue ocupándose de él; piensa que la mudez de Víctor, como la de los sordomudos en general, sólo tiene orígenes orgánicos; que cuando la atención no permite escuchar; la memoria, conservar; la educación vocal, repetir, la palabra no puede aparecer; se enfrenta así una vez más al consenso científico de la época y se adelanta, por segunda ocasión, a los alcances de la comprensión posible de sus contemporáneos. Para Itard, mudez y retardo mental, "imbecilidad", como era corriente decir entonces, son entidades nosológicamente separadas. La mudez puede dar al niño aspecto de "imbécil", pero la "imbecilidad" no se acompaña necesaria y obligadamente con mudez: la etiología y la nosología son diversas. Al desarrollar estas ideas, entre 1822 y 1828, redacta numerosos informes, en especial tres para la Academia de Medicina, que son notables, y en 1831 escribe una *Memoria sobre el mutismo producido por lesión de las funciones intelectuales*. En 1828, cuando ya las fuerzas de Itard comienzan a declinar, Víctor muere casi cuadrigenario, cuidado por la señora Guérin, que lo atendiera desde su llegada a París, y cuya tutela le había sido entregada cuando el "joven" cumplió los dieciocho años. Vivían en una dependencia de la Institución de Sordomudos, en el número 4 del callejón sin salida de los

Feuillantines, sostenidos por una pensión de 150 francos que el Ministerio del Interior les asignó en 1806, en razón del *Informe* de Itard.

No es aquí cuestión de abrir una vez más el proceso de los "niños salvajes", o "hijos de lobos" como modernamente se los llamó, ni de relatar las oposiciones con que Itard tropezó, y las discusiones que se han sucedido desde entonces hasta nuestros días, muchas veces con mayor afán de sensacionalismo periodístico que de seriedad científica. No obstante, es útil recordar que la tarea de Itard, aunque restringida en sus alcances prácticos con Víctor, está en la base de toda la pedagogía moderna. Sus ideas y sus métodos lo convierten en uno de los primeros grandes educadores de sordomudos, y en el primer pedagogo que se ocupó de los débiles mentales. En 1891, cuando se funda la primera "Biblioteca de Educación Especial" que conoce la historia, su director, Bourneville, se apresura a publicar como segundo volumen la *Memoria* y el *Informe* de Itard, reunidos con el título común de *Raports et mémoires sur le Sauvage de l'Aveyron,* y Etienne Marie Esquirol, la gran figura de la neurología y la psiquiatría de la primera mitad del siglo pasado, escribirá: "Con toda equidad debemos considerar a Itard como el promotor de la educación de los retrasados mentales."

María Montessori, a los dos años de graduada como médico, descubre en 1898 los escritos de Itard, que serán decisivos en su vocación pedagógica. En 1926 escribió: "Se debe recordar que las descripciones minuciosas de Itard fueron los primeros ensayos de pedagogía experimental... Por mi parte, realicé mis experiencias en Roma, sobre los deficientes, durante dos años, según el libro de Séguin [1] y haciendo mi tesoro de las admirables tentativas de Itard. Guiada por sus pruebas, concebí e hice construir un abundante material... En las *Mémoires* de Itard se ve que medios muy cercanos a los utilizados por los iniciadores de la psicología científica lograron transformar un individuo, extrasocial al punto de parecer a la vez sordomudo e idiota, en un hombre que entendía y comprendía el lenguaje... Después que el tiempo ancoró mi confianza en esos métodos, dejé parte de mi actividad consagrada a los disminuidos mentales para dedicarme al estudio de las obras de Séguin y de Itard.

[1] Edouard Onésime Séguin (1812-1880), médico y pedagogo francés que siguió fielmente las huellas de Itard. Por razones políticas, emigró a los Estados Unidos de Norteamérica, donde fundó la *Escuela experimental de Albany* y el *Asilo de idiotas de Syracuse.* Entre sus obras se destacan: *Tratamiento moral, higiene y educación de los idiotas y otros niños retardados* (1852), e *Idiotas y su tratamiento por el método fisiológico* (1852).

Sentí la necesidad de meditarlas: recopié, en italiano, sus escritos, de la misma manera como antiguamente lo hubiera hecho un benedictino". Más cerca todavía de nosotros, otro apóstol de la educación de los débiles mentales, Alicia Descoeudres, adoptadora genial de los principios de Décroly, verá en la *Memoria* y el *Informe* de Itard, "una obra maestra", de la que tomará para su didáctica las técnicas y los ejercicios creados para educar a Víctor del Aveyron, y a imitación del viejo maestro se hará partidaria de una "ortopedia mental", destinada a la educación de los sentidos.

Por fin, cuando en 1961 la UNESCO publicó su *Informe estadístico sobre la enseñanza especial,* sus autores destacaron que "cuando nombres son citados para caracterizar la inspiración general de los métodos y de las técnicas utilizadas, son, salvo excepción, los de los grandes clásicos de esta enseñanza, de los cuales algunos también fueron los pioneros de la escuela activa" y "no parece que una renovación sensible haya acaecido, en este dominio, desde su época". Algunos de esos pioneros, Montessori o Descoeudres, modificaron la pedagogía de Itard, pero conservaron su contenido y, sobre todo, el principio fundamental, la creencia de que "si el niño conoce bastante bien el nombre o el signo natural de las cosas destinadas a su uso, si conoce bastante bien el valor del sí o del no para hacer del mismo una aplicación justa, si tiene la idea de que puede mejorar, la esperanza no está perdida".

ALBERTO L. MERANI

LOS "SALVAJES" EN LA HISTORIA.

REPERTORIO DE LOS CASOS MAS IMPORTANTES

	Nombre del caso	*Fecha del descubrimiento*	*Edad al descubrimiento*	*Primera comunicación de alguna importancia sobre el caso*
1	Niño lobo de la Hesse	1344	7 años	Camerarius, 1602.
2	Niño lobo de Wetteravia	1344	12 años	Von Schreber, 1775.
3	1er. niño-oso de Lituania	1661	12 años	Linneo, 1758.
4	Niño-carnero de Irlanda	1672	16 años	Tulp, 1672.
5	Niño-buey de Bamberg	1680	——	Linneo, 1758.
6	2.° niño-oso de Lituania	1694	10 años	Condillac, 1746.
7	3er. niño-oso de Lituania	——	12 años	Connor, 1698.
8	Niña de Kranenburg	1717	19 años	Linneo, 1788.
9	Muchacho de los Pirineos 1.°	1719	——	Rousseau, 1754.
10	Muchacho de los Pirineos 2.°	1719	——	Linneo, 1758.
11	Peter, el salvaje de Hannover	1724	13 años	Rousseau, 1754.
12	La niña de Sogny	1731	10 años	Racine, 1747.
13	Juan de Lieja	——	21 años	Digby, 1644.
14	Tomko de Zips (Hungría)	1767	——	Wagner, 1794.
15	La niña-oso de Karpfen (Hungría)	1767	18 años	Bonnatèrre, 1800.
16	Víctor del Aveyron	1799	11 años	Itard, 1801.
17	Gaspard Hauser de Nurenberg	1828	17 años	Von Feuerbach, 1832.
18	La niña-trucha de Salzburgo	——	22 años	Horn, 1831.
19	El niño de Hasanpur	1843	——	Sleeman, 1858.
20	El 1er. niño de Sultanpur	1843	——	Sleeman, 1858.
21	El 2.° niño de Sultanpur	1848	——	Sleeman, 1858.
22	El niño de Chupra	1849	——	Sleeman, 1858.
23	El 1er. niño de Lucknow	——	——	Sleeman, 1858.
24	El niño de Bankipur	——	——	Sleeman, 1858.
25	El niño del capitán Egerton	——	——	Sleeman, 1858.

26	Clemens, el niño-cerdo de Overdyke	——	——	Tylor, 1863.
27	El niño-lobo de Overdyke	——	——	Tylor, 1863.
28	Dina Sanichar, de Sekandra	1872	6 años	Ball, 1880.
29	El 2.º niño de Sekandra	1874	10 años	Ball, 1880.
30	El niño de Shajahampur	1875	6 años	Ball, 1880.
31	El 2.º niño de Lucknow	1876	——	Ball, 1880.
32	La niña de Jalpaïguri	1892	8 años	*Journal* de la Sociedad Antropológica de Bombay.
33	El niño de Batzipur	1893	14 años	Frazer, 1929.
34	El niño-lobo de Kronstadt	——	23 años	Rauber, 1885.
35	La polla de las nieves de Justedal	——	12 años	Le Roux, 1895.
36	El niño de Saltanpur	1895	4 años	Ross, 1895.
37	Lucas, el niño babuino del Africa del Sur	1904	——	Foley, 1940.
38	El niño-pantera indio	1920	——	Demaison, 1953.
39	Amala de Midnapore	1920	2 años	Squires, 1927.
40	Kamala de Midnapore	1920	8 años	Squires, 1927.
41	El 1er. niño-leopardo	——	——	Stuart Baker, 1920.
42	El niño de Maïwana	——	——	"The Pioner", 5 de abril de 1927.
43	El niño de Jhansi	1933	——	Zingg, 1940.
44	Un niño-lobo indio	——	——	Hutton, 1939.
45	El niño de Casamance	1930	16 años	Demaison, 1953.
46	Assicia de Liberia	1930	——	Demaison, 1953.
47	El 2.º niño-leopardo	——	8 años	Zingg, 1940.
48	Ana de Pensilvania	1938	6 años	Davis, 1940.
49	Edith de Ohio	1940	——	Maxfield, 1940.
50	El niño-gacela de Siria	1946	——	Demaison, 1953.
51	Ramu, el niño de Nueva Delhi	1954	12 años	Agencia France Presse, 8/II/1954.
52	El niño-gacela de Mauritania	1960	——	Auger, 1963.
53	El niño-mono de Teherán	1961	14 años	Agencia France Presse, 28/IX/1961.

DE LA EDUCACION DE UN HOMBRE SALVAJE

O

DE LOS PRIMEROS PROGRESOS FISICOS Y MORALES

DEL JOVEN SALVAJE DEL AVEYRON *

Por JEAN-MARC GASPARD ITARD

* El texto original fue publicado en París, por la Imprimerie Goujon, en 1801; esta traducción fue realizada sobre la citada edición por Susana Merani.

Prefacio

Arrojado sobre este globo sin fuerzas físicas y sin ideas innatas,[1] incapaz de obedecer por sí mismo a las leyes constitucionales de su organización, que lo destinan al primer rango del sistema de los seres, el hombre sólo puede encontrar en el seno de la sociedad el lugar eminente que le fue señalado en la naturaleza,

[1] Itard rechaza de plano, aquí y en lo que sigue, la teoría del innatismo de Descartes, que dominaba en la psicología y filosofía de su época, y según la cual el hombre posee *ideas innatas* nacidas con el espíritu mismo o con el sujeto pensante, como son las ideas de cosa, de pensamiento, de verdad, de círculo, de peso, de Dios ... La demostración del origen empírico de esos conceptos en el niño corresponde en nuestros días a Henri Wallon, *Les origines de la pensée chez l'enfant,* Paris, 1945 y a Jean Piaget, *Les mecanismos perceptives,* Paris, 1961. (A.L.M.)

y sería, sin la civilización, uno de los más débiles y de los menos inteligentes de los animales: verdad, sin duda, muy machacada, pero que todavía no ha sido rigurosamente demostrada... Los filósofos, que fueron los primeros en emitirla, los que después la sostuvieron y la propagaron, dieron por prueba el estado físico y moral[2] de algunos pueblos errantes, que consideraron incivilizados porque no lo eran a nuestra manera, y en los cuales fueron a recoger los rasgos del hombre en estado puro de naturaleza. No, dígase lo que se diga, no es precisamente allá donde se debe buscarlo y estudiarlo. En la horda salvaje más errabunda, como en la nación de Europa más civilizada, el hombre es únicamente aquello que de él se hizo; necesariamente educado por sus semejantes, de ellos adquirió los hábitos y las necesidades; sus ideas no le pertenecen; goza de la más hermosa prerrogativa de su especie, la susceptibilidad de desarrollar su entendimiento por medio de la fuerza de la imitación y la influencia de la sociedad.

Por consiguiente, se debería buscar en otra parte al tipo de hombre verdaderamente salvaje, el que nada debe a sus semejantes, y deducirlo de los relatos particulares sobre el pequeño número de individuos que, en el curso del siglo XVII, fueron encontrados, con diferentes intervalos, viviendo aislados en los bosques donde habían sido abandonados desde la más tierna edad.[3]

Pero fue tal en esos tiempos pasados la marcha defectuosa del estudio de la ciencia entregada a la manía de las explicaciones, a la incertidumbre de las hipótesis, y al trabajo exclusivo de gabinete, que la observación no contaba para nada, y esos hechos preciosos se perdieron para la historia natural del hombre. Todo lo que dejaron los autores contemporáneos se reduce a unos detalles insignificantes, cuyo resultado más sorprendente y más general es que esos individuos no fueron susceptibles de ningún perfeccionamiento notable; sin duda, porque se quería aplicar a su educación, y sin considerar la diferencia de sus orígenes, el sistema ordinario de la enseñanza social.[4] Si esta aplicación tuvo

[2] Cada vez que Itard emplea la expresión *moral*, lo hace de acuerdo con el uso de la época y refiriéndose al conjunto de la vida psíquica. Así debe entenderse aquí y en lo sucesivo. (A.L.M.)

[3] Linneo hace llegar su número hasta diez y los representa como constituyendo una variedad de la especie humana, que denomina *Homo ferus* (Hombre salvaje). *En esta nota, Itard se refiere a la decimotercera edición del "Systema naturae", Leipzig, George Immanuel Beer, 1788, Tomo I, pág. 21, pues en la primera edición de su obra, Stockholm, Laurentii Salvii, 1758, Tomo I, pág. 20, Linneo solamente cita siete ejemplos.* Véase, el "repertorio de los casos más importantes" (A.L.M.)

[4] Etienne Bonnot de Condillac, *Essai sur l'origine des connaissances humaines*, II parte, Sección cuarta, Capítulo II, págs. 202-205, cita al "segundo

un éxito completo en la niña salvaje encontrada en Francia hacia comienzos del siglo pasado, es que, por haber vivido en el bosque con una compañera, debía a esta simple asociación un determinado desarrollo de sus facultades intelectuales, una verdadera educación, tal como admite Condillac[5] cuando supone que dos niños abandonados en una soledad profunda, y en los cuales la sola influencia de su cohabitación debía dar mucho a la memoria, a su imaginación, y hacerlos crear inclusive un pequeño número de signos:[6] suposición ingeniosa, que justifica plenamente la historia de esta niña, en la cual la memoria se encontraba desarrollada hasta el punto de ofrecerle algunas circunstancias de su estadía en el bosque, y con muchos detallas, sobre todo referente a la muerte violenta de su compañera.[7]

Desprovistos de estas ventajas, los otros niños encontrados en estado de aislamiento individual sólo trajeron a la sociedad facultades profundamente embotadas, contra las que debieron fracasar, en la suposición de que fueran intentados y dirigidos hacia su educación, todos los esfuerzos reunidos de una metafísica apenas naciente, todavía entrabada por el prejuicio de las ideas innatas, y de una medicina, cuyos puntos de vista, necesariamente limitados por una doctrina completamente mecánica, no podían elevarse a las consideraciones filosóficas de las enfermedades del entendimiento. Iluminadas por el resplandor del análisis, y prestándose mutuo apoyo, esas dos ciencias se han despojado en nuestros días de sus viejos errores, y realizado progresos inmensos. De este modo cabe esperar que si alguna vez se presentara

niño-oso de Lituania", encontrado en 1694, al que se calculó una edad aproximada de diez años, y del cual fue el primero en dar una comunicación de cierto relieve. (A.L.M.)

[5] *Ibídem.*

[6] Otto Jespersen, *Die Sprache, ihre Nature, Entwicklung und Entstehung,* Heidelberg, 1825, cita y analiza el caso de los "gemelos daneses", dos niños que crecieron encerrados y juntos en un cuarto de una granja, sin contactos humanos continuados, y que llegaron a crear una jerga con sonidos propios y particulares, y por medio de la cual sumariamente se entendían. De este ejemplo no se puede excluir un primer aprendizaje de la lengua materna, olvidada después, y los contactos, aunque breves, con quien les proveía alimentos. (A.L.M.)

[7] Compañera a la que desgraciadamente había matado de un fuerte golpe en la cabeza, un día que hallaron un rosario, cuya posesión exclusiva se disputaron (Racine, *Poéme de la Religion.* [Aquí, evidentemente, Itard no cita de primera mano, pues la *Religion* no contiene esta referencia, que está en la *Epître II,* que es otra obra distinta del mismo autor.] (A.L.M.)

Este relato, aunque sea uno de los más circunstanciados, está, sin embargo, tan mal hecho, que si se le quita primero lo que tiene de insignificante y después lo que tiene de increíble, sólo ofrece un pequeño número de particularidades dignas de ser destacadas, y de las cuales la más notable es la facultad que poseía aquella joven salvaje de recordar su estado pasado.

un individuo semejante a los de quienes acabamos de hablar, *desplegarán para su desarrollo físico y moral todos los recursos de sus conocimientos actuales;* o que, por lo menos, si esta aplicación se volviera imposible o infructuosa, se encontraría en este siglo de la observación alguien que, *recogiendo con cuidado la historia de un ser tan sorprendente, determinara lo que es, y dedujera de lo que le falta, la suma hasta hoy no calculada de los conocimientos y de las ideas que el hombre debe a su educación.*

¿Me atreveré a pretender que me propuse esas dos grandes empresas? Y que no se me pregunte si alcancé mi finalidad. Sería una cuestión muy prematura a la que únicamente podría responder en una época todavía lejana. No obstante, la hubiera esperado en silencio, sin querer ocupar al público con mis trabajos, si no hubiese sido para mí tanto una necesidad como una obligación, probar, con mis primeros éxitos, que el niño con el cual los obtuve no es, como por lo general se creyó, un imbécil desesperado, sino un ser interesante, que merece, bajo todos los aspectos, la atención de los observadores, y los cuidados particulares que le ofrece una administración esclarecida y filantrópica.

Los progresos de un joven salvaje

Un niño de once o doce años, que se había entrevisto algunos años antes en los bosques de la Caume,[1] completamente desnudo, buscando bellotas y raíces de las que se alimentaba, fue en los mismos lugares, y hacia el final del año VII,[2] encontrado por tres cazadores que lo atraparon en el momento cuando trepaba a un árbol para sustraerse de sus persecuciones. Llevado a una aldehuela de las cercanías, y confiado al cuidado de una viu-

[1] Comuna del Sur de Francia, a orillas del río Aude, en el Departamento del mismo nombre, cuya capital es Carcassonne. (A.L.M.)

[2] El año VII del calendario republicano abarca desde septiembre de 1798 hasta agosto de 1799; esto es, fue capturado en *Fructidor*, o sea, agosto de 1799. (A.L.M.)

da, se escapó al cabo de una semana y se refugió en las montañas, donde erró durante los frios más rigurosos del invierno, revestido más bien que cubierto por una camisa en jirones, retirándose por la noche a lugares solitarios, aproximándose, de día, a las aldeas cercanas, llevando así una vida errabunda, hasta que un día entró, por su propia voluntad, en una casa habitada del cantón de Saint-Servin.

Fue recapturado, vigilado y atendido durante dos o tres días; de allí se le transfirió al hospicio de Saint-Affrique, después a Rodez, donde fue mantenido varios meses. Durante sus estadías en esos diversos lugares, se le vio siempre igualmente feroz, impaciente y movedizo, buscando continuamente escapar, y brindando material para las más interesantes observaciones, recogidas por testigos dignos de fe, y que no olvidaré de citar en los artículos de este ensayo allí donde mejor quepa destacarlas.[3] Un ministro, protector de las ciencias,[4] creyó que la del hombre moral podría obtener algunas luces de este acontecimiento, y fueron dadas órdenes para que aquel niño fuese llevado a París, donde llegó al final del año VIII,[5] bajo la guardia de un pobre y respetable anciano que, obligado a dejarlo poco después, prometió volver a buscarlo y a servirle de padre, si alguna vez la sociedad lo abandonaba.

Las esperanzas más brillantes y menos razonadas se habían adelantado en París, al *Salvaje del Aveyron.*[6] Muchos curiosos se alegraban de antemano imaginando cuál sería su sorpresa al ver todas las cosas bellas de la capital. Por otra parte, muchas perso-

[3] Si por la expresión *salvaje* se ha entendido hasta ahora al hombre poco civilizado, debemos convenir que, quien no lo es, de ninguna manera merece con verdadero rigor esta denominación. Le conservaré, pues, el nombre por el cual siempre se le designó, hasta que dé cuenta de los motivos que me determinaron a darle otro.

[4] Conde de Champagny, duque de Cadore (1756-1834). (A.L.M.)

[5] Esto es, hacia agosto de 1800. (A.L.M.)

[6] Lo que acabo de decir y que diré a continuación, sobre la historia de este niño antes de su estadía en París, se encuentra garantizado por las relaciones oficiales de los ciudadanos Guiraud y Constant de Saint-Estève, comisarios del gobierno, el primero en el Cantón de Saint-Affrique, el segundo en el de Saint-Servin, y por las observaciones del ciudadano Bonnatèrre, profesor de Historia Natural en la Escuela Central del Departamento de l'Aveyron, consignadas muy en detalle en su *Notice historique sur le sauvage de l'Aveyron,* Paris, año VIII (1800).

El nombre completo del autor y el título íntegro de la obra son: Pierre-Joseph Bonnetèrre, "Notice historique sur le sauvage de l'Aveyron et sur quelques autres individus qu'on à trouvés dans les forêts à differentes époques", Paris, Vve. Panckoucke, año VIII (1800). Bonnetèrre conocía a Linneo (loc. cit) y a von Schreber (Johann Christian Daniel von Schreber, "Die Sängthiere in Abbildungen nach der Natur mit Beschreibungen", Erlangen, Wolfgang Walther, 1775), que a los casos citados por Linneo (loc. cit.) agrega otros dos. (A.L.M.)

nas, recomendables por lo demás según sus luces, olvidando que nuestros órganos son proporcionalmente menos flexibles y la imitación proporcionalmente más difícil, cuanto más alejado está el hombre de la sociedad y de la época de su primera edad, creyeron que la educación de ese individuo sólo sería cuestión de algunos meses, y que pronto se le escucharía referir sobre su vida pasada los detalles más picantes. En lugar de todo esto, ¿qué vieron?: un niño de una suciedad asqueante, afectado por movimientos espasmódicos y a menudo convulsivos, que se balanceaba sin descanso como algunos animales del zoológico, mordía y arañaba a los que lo servían; en fin, indiferente a todo y no prestando atención a nadie.

Se concibe fácilmente que un ser de esta naturaleza sólo debió provocar una curiosidad momentánea. Se acudió en multitud, se le vio sin observarlo, se le juzgó sin conocerlo, y no se habló más del asunto. En medio de esta indiferencia general, los administradores de la Institución Nacional de los Sordomudos, y su célebre director[7] no olvidaron que la sociedad, al traer a su seno a este joven desafortunado, había contraído con él obligaciones indispensables, que le correspondía cumplir. Al compartir entonces las esperanzas que yo asentaba en un tratamiento médico, decidieron que el niño fuera confiado a mis cuidados.

Pero antes de presentar los detalles y los resultados de esta medida, es necesario exponer el punto de donde partimos, recordar y describir aquella primera época, para apreciar mejor hasta dónde hemos llegado, y oponiendo de esto modo el pasado con el presente, determinar lo que debe esperarse del porvenir. Obligado, pues, a volver sobre hechos conocidos, los expondré rápidamente, y para que no se me convierta en sospechoso de haberlos exagerado con la finalidad de destacar los que les voy a oponer, me permitiré referir de manera muy analítica la descripción que de él hizo a una sociedad científica, y en una sesión donde tuve el honor de ser admitido, un médico tan ventajosamente conocido por su genio de observador como por sus profundos conocimientos en las enfermedades de lo intelectual.

Procediendo primero por la exposición de las funciones sensoriales del joven salvaje, el ciudadano Pinel[8] nos presenta sus sentidos reducidos a tal estado de inercia, que ese infortunado

[7] Se refiere al abate Sicard (1724-1822), célebre educador de sordomudos, sucesor del célebre abate de l'Epée (1712-1789), fundador de la Institución de los Sordomudos, a los que enseñó a hacerse comprender por signos convencionales. (A.L.M.)

[8] Philippe Pinel (1745-1826), uno de los primeros que reformó la asistencia psiquiátrica en el mundo, y célebre nosógrafo de las enfermedades mentales. (A.L.M.)

se encontraba, bajo este aspecto, en estado muy inferior al de algunos de nuestros animales domésticos; sus ojos sin fijeza, sin expresión, erraban vagamente de un objeto a otro sin detenerse nunca en ninguno, tan poco instruidos por otra parte, y tan poco ejercitados por el tacto, que no distinguían un objeto en relieve de un cuerpo dibujado; el órgano del oído insensible a los ruidos más fuertes como a la música más conmovedora; el de la voz reducido a un estado completo de mudez y dejando solamente escapar un sonido gutural y uniforme; el olfato tan poco cultivado, que recibía con la misma indiferencia el aroma de los perfumes y la exhalación fétida de los desechos que llenaban su cama; por último el órgano del tacto restringido a las funciones mecánicas de la aprehensión de los cuerpos. Al pasar de inmediato al estado de las funciones intelectuales de este niño, el autor del informe nos lo presenta incapaz de atención, salvo para los objetos de sus necesidades, y, en consecuencia, de todas las operaciones del espíritu que entraña esa primera, desprovisto de memoria, de juicio, de aptitud para la imitación, y de tal manera limitado en las ideas relativas inclusive a sus necesidades, que todavía no había llegado a abrir una puerta ni a subirse sobre una silla para alcanzar los alimentos que se ponían fuera del alcance de sus manos; finalmente, desprovisto de cualquier medio de comunicación, no concediendo intención ni expresión a los gestos y movimientos de su cuerpo, pasando con rapidez y sin ningún motivo presumible de una tristeza apática a los accesos de risa más inmoderados; insensible a cualquier especie de afectos morales; su discernimiento sólo era un cálculo de glotonería; su placer, una sensación agradable de los órganos del gusto; su inteligencia, la susceptibilidad de producir algunas ideas incoherentes, relativas a sus necesidades; su existencia completa, en una palabra, una vida puramente animal.

Al relatar después varias historias, recogidas en la Bicêtre[9], de niños irremediablemente atacados de idiotez,[10] el ciudadano Pinel estableció entre el estado de esos desgraciados y el que presentaba el niño que nos ocupa, las comparaciones más rigurosas, que daban necesariamente por resultado una identidad completa y perfecta entre esos jóvenes idiotas y el *Salvaje del Aveyron*. Esta identidad llevaba necesariamente a concluir que,

[9] Hospicio para ancianos y alienados, famoso en la historia de la psiquiatría, que está en el barrio del mismo nombre de la Municipalidad de Gentilly (Seine), Francia.

[10] Itard emplea este término, técnico en su época y ahora del lenguaje familiar, para referirse a lo que clínicamente hoy se denomina *idiocia*. (A.L.M.)

alcanzado por una enfermedad hasta ahora considerada incurable, no era susceptible de ninguna especie de sociabilidad y de instrucción. Tal fue la conclusión que obtuvo el ciudadano Pinel, y que, sin embargo, acompañó de esa duda filosófica que aparece en todos sus escritos, y que pone en sus presagios aquel que sabe apreciar la ciencia del prognóstico y sólo ve en el mismo un cálculo más o menos incierto de probabilidades y de conjeturas.[11]

En nada compartí esta opinión desfavorable, y a pesar de la verdad del cuadro y a pesar de la justedad de las comparaciones, me atreví a concebir algunas esperanzas. Las asenté en la doble consideración de la *causa* y de la *curabilidad* de esa idiotez aparente. Por lo demás, no puedo continuar sin insistir un momento sobre dos consideraciones. Se refieren al momento presente, y se asientan sobre una serie de hechos que debo narrar, y en los cuales más de una vez me veré forzado a mezclar mis propias reflexiones.

Si se me diera a resolver este problema de metafísica: *determinar cuál sería el grado de inteligencia y la naturaleza de las ideas de un adolescente que, privado desde su infancia de cualquier educación, hubiera vivido completamente separado de los individuos de su especie,* me equivocaría groseramente, o la solución del problema se reduciría a solamente otorgar a ese individuo una inteligencia relativa al pequeño número de sus necesidades y despojada, por abstracción, de todas las ideas simples y complejas que recibimos por la educación, y que se combinan en nuestro espíritu de tantas maneras, por el único medio del conocimiento de los signos.[12] ¡Y bien!, el cuadro moral de este adolescente sería el correspondiente al *Salvaje del Aveyron* y la solución del problema daría la medida y la causa del estado intelectual de éste.

Pero para admitir todavía con mayor razón la existencia de esta causa, se requiere probar que actúa después de cantidad de años, y responder a la objeción que se podría hacer, y que por lo demás se nos hizo, que el pretendido salvaje sólo era un

[11] Cabe recordar que para Pinel, como para todos los grandes médicos de la época, la *nosografía,* esto es, la clasificación metódica de las enfermedades, fue un evangelio, lo que les permitía, establecido el cuadro analítico de la situación real y actual del paciente, aplicar la "duda metódica" cartesiana y aceptar cambios ulteriores, esto es, no establecer nunca una prognosis definitiva, sino probable. (A.L.M.)

[12] Con más de 120 años de anticipación, Itard reconoce lo que ahora denominamos "inteligencia sensomotriz", y destaca la importancia del signo y del significado, tan brillantemente estudiada por Henri Wallon *(De l'acte à la pensée,* Paris, Flammarion, 1942). (A.L.M.)

pobre imbécil, que los padres, hartos de él, habían abandonado hacía poco en los lindes de algún bosque. Los que se entregaron a esta suposición no habían observado al niño apenas llegado a París. Hubieran visto que todos sus hábitos llevaban la huella de una vida errante y solitaria; aversión insuperable por la sociedad y por sus costumbres, nuestras ropas, nuestros muebles, la estadía en nuestros departamentos, la preparación de nuestras comidas; indiferencia profunda por los objetos de nuestros placeres y de nuestras necesidades facticias; gusto apasionado por la libertad de los campos todavía tan viva en su estado actual, a pesar de sus nuevas necesidades y de sus afecciones nacientes, que durante una breve estadía que hizo en Montmorency, se hubiera infaliblemente evadido a la floresta sin las precauciones más severas, y que dos veces se escapó de la casa de los sordomudos, a pesar de la vigilancia de su gobernanta; locomoción extraordinaria, pesada de verdad, desde que lleva calzado, pero siempre notable por la dificultad para acompasarse con nuestro andar sosegado y mesurado, y por la tendencia continua a retomar el trote o el galope; hábito porfiado de husmear todo lo que se le presenta, incluso los cuerpos que consideramos inodoros; masticación no menos sorprendente todavía, únicamente ejecutada por la acción precipitada de los dientes incisivos, indicando bien claramente, por su analogía con la de algunos roedores, que a semejanza de esos animales nuestro salvaje vivía por lo común de productos vegetales: digo por lo común, porque parecía, según el rasgo siguiente, que en ciertas circunstancias hubiera convertido en su presa algunos animalitos privados de vida. Se le presentó un canario muerto, y en un santiamén el pájaro fue despojado de sus plumas grandes y pequeñas, abierto con la uña, husmeado y rechazado.

Otros índices de vida enteramente aislada, precaria y vagabunda, se deducen de la naturaleza y del número de cicatrices de que está cubierto el cuerpo de este niño. Sin hablar de la que se ve por delante del cuello y de la que haré mención más adelante, como perteneciente a otra causa, y mereciendo atención particular, se cuentan cuatro sobre el rostro, seis a lo largo del brazo izquierdo, tres a cierta distancia del hombre derecho, cuatro en la circunferencia del pubis, una sobre la nalga izquierda, tres en una pierna y dos en la otra; lo cual suma veintitrés cicatrices de las que algunas parecen pertenecer a mordeduras de animales y las otras a desgarramientos y a desolladuras más o menos grandes, más o menos profundas; testimonios numerosos e imborrables del largo y total abandono de

este desgraciado, y que, consideradas desde un punto de vista más general y más filosófico, testimonian tanto contra la debilidad y la insuficiencia del hombre entregado a sus propios medios, como en favor de los recursos de la naturaleza que, según leyes en apariencia contradictorias, trabaja abiertamente para reparar y conservar lo que sordamente tiende a deteriorar y a destruir.[13]

Cuando se unen a estos hechos deducidos de la observación, los no menos auténticos que han atestiguado los habitantes de los campos vecinos del bosque donde este niño fue encontrado, se sabe que, en los primeros días que siguieron a su entrada en la sociedad, sólo se nutría de bellotas, de patatas y de castañas crudas, que no producía ninguna especie de sonido; que a pesar de la vigilancia más activa, varias veces logró escapar; que manifestaba gran repugnancia por acostarse en una cama, etc. Se sabe, sobre todo, que fue visto más de cinco años antes completamente desnudo y huyendo de la proximidad de los hombres,[14] lo cual supone que ya estaba, fuera de su primera aparición, habituado a ese género de vida; hábito que no podía ser el resultado de dos años o menos de estadía en lugares deshabitados. De esta manera, este niño pasó en solitud absoluta más o menos siete años sobre doce, que representan la edad que podía tener cuando fue apresado en el bosque de la Caume. Es, pues, probable y casi probado que fue abandonado a la edad de cuatro o cinco años, y que si, en esa época, poseía ya algunas ideas, algún principio de educación, todo se habría borrado de su memoria a consecuencia de su aislamiento.

He aquí cuál me pareció ser la causa de su estado actual. Se comprende por qué auguré favorablemente por el éxito de mis cuidados. En efecto, en el poco tiempo de trato que ha tenido con los hombres, el *Salvaje del Aveyron* era mucho menos un adolescente imbécil que un niño de diez o doce meses, y un niño que tuviese contra él esos hábitos antisociales, un descuido obstinado, órganos poco flexibles, y una sensibilidad accidentalmente embotada. Desde este último punto de vista, su situación se convertía en un caso puramente médico, y cuyo tratamiento

[13] En este parágrafo, Itard se adelanta a su época y contrapone al pensamiento nosográfico, encarnado por Pinel, la *observación*, y establece entre ésta y las causas una relación que únicamente será aceptada después de Claude Bernard y sus investigaciones de "medicina experimental". Véase Desiderio Papp, C. *Bernard*, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1968. (A.L.M.)

[14] *Lettre du citoyen N*... incluida en el *Journal des Débats*, 5 pluviôse, an 8 (25 de enero de 1800). *El título completo de la carta es: "Lettre du citoyen N ... sur le sauvage de l'Aveyron".* (A.L.M.)

pertenecía a la medicina moral,[15] a ese arte sublime creado en Inglaterra por los Willis y los Crichton, y esparcido hace poco en Francia por los éxitos y los escritos del profesor Pinel.

Guiados por el espíritu de su doctrina, aunque menos por sus preceptos, que no podían adaptarse a este caso imprevisto, reduje a cinco proposiciones principales el tratamiento moral o la educación del *Salvaje del Aveyron.*

Primera proposición: *Atraerlo a la vida social, haciéndosela más suave que la por él llevada hasta entonces, y sobre todo más análoga con la vida que acababa de dejar.*

Segunda proposición: *Despertar la sensibilidad nerviosa con los estimulantes más enérgicos y a veces por medio de las afecciones vivas del alma.*

Tercera proposición: *Extender la esfera de sus ideas creándole necesidades nuevas, y multiplicando sus relaciones con los seres que lo rodean.*

Cuarta proposición: *Llevarlo al empleo de la palabra, determinando el ejercicio de la imitación por la ley imperiosa de la necesidad.*

Quinta proposición: *Ejercitar, durante algún tiempo, sobre los objetos de sus necesidades físicas, las más simples operaciones del espíritu, determinando de inmediato la aplicación sobre objetos de instrucción.*

[15] Hoy diríamos, con la expresión de Binet, "ortopedia mental". (A.L.M.)

PRIMERA PROPOSICION

ATRAERLO A LA VIDA SOCIAL, HACIENDOSELA MAS SUAVE QUE LA POR EL LLEVADA HASTA ENTONCES, Y SOBRE TODO MAS ANALOGA CON LA VIDA QUE ACABA DE DEJAR.

Un cambio brusco en su manera de vivir, las frecuentes importunidades de los curiosos, algunos malos tratamientos, efectos inevitables de su cohabitación con los niños de su edad, parecían haber extinguido cualquier esperanza de civilización. Su actitud petulante había degenerado insensiblemente en una apa-

tía sorda que había producido hábitos aún más solitarios. De este modo, con excepción de los momentos en que el hambre lo arrastraba a la cocina, se le encontraba siempre acurrucado en uno de los rincones del jardín, o escondido en el segundo piso detrás de algunos restos de albañilería. En este deplorable estado lo vieron algunos curiosos de París, que, después de un examen de algunos minutos, lo juzgaron digno de ser enviado al manicomio; como si la sociedad tuviera el derecho de arrancar a un niño de una vida libre e inocente, para enviarlo a morir de tedio en un hospicio, para hacerle expiar allí la desgracia de haber defraudado la curiosidad pública. Yo creí que existía una solución más simple y, sobre todo, más humana; era emplear para con él buenos tratos y mucha condescendencia para sus gustos e inclinaciones. La señora Guérin, a quien la Administración confió el cuidado especial de aquel niño, se prestó y se presta todavía a esta tarea penosa con toda la paciencia de una madre y la inteligencia de una institutriz esclarecida. En lugar de contrariar sus hábitos, ha sabido, de alguna manera, avenirse con ellos y llenar así el objeto de esta primera iniciación.

Por poco que se quiera juzgar de la vida pasada de este niño por sus disposiciones actuales, se veía evidentemente que a ejemplo de algunos salvajes de los países tórridos,[1] éste conocía sólo estas cuatro cosas: dormir, comer, no hacer nada y corretear por los campos. Se requería, pues, hacerlo feliz a su manera, acostándolo a la caída del sol, dándole con abundancia alimentos de su gusto, respetando su indolencia y acompañándolo en sus paseos o, más bien, en sus carreras al aire libre, y esto cualquiera fuese el tiempo que hiciese. Estas excursiones campestres parecían ser más agradables para él cuando se producía en la atmósfera un cambio brusco y violento: tan cierto es, que en cualquier condición que sea el hombre está ávido de sensaciones nuevas. Así, por ejemplo, cuando se observaba esto y estaba en el interior de su cuarto, se le veía balancearse con una monotonía fatigante, dirigir constantemente sus ojos a la ventana, y pasear la mirada tristemente en el vacío del aire exterior. Si entonces un viento borrascoso comenzaba a soplar, si el sol escondido detrás de las nubes aparecía de pronto iluminando más vivamente la atmósfera, estallaba en ruidosos accesos de risa con una alegría casi convulsiva durante la cual

[1] A pesar de las advertencias de no prejuzgar sobre los "salvajes", que hiciera en el *Prefacio*, Itard cede aquí a la fuerte y muy aceptada leyenda de entonces de la "vida paradisíaca" de los indígenas, de los trópicos. (A.L.M.)

todas sus inflexiones, dirigidas de atrás hacia adelante, semejaban más a una especie de impulso que hubiera querido tomar para franquear la ventana y precipitarse en el jardín. Algunas veces, en lugar de estos movimientos alegres, era una especie de rabia frenética la que se presentaba; se retorcía los brazos, metía los puños cerrados sobre los ojos, hacía rechinar los dientes y se convertía en peligroso para los que estaban cerca de él.

Una mañana en que caía nieve en abundancia y él todavía estaba acostado, lanzó un grito de alegría al despertar, dejó la cama, corrió a la ventana, después a la puerta, va y viene con impaciencia de una a la otra, se escapa a medio vestir, y llega al jardín. Allá, haciendo estallar su alegría con los gritos más penetrantes, corre, se revuelca en la nieve y la agarra por puños, comiéndola con increíble avidez.

Pero no era siempre de manera tan viva y ruidosa como se manifestaban sus sensaciones, a la vista de esos grandes efectos de la naturaleza. Se debe destacar que en determinados casos parecían revestir la expresión calma del pesar y de la melancolía: conjetura muy arriesgada, y muy opuesta, sin duda, a las opiniones de los metafísicos, pero que se puede defender cuando se observa con cuidado y en algunas circunstancias a este desafortunado joven. De este modo, cuando el rigor del tiempo corría a todos del jardín, era el momento que elegía para bajar allí. Lo recorría varias veces y terminaba por sentarse en el borde del estanque.

A menudo me detuve, durante horas enteras, y con un placer indecible, para examinarlo en esta situación; para ver cómo los movimientos espasmódicos y el balanceo continuo de su cuerpo disminuían, se calmaban por grados, para dar lugar a una actitud más tranquila, y cómo insensiblemente su figura insignificante o gesticuladora adquiría un carácter bien pronunciado de tristeza o de ensueño melancólico, en la medida que sus ojos se clavaban fijamente en la superficie del agua, y que él arrojaba sobre ella de tanto en tanto algunos trozos de hojas secas. Cuando, por la noche y por obra de un buen claro de luna, los rayos de ese astro penetraban en su cuarto, raramente dejaba de despertar y de ubicarse delante de la ventana. Se quedaba allí, según el informe de su gobernanta, durante parte de la noche, de pie, inmóvil, el cuello extendido, los ojos clavados en los campos iluminados por la luna, y entregado a una especie de éxtasis contemplativo, cuyo silencio e inmovibilidad sólo eran interrumpidos por una inspiración muy profunda, que se repetía con largos intervalos y que casi siempre se acompañaba de un

sonido breve y quejumbroso. Hubiera sido tan inútil como inhumano querer contrariar estos últimos hábitos, y estuvo en mis miras asociarlos con una nueva existencia, para hacerla más agradable. No era, sin embargo, lo mismo para los que tenían la desventaja de ejercitar continuamente su estómago y sus músculos, y dejar por ello sin acción la sensibilidad de los nervios[2] y las facultades del cerebro. De esta manera debía dedicarme, y lo logré finalmente y por grados, a que sus carreras fuesen más raras, sus comidas menos copiosas y menos frecuentes, su estadía en el lecho menos larga y sus días más aprovechables para su instrucción.

[2] En la época de Itard, antes de que comenzaran los grandes estudios sobre las funciones cerebrales, a fines del siglo, después de los descubrimientos fundamentales de Camillo Golgi (1843-1926) y de Wilhem His (1831-1904), se aceptaba que los nervios constituían elementos con sensibilidad propia . (A.L.M.)

SEGUNDA PROPOSICION

DESPERTAR LA SENSIBILIDAD NERVIOSA CON LOS ESTIMULANTES MAS ENERGICOS Y A VECES POR LAS AFECCIONES MAS VIVAS DEL ALMA.

Algunos fisiólogos modernos han sospechado que la sensibilidad está en razón directa con la civilización. No creo que se pueda brindar una prueba más concluyente que aquella de la poca sensibilidad de los órganos sensoriales en el *Salvaje del Aveyrón.*[1] Es posible convencerse de esto volviendo sobre la

[1] Aquí, de acuerdo con la psicofisiología de los sentidos de la época, Itard confunde *sensibilidad sensorial* con *acuidad sensorial,* la primera natural,

descripción que ya hice, y para la cual he tomado los hechos de la fuente menos sospechosa. Agregaré, aquí, con relación al mismo tema, algunas de mis observaciones más notables.

Varias veces, en el curso del invierno, lo vi, al atravesar el jardín de los sordomudos, acurrucado y medio desnudo sobre un suelo húmedo, y quedar así expuesto, durante horas enteras, a un viento fresco y lluvioso. No es solamente por el frío, sino también por un calor vivo, los órganos de la piel y del tacto no testimonian ninguna sensibilidad; ocurría a diario, y cuando estaba cerca del fuego, que carbones ardientes rodaran fuera del hogar de la chimenea, y que los cogiera con los dedos y los volviera a colocar, sin demasiada precipitación, sobre los tizones ardientes. Más de una vez se le sorprendió en la cocina, levantando de la misma manera patatas que se cocían en agua hirviente; y puedo asegurar que en esa época tenía una epidermis fina y delicada.[2]

Llegué a menudo a llenarle de tabaco[3] las cavidades exteriores de la nariz sin provocar estornudo. Esto supone que no existía entre el órgano y el olfato, muy ejercitado por lo demás, y aquellos de la respiración y de la vista, ninguna de esas relaciones simpáticas[4] que son parte constituyente de la sensibilidad de nuestros sentidos, y que en este caso hubieran determinado el estornudo o la secreción de lágrimas. Este último efecto estaba todavía menos subordinado a las afecciones tristes del alma, y a pesar de las contrariedades sin número, a pesar de los malos tratos a los que había estado expuesto, en los primeros meses de su nuevo género de vida, nunca se le sorprendió derramando lágrimas. El oído era de todos los sentidos el que parecía más insensible. Sin embargo, se observó que el ruido de una nuez o de cualquier otro cuerpo comestible de su agrado no dejaba nunca de hacerle volver la cabeza. Esta observación es una de las más seguras y, sin embargo, ese mismo órgano se

la segunda adquirida. Fue necesaria la doctrina de la "energía específica de los sentidos", de Müller (1801-1858), dada a conocer en 1826, y que se enuncia así: "La misma causa provoca en cualquier sentido la sensación que a éste corresponde, y causas diversas, que actúan sobre el mismo sentido, provocan la misma sensación" (Johannes Müller, *Zur vergleichenden Physiologia des Gesichtsinnes,* 1826), para que se comprendiera esta diferencia. (A.L.M.)

[2] Le presenté, dice un observador que lo vio en Saint-Servin, una gran cantidad de patatas; se alegró al verlas, las tomó con sus manos y las arrojó al fuego. Las retiró al rato y las comió quemantes.

[3] Se refiere al tabaco rapé, el de polvo, más grueso y más oscuro que el común y elaborado con hoja cortada poco tiempo después de madurar. (A.L.M.)

[4] Reflejos innatos, para la terminología actual. (A.L.M.)

mostraba insensible a los ruidos más fuertes y a las detonaciones de las armas de fuego. Un día hice cerca de él dos disparos de pistola; el primero pareció conmoverle un poco; el segundo, apenas le hizo volver la cabeza.

Así, si hacemos abstracción de algunos casos como éste, en que el defecto de atención por parte del alma podía simular una falta de sensibilidad en el órgano, encontramos que esta propiedad nerviosa era singularmente débil en la mayoría de los sentidos. En consecuencia, entraba en mi plan desarrollarla por todos los medios posibles, y preparar su espíritu para la atención disponiendo a los sentidos para recibir las impresiones más vivas. De los diversos medios que puse en acción, me pareció que el efecto del calor correspondía mejor a esta indicación. Es cosa admitida por los fisiólogos [5] y por los políticos [6] que los habitantes del Mediodía sólo deben a la acción del calor sobre la piel su sensibilidad exquisita,[7] tan superior a la de los hombres del Norte. Utilicé este estímulo de todas las maneras posibles. No era suficiente que estuviese vestido, acostado y alojado bien caldeadamente; le hice dar todos los días, con temperatura muy elevada, un baño de dos o tres horas, durante el cual se le administraba con la misma agua duchas frecuentes sobre la cabeza. No observé que el calor y la frecuencia de los baños estuviesen seguidos del efecto debilitante que se les atribuye.

Yo hubiera deseado que esto ocurriera, persuadido de que en semejantes casos la pérdida de las fuerzas musculares se produce en beneficio de la sensibilidad nerviosa. Si bien este efecto subsiguiente no acaeció, el primero no burló a mi espera. Al cabo de algún tiempo, nuestro joven salvaje se mostraba sensible a la acción del frío,[8] se servía de la mano para reconocer la temperatura del baño, y rehusaba tomarlo cuando no estaba tibio. La misma causa le hizo apreciar pronto la utilidad de

[5] Lacose, *Idée de l'homme, physique et moral.* Laroche, *Analyse des fonctions du systhème nerveux.* Fouquet, artículo: *Sensibilité, de la Encyclopédie par ordre alphabétique.*

[6] Montesquieu, *Esprit des Lois,* libro XIV. *Político, en la época, tenía aparte de la acepción actual, la de sociólogo, palabra que fue creada a fines de siglo, después que Comte acuñó el término sociología.* (A.L.M.)

[7] En nuestra época se estableció que los órganos receptores, como sistemas excitables, corresponden a las exigencias de la sensación, pero que nuestras relaciones con el mundo exterior se realizan por medio de un proceso más complejo, la percepción que depende, aparte del estímulo sensorial, que es su núcleo central, de factores personales, constituidos por tendencias y motivos que son aprendidos o en medida diversa influidos por el aprendizaje. (A.L.M.)

[8] En la época se consideraba que la percepción de las temperaturas es absoluta; el concepto actual de que es relativa surge a mediados del siglo XIX. (A.L.M.)

los vestidos, que hasta entonces soportaba con mucha impaciencia. Una vez conocida esta utilidad, no fue necesario forzarlo para que se vistiera solo. Al cabo de algunos días se consiguió esto, dejándolo cada mañana expuesto al frío, junto a sus ropas, hasta que él mismo supo utilizarlas. Un expediente parecido bastó para darle al mismo tiempo hábitos de limpieza; esto llegó hasta tal punto, que la certeza de pasar la noche en una cama fría y húmeda lo acostumbró a levantarse para satisfacer sus necesidades. Hice acompañar la administración de los baños con fricciones secas a lo largo de la espina vertebral e incluso cosquilleos en la región lumbar. Este último medio no era de los menos excitantes; me vi obligado a proscribirlo cuando sus efectos no se limitaron ya a producir movimientos de alegría, sino que parecieron entonces extenderse a los órganos de la generación, y amenazar con una dirección equivocada los primeros movimientos de una pubertad demasiado precoz.

A estos estimulantes diversos debí agregar, todavía, los no menos excitantes de las afecciones del alma. Aquellas de que era susceptible en la época se reducían a dos: la alegría y la cólera. Yo solamente provocaba a ésta de tiempo en tiempo, para que el acceso fuera más violento y siempre con una apariencia bien evidente de justicia. Entonces, algunas veces noté que en el esfuerzo del arrebato su inteligencia parecía adquirir una especie de extensión que le ofrecía, para sacarlo del asunto, algún expediente ingenioso. Una vez que queríamos hacerle tomar un baño que sólo estaba mediocremente tibio, y que nuestras instancias reiteradas habían despertado violentamente su cólera, viendo que su gobernanta estaba poco convencida por las frecuentes pruebas que él mismo hacía de la frescura del agua con la punta de los dedos, se volvió a ella con vivacidad, y asiéndola de la mano se la sumergió en la bañera.

Narraré todavía un rasgo más de esta naturaleza. Un día en que estaba en mi gabinete, sentado en una otomana, me senté a su lado, y coloqué entre ambos una botella de Leyden ligeramente cargada. Una pequeña descarga que recibiera la víspera, le había hecho conocer su efecto. Al observar la inquietud que le provocaba la proximidad de ese instrumento, creí que lo iba a alejar tomándolo por el gancho. Pero adoptó un partido más sabio: fue a poner sus manos en la abertura de su chaleco, y retroceder algunas pulgadas, de manera que su muslo no tocara el revestimiento exterior de la botella. Me acerqué de nuevo y la volví a colocar entre nosotros. Otro movimiento de su parte; otra disposición de la mía. Este pequeño manejo continuó hasta

que, arrinconado en la extremidad de la otomana, encontrándose limitado por la parte de atrás con la pared, delante por una mesa, y de mi lado por la fastidiosa máquina, sólo le fue posible ejecutar un movimiento. Fue entonces cuando eligiendo el momento en que yo adelantaba mi brazo para atraer el suyo, me bajó con toda destreza la mano sobre el gancho de la botella. Yo recibí la descarga.

Pero si, a veces, a pesar del vivo interés que me inspiraba aquel joven huérfano, me proponía excitar su cólera, no dejaba pasar ninguna ocasión para procurarle alegría, y por cierto que para lograrlo no era necesario recurrir a ningún medio difícil ni costoso. Un rayo de sol, recibido con un espejo, reflejado en su cuarto y paseado por el cielo raso; un vaso de agua que se hacía verter gota a gota y desde cierta altura sobre el extremo de sus dedos, mientras estaba en el baño; también un poco de leche contenida en una escudilla de madera que se colocaba en la extremidad de su bañera, y que las oscilaciones del agua hacían derivar poco a poco en medio de gritos de alegría, hasta el alcance de sus manos: he aquí más o menos todo lo que se requería para recrear y alegrar a menudo hasta el delirio a este hijo de la naturaleza.

Tales fueron, entre cantidad de otros, los estímulos tanto físicos como morales, con los que procuré desarrollar la sensibilidad de sus órganos. Obtuve, después de tres meses, una excitación general de todas las fuerzas sensitivas. Ahora el tacto se muestra sensible a la impresión de los cuerpos calientes o de los cuerpos fríos, lisos o rugosos, blandos o duros. Yo llevaba, en ese tiempo, un pantalón de terciopelo, sobre el cual parecía sentir placer de pasar la mano. Era con este órgano explorador con el que casi siempre se aseguraba del grado de cochura de sus papas cuando, al retirarlas de la olla con una *cuchara,* les aplicaba los dedos varias veces, y se decidía, según el estado de blandura o de resistencia que presentaban, a comerlas o a volverlas a arrojar en el agua hirviente. Cuando se le daba una antorcha para encender con un papel, no esperaba siempre que el fuego hubiese pasado a la mecha, para arrojar con precipitación el papel cuya llama estaba todavía muy alejada de los dedos. Si se le impulsaba a empujar o a llevar un cuerpo, fuese poco resistente o pesado, ocurría a veces que lo dejaba de pronto para observar el extremo de sus dedos, que por cierto no estaban aplastados ni lastimados, y poner inmediatamente la mano en la abertura de su chaleco. El olfato también había ganado con este cambio. La menor irritación de este órgano le provocaba un estornudo,

y juzgué por el miedo que manifestó la primera vez que eso ocurrió, que para él era una cosa nueva. En seguida debió arrojarse sobre su cama.[9]

El refinamiento del sentido del gusto era todavía más señalado. Los alimentos con que aquel niño se nutría poco antes de su llegada a París, eran horriblemente desagradables. Los arrastraba por todos los rincones y los amasaba con las manos llenos de basuras.

Pero en la época en que hablo, le acaeció a menudo rechazar con mal humor todo el contenido de su plato, cada vez que en éste caía una sustancia extraña, y cuando cascaba nueces con los pies, las limpiaba con todos los detalles de un aseo absoluto.

Por ultimo, las enfermedades mismas, testimonio irrecusable y molesto de la sensibilidad predominante del hombre civilizado, vinieron a atestiguar en este caso el desarrollo de ese principio de vida. En los primeros días de la primavera, nuestro joven salvaje tuvo una violenta coriza y, algunas semanas después, dos afecciones catarrales casi consecutivas.

Sin embargo, estos resultados no se extendieron a todos los órganos. Los de la vista y del oído no participaron; sin duda porque esos dos sentidos, mucho menos simples que los otros, requerían una educación particular y más larga, como se verá en lo que sigue.

El mejoramiento simultáneo de los tres sentidos, en razón de estimulantes aplicados sobre la piel, en tanto que los dos últimos quedaron estacionados, es un hecho precioso, digno de ser presentado a la atención de los fisiólogos. Parecería probar, lo que es bastante verosímil, que el sentido del tacto, del olfato y del gusto sólo son una modificación del órgano de la piel; mientras que los del oído y de la vista, menos exteriores, revestidos de un aparato físico de los más complicados, se encuentran sometidos a otras reglas de perfeccionamiento y, de alguna manera, constituyen una clase separada.[10]

[9] La educación de la mano en primer término, y de los sentidos en general, es vista, analizada y utilizada por Itard por primera vez en la historia de la pedagogía. Este capítulo es un verdadero ejemplo de la primera aplicación de lo que hoy se llama *métodos intuitivos;* esto es, basados sobre la observación de las cosas y partiendo de un enfoque "sensori-asociacionista": instruir al niño a partir de percepciones; esto es, el punto de arranque de la aplicación de los *procedimientos activos* en pedagogía, que al nivel preescolar y al comienzo de la escolaridad elemental, según el ejemplo de Itard, aplicó Fröbel en 1840, en su *Kindergarten* de Blankenburg, el primero creado en el mundo, y que llevaron a sus últimas consecuencias Montessori, Audemars y Lafendel, y Décroly. (A.L.M.)

[10] Esta concepción sobre el origen epidérmico de los sentidos pudo ser sostenida hasta 1887-1888, cuando Chabry y Roux fundaron la embriología experimental. (A.L.M.)

TERCERA PROPOSICION

EXTENDER LA ESFERA DE SUS IDEAS CREANDOLE NECESIDADES NUEVAS, Y MULTIPLICANDO SUS RELACIONES CON LOS SERES QUE LO RODEAN.

Si los progresos de este niño hacia la civilización, si mis éxitos por los desarrollos de su inteligencia han sido hasta ahora tan lentos y tan difíciles, debo atribuirlo, sobre todo, a los obstáculos innumerables que encontré para cumplir con esta tercera proposición. Le presenté en exceso juguetes de todas clases; más de una vez, durante horas enteras, me esforcé por hacerle

conocer su uso, y he visto, con dolor, que lejos de cautivar su atención, esos diversos objetos terminaban siempre por causarle tal impaciencia, que llegó a esconderlos, o a destruirlos, cuando la ocasión se le presentaba. Así, después de haber encerrado por mucho tiempo en un sillico un juego de bolos, con el que lo habíamos importunado, tomó, un día que estaba solo en su cuarto, el partido de quemarlos en la chimenea, delante de la cual se le encontró calentándose con gozo frente a las llamas de ese fuego de alegría.

No obstante, algunas veces logré atraerlo a diversiones que tenían relación con las necesidades digestivas. Esta es una, por ejemplo, que le procuré a menudo después del almuerzo, cuando lo llevaba a comer a la ciudad: disponía delante suyo, sin ningún orden simétrico y en posición invertida, varios pequeños cubiletes de plata, bajo uno de los cuales colocaba una castaña. Seguro de haber atraído su atención, los levantaba uno después del otro, salvo al que cubría la castaña. Después de haberle demostrado de esta manera que no contenían nada, y de haberlos vuelto a colocar en el mismo orden, lo invitaba por señas a que buscara. El primer cubilete sobre el que caía su investigación era precisamente aquel debajo del cual yo había escondido la pequeña recompensa debida a su atención. Hasta ese momento, solamente se trataba de un esfuerzo débil de la memoria. Pero, insensiblemente, convertí el juego en algo más complicado. De este modo, después de haber escondido con el mismo procedimiento otra castaña, cambiaba el orden de todos los cubiletes, de manera lenta, para que, en esta inversión general, le fuese difícil tener señalado con los ojos y con la atención, al que cubría el precioso depósito. Hacía todavía más, ponía algo encima de dos o tres de esos cubiletes y su atención, aunque repartida entre esos tres objetos, no los dejaba de seguir en sus cambios respectivos dirigiendo a ellos sus primeras búsquedas. Esto no es todo, puesto que no era la única finalidad que me proponía. Este juicio era a lo sumo un cálculo de glotonería. Para convertir su atención de alguna manera en menos animal, suprimí en la diversión todo lo que tenía relación con sus gustos y solamente coloqué debajo de los cubiletes objetos no comestibles. El resultado fue más o menos igualmente satisfactorio, y este ejercicio únicamente se presentaba ahora como un simple juego de cubiletes con la sola ventaja de provocar la atención, el juicio y la fijeza en sus miradas.

Con excepción de esta clase de diversiones que, como la anterior, se unían a sus necesidades, no fue posible inspirarle

gusto por las propias de su edad. Estoy casi seguro de que, si hubiera podido, hubiese obtenido grandes éxitos; y ésta es una idea para cuya comprensión debe recordarse la influencia poderosa que tienen sobre los primeros desarrollos del pensamiento los juegos de la infancia, así como las pequeñas voluptuosidades del órgano del gusto.[1]

También hice todo para despertar estas últimas disposiciones por medio de las golosinas más deseadas por los niños, y de las que esperaba servirme como nuevos medios de recompensa, de castigo, de aliento y de instrucción. Pero la adversión que manifestaba por todas las sustancias azucaradas y nuestras comidas más delicadas, fue insuperable. Entonces creí que debía intentar el uso de comidas picantes, como adecuadas para excitar un sentido necesariamente embotado por alimentos groseros. Nada logré; le presentaba, en vano, en los momentos cuando estaba dominado por el hambre o por la sed, licores fuertes y alimentos picantes. Desesperando por fin de poder inspirarle nuevos gustos, hice valer el pequeño número de aquellos para los que estaba inclinado, acompañándolos de todas las circunstancias accesorias que podían aumentar el placer que encontraba entregándose a ellos. Con esta intención lo llevé a menudo conmigo a comer en la ciudad. Esos días hacía poner en la mesa la colección completa de sus comidas favoritas. La primera vez que se enfrentó con semejante festín tuvo transportes de alegría que casi llegaron al frenesí. Sin duda, pensaba que comería mejor de lo que estaba acostumbrado; tanto es así que se llevó, por la noche, un plato de lentejas que robó en la cocina. Me felicité de esta primera salida. Acababa de procurarle un placer; sólo había que repetirlo varias veces para crearle una necesidad, y es lo que hice. Todavía hice más, tuve el cuidado de hacer preceder esas salidas con algunos preparativos que él pudo notar: era entrar en su cuarto hacia las cuatro, mi sombrero encasquetado, su camisa limpia doblada en la mano. Bien pronto estas disposiciones se convirtieron para él en señal de partida. Apenas yo aparecía, era comprendido; se vestía de prisa, y me seguía con grandes testimonios de alegría. No doy este hecho como prueba de una inteligencia superior, y no habrá nadie que no

[1] Itard preanuncia aquí, con más de un siglo de anticipación, la segunda finalidad del famosísimo "Centre d'Education fonctionnelle", fundado en 1913 por las señoritas Audemars y Lafondel, con la colaboración de Edouard Claparède y Pierre Bovet, como anexo al "Institut des Sciences de l'Education" de Ginebra, y más conocido como "Casa de los niños": "Favorecerlos [a los niños] poniendo a su disposición materiales y material adecuado: juegos de experiencias, de investigaciones, de descubrimientos; juegos de aptitud motriz y manual." (A.L.M.)

me objete que el perro más común hace lo mismo. Pero admitiendo esta igualdad moral, se está obligado a reconocer un gran cambio; y aquellos que vieron al *Salvaje del Aveyron* cuando su llegada a París, saben que era muy inferior, en relación con el discernimiento, al más inteligente de nuestros animales domésticos.

Cuando lo llevé conmigo, me era imposible conducirlo por las calles. Hubiera tenido que marchar al trote con él, o emplear las violencias más fatigantes para que se acompasara con mi paso. Por lo tanto, estábamos obligados a salir solamente en coche. Este fue otro placer nuevo que unió cada vez más a sus frecuentes salidas. En poco tiempo, esos días no fueron solamente días de fiesta a los que se entregaba con la más viva alegría; fueron verdaderas necesidades, cuya privación, cuando se intercalaba entre ellas un intervalo un poco más largo, lo volvía triste, inquieto y caprichoso.

Su placer aumentaba cuando esas salidas eran por la campaña. Lo llevé no hace mucho, en el valle de Montmorency, a la casa de campo del ciudadano Lachabeaussière. Fue un espectáculo de lo más curioso, y me atrevería a decir de los más conmovedores, ver la alegría que se reflejaba en sus ojos, a la vista de los ribazos y de los bosques de ese riente valle: parecía que las ventanas de las portezuelas del coche no bastaban para la avidez de sus miradas. Se inclinaba tanto hacia una como hacia la otra, y manifestaba la más viva inquietud cuando los caballos amenguaban el paso o se detenían. Pasó dos días en esta casa de campo; tal fue sobre él la influencia de los agentes exteriores de aquellos bosques, de aquellas colinas, con los cuales no podía saciarse con la vista, que pareció más impaciente y salvaje que nunca y que, en medio de las atenciones más asiduas y de los cuidados más solícitos, sólo parecía ocupado por el deseo de huir. Cautivado por completo por esta idea dominante, que absorbía todas las facultades de su espíritu y el sentimiento mismo de sus necesidades, encontraba apenas tiempo para comer, y levantándose de la mesa a cada minuto, corría a la ventana, para evadirse al parque, si estaba abierta; o, en el caso contrario, para contemplar, por lo menos a través de los vidrios, todos aquellos objetos hacia los cuales lo arrastraban irresistiblemente hábitos todavía recientes, y tal vez incluso el recuerdo de una vida independiente, feliz y añorada. Por esto tomé la resolución de no someterlo más a semejantes pruebas. Pero para no arrancarlo completamente de sus gustos campestres, se continuó llevándolo a pasear en algunos jardines de la vecindad cuyas disposiciones

estrechas y regulares no tenían nada de común con esos grandes paisajes de que se compone una naturaleza agreste, y que unen tan fuertemente al hombre salvaje con los lugares de su infancia. De este modo, la señora Guérin lo llevaba a veces al parque del Luxemburgo, y casi diariamente al jardín del Observatorio, donde las bondades del ciudadano Lemeri lo habituaron todos los días a ir a beber leche. En medio de estos nuevos hábitos, de algunas recreaciones de su elección y de todos los buenos tratamientos con que al fin se le ha rodeado, terminó por tomarle gusto a su nueva existencia. De esto ha nacido ese apego bastante vivo que tomó por su gobernanta, y que a veces lo testimonia de la manera más conmovedora. Nunca se separa de ella sin pena, ni la reencuentra sin pruebas de contento.

Una vez, que se le había escapado en las calles, derramó, al volverla a ver, una gran abundancia de lágrimas. Algunas horas después, tenía todavía la respiración entrecortada y el pulso en una especie de estado febril. Habiéndole hecho la señora Guérin algunos reproches, interpretaba tan bien el tono, que se puso a llorar. La amistad que siente por mí es mucho más débil, y esto debe ser así. Los cuidados de la señora Guérin son todos de naturaleza tal que pueden ser apreciados en el momento, y los que yo le brindo no representan para él ninguna utilidad sensible. Esta diferencia se debe tanto a la causa que indico, que tengo mis horas para ser bien recibido: aquellas que nunca empleo para su instrución. Si voy a su cuarto, por ejemplo, a la caída de la noche, cuando acaba de acostarse, su primer intento es de incorporarse para que lo bese, después atraerme hacia él asiéndome del brazo y obligándome a sentarme en su cama. Por lo general, entonces me toma de la mano, la lleva sobre sus ojos, sobre su frente, sobre el occipucio, y me la retiene con la suya aplicada bastante tiempo sobre esas partes. Otras veces se levanta riendo a carcajadas, y se coloca frente a frente conmigo para acariciarme las rodillas a su manera, esto es, palpándomelas, masajeándolas fuertemente en todos los sentidos y durante varios minutos, y después en algunos casos aplicar sus labios dos o tres veces. Se dirá lo que se quiera, pero confieso que me presto sin retincencias a todas estas niñerías.

Tal vez sea entendido, si se recuerda la influencia que tienen sobre el espíritu del niño esas complacencias inagotables, esas naderías oficiosas que la naturaleza ha puesto en el corazón de una madre, que hacen eclosionar las primeras sonrisas, y nacer las primeras alegrías de la vida.

CUARTA PROPOSICION

LLEVARLO AL USO DE LA PALABRA, DETERMINADO EL EJERCICIO DE LA IMITACION POR LA LEY IMPERIOSA DE LA NECESIDAD.

Si hubiera querido solamente ofrecer resultados felices, habría suprimido de esta obra esta cuarta proposición, los medios que puse en acción para llenar su fin y el poco éxito que obtuve. Pero mi finalidad no es relatar la historia de mis cuidados, sino la de los primeros desarrollos morales del *Salvaje del Aveyron,* y nada debo omitir de lo que con ello tenga la menor relación.

Estaré obligado a presentar aquí algunas ideas teóricas, y espero que se me las perdonará en vista de la atención que he tenido de apoyarlas solamente sobre hechos, y reconociendo la necesidad en que me encontraba de responder a estas eternas objeciones: *¿El salvaje habla? Si no es sordo, ¿por qué no habla?*

Se concibe fácilmente que en medio de los bosques y lejos de la sociedad de cualquier ser pensante, el sentido del oído de nuestro salvaje no recibía otras impresiones que las producidas sobre él por un pequeño número de ruidos, y en particular los que se relacionaban con sus necesidades físicas. Allá, este órgano no era el que apreeia los sonidos, su articulación y sus combinaciones; sólo era un simple medio de conservación individual, que advertía de la aproximación de un animal peligroso, o de la caída de algún fruto silvestre. Estas fueron, sin duda, las funciones a las que respondía el oído, si se juzga por la piel, o la nulidad de acción que tenían sobre ese órgano, hace un año, todos los sonidos y los ruidos que no interesaban a las necesidades del individuo, y por la sensibilidad exquisita que ese sentido testimoniaba, por lo contrario, para los que con ella tenían alguna relación. Cuando se mondaba, sin saberlo él y lo más suavemente posible, una castaña, una nuez; cuando se tocaba solamente la llave de la puerta que lo mantenía cautivo, nunca dejaba de volverse bruscamente y de acudir al lugar de donde partía el ruido. Si el órgano del oído no testimoniaba la misma susceptibilidad para los sonidos de la voz, para los disparos incluso de armas de fuego, es que necesariamente era poco sensible y poco atento a cualquier otra impresión que no fuesen aquellas de las que tenía un hábito largo y exclusivo.[1] Se concibe, pues, porque

[1] Observaré, para dar mayor fuerza a este aserto, que en la medida en que el hombre se aleja de su infancia, el ejercicio de sus sentidos se vuelve gradualmente menos universal. En la primera edad de su vida, quiere ver todo, tocar todo, lleva a la boca todos los cuerpos que se le presentan; el menor ruido lo hace sobresaltar; sus sentidos se detienen sobre todos los objetos, incluso sobre aquellos que no tienen ninguna relación conocida con sus necesidades. A medida que se aleja de esta época, que es de alguna manera la del aprendizaje de los sentidos, los objetos solamente lo atraen en la medida en que se relacionan con sus apetitos, con sus hábitos o con sus inclinaciones. Entonces hasta ocurre a menudo que únicamente uno o dos sentidos son los que revelan su atención. Será un músico destacado que, atento a todo lo que escucha, es indiferente a todo lo que ve. Será, si se quiere, un mineralogista y un botánico exclusivos que, en un campo fértil en objetos de sus investigaciones, sólo ven el primero minerales, y el segundo vegetales. Será un matemático sin oído, que dirá al salir de la representación de una pieza de Racine: ¿qué prueba esto? De este modo, si desde los primeros tiempos de la infancia, la atención sólo se centra naturalmente sobre los objetos que tienen relaciones conocidas o presentidas con nuestros gustos, se concibe por qué nuestro joven salvaje, teniendo únicamente un pequeño

el oído, muy apto para percibir algunos ruidos, aun los más ligeros, debe serlo muy poco para apreciar la articulación de los sonidos. Por otra parte, no basta para hablar la percepción del sonido de la voz; se requiere todavía apreciar la articulación de ese sonido; dos operaciones bien distintas y que exigen, por parte del órgano, condiciones diferentes. Para la primera, basta un cierto grado de sensibilidad del nervio acústico; para la segunda, se requiere una modificación especial de esa misma sensibilidad. Se puede, pues, con oídos bien organizados y bien vivientes, no asir la articulación de las palabras. Se encuentran entre los cretinos muchos mudos que no son sordos. Hay entre los alumnos del ciudadano Sicard dos o tres niños que oyen perfectamente el sonido de un reloj, un aplauso, los tonos más bajos de la flauta y del violón, y que, sin embargo, nunca pudieron imitar la pronunciación de una palabra, aunque fuese articulada muy alta y muy lentamente. De esta manera se podría decir que la palabra es una especie de música, a la cual algunos oídos, aunque bien constituidos, pueden ser insensibles.[2]

¿Será lo mismo para el niño de que nos ocupamos? No lo pienso, aunque mis esperanzas reposan sobre un pequeño número de hechos; es verdad que mis tentativas al respecto no han sido más numerosas, y que embarazado largo tiempo por el partido que debía tomar, me atuve al papel de observador. Esto es lo que noté. En los cuatro o cinco primeros meses de su estadía en París, el *Salvaje del Aveyron* no se mostró sensible a los diferentes ruidos que tenían con él las relaciones que indiqué. En el transcurso de Frimario,[3] pareció escuchar la voz humana, y cuando en el corredor que lleva a su cuarto, dos personas conversaban en voz alta, ocurría que se acercaba a la puerta para asegurarse de que estaba bien cerrada, y para ajustar una por-

número de necesidades, solamente debía ejercitar sus sentidos sobre un pequeño número de objetos. He aquí, si no me equivoco, la causa de esta desatención absoluta que sorprendía a todos desde su llegada a París, y que ahora desapareció casi completamente, porque se le ha hecho sentir la unión que tienen con él todos los objetos nuevos que lo rodean.

En esta nota, Itard esboza el concepto de "Umwelt", esto es, medio ambiente específico de la especie o del individuo, que en nuestros días debía ser enunciado, precisado y estudiado en todos sus alcances por Jakob von Uexküll, "Ideas para una concepción biológica del mundo", Espasa-Calpe, Madrid, 1922. (A.L.M.)

[2] Este problema sólo sería comprendido en nuestros días gracias a los estudios de lingüística y de psicología del lenguaje, que pusieron de relieve la importancia de la relación entre lenguaje y contexto. Véase, al respecto, Tatiana Slama-Cazacu, *Lenguaje y contexto,* Grijalbo, Barcelona, 1970. (A.L.M.)

[3] Tercer mes del calendario republicano, o sea, noviembre del gregoriano. (A.L.M.)

tezuela interior, con el cuidado de poner el dedo sobre la cerradura para asegurar mejor el cierre. Un tiempo después noté que distinguía la voz de los sordomudos, o más bien, ese grito gutural que se les escapa continuamente en sus juegos. Incluso parecía reconocer el lugar de donde partía el sonido. Así, si estaba en la escalera, nunca dejaba de subir o de descender más rápidamente, según que el grito partiera de lo alto o de lo bajo. Hice, al comienzo de Nivoso,[4] una observación más interesante: un día que se encontraba en la cocina ocupado en cocinar patatas, dos personas disputaban vivamente detrás suyo, sin que pareciera prestarles la menor atención. Llegó una tercera, que mezclándose en la discusión, comenzaba todas sus réplicas con estas palabras: *¡Oh!, esto es diferente.* Observé que todas las veces que esa persona dejaba escapar su exclamación favorita: *¡Oh!,* el *Salvaje de Aveyron* volvía rápidamente la cabeza. Por la noche, a la hora en que se acostaba, hice algunas experiencias sobre esta entonación, y obtuve más o menos los mismos resultados. Pasé revista a las demás entonaciones simples, conocidas con el nombre de vocales, y sin ningún éxito. Esta preferencia por la *o* me llevó a darle un nombre que terminara por esta vocal. Elegí el de *Víctor.*[5] Este nombre le ha quedado, y cuando se pronuncia en alta voz, raramente deja de volver la cabeza o de acudir.

Tal vez también, por la misma razón, después comprendió el significado de la negación *no,* de la que me sirvo para hacerle conocer sus errores cuando se equivoca en sus pequeños ejercicios.[6]

En medio de estos desarrollos lentos, pero sensibles, del órgano del oído, la voz quedaba siempre muda, y rehusaba reproducir los sonidos articulados que el oído parecía apreciar; no obstante, los órganos vocales no presentaban en su conformación externa ninguna traza de imperfección, y nada dejaba sospechar que la hubiese en su organización interna. Es verdad que se veía en la porción anterior y superior del cuello una cicatriz bastante extensa, que podía arrojar algunas dudas sobre la integridad de las partes subyacentes, si no tranquilizara el aspecto

[4] Cuarto mes del calendario republicano, o sea, diciembre del gregoriano. (A.L.M.)

[5] Debe tenerse presente que en francés la consonante final de las palabras no se pronuncia, y que el sonido que se emite corresponde al de la vocal que la antecede y que se acentúa. De este modo, *Victor* en francés suena, aproximadamente, *victó.* (A.L.M.)

[6] Itard no podía comprender la relación entre lenguaje y contexto (vid. nota 2, de este capítulo), y de aquí su interpretación simplemente fonética de la comprensión del adverbio de negación *no.* (A.L.M.)

de la cicatriz. Representa en verdad una herida causada por un instrumento cortante; pero dada su apariencia lineal, hace creer que sólo fue de los tegumentos, y que curó de una vez o, como se dice, por primera indicación. Es de presumir que una mano, más dispuesta que entrenada para el crimen, hubiera querido atentar contra la vida de este niño, y que dejado por muerto en el bosque, hubiera debido a los solos recursos de la naturaleza la pronta curación de su herida; lo que no se hubiese realizado tan felizmente si las partes musculosas y cartilaginosas del órgano de la voz hubiesen sido cortadas. Estas consideraciones me llevaron a pensar, cuando el oído comenzó a percibir algunos sonidos, que si la voz no los repetía, no se debía acusar a una lesión orgánica, sino al disfavor de las circunstancias.

El defecto total de ejercicio convierte a nuestros órganos en incapaces de sus funciones, y si éstos ya hechos a su uso son tan poderosamente afectados por esa inanición, ¿qué será de los que crecen y se desarrollan sin que ningún agente tienda a ponerlos en juego? Se requiere por lo menos dieciocho meses de educación cuidada para que un niño comience a pronunciar algunas palabras, ¡y se pretendería que un rudo habitante de los bosques, que solamente está en la sociedad desde hace catorce o quince meses, de los cuales ha pasado cinco o seis entre sordomudos, estuviera ya en estado de hablar! No sólo que esto no podría ser, sino que se requeriría, para llegar a este punto importante de su educación, mucho más tiempo, mucho más esfuerzo que los requeridos por el más precoz de los niños. Este no sabe nada, pero posee en grado eminente la susceptibildad para captar todo: inclinación innata por la imitación; flexibilidad y sensibilidad excesiva de todos los órganos; movilidad perpetua de la lengua; consistencia casi gelatinosa (*sic*) de la laringe: todo, en una palabra, todo concurre a producir en él ese gorjeo continuo. aprendizaje involuntario de la voz que favorecen todavía la tos, el estornudo, las voces de esa edad, e incluso los llantos, los llantos que no solamente se deben considerar como índices de una viva excitabilidad, sino también como un móvil poderoso, aplicado sin descanso y en los momentos más oportunos, a los desarrollos simultáneos de los órganos de la respiración, de la voz y de la palabra. Que se me acuerden estas grandes ventajas, y respondo de su resultado. Que se reconozca conmigo que en la adolescencia del joven Víctor no se debe contar con esos recursos, y sólo con los fecundos de la Naturaleza, que sabe crear nuevos medios de educación cuando causas accidentales vienen a privarla de los que primitivamente habían dispuesto.

Pero he aquí algunos hechos que pueden hacerlo esperar.

Dije en el enunciado de esta cuarta proposición, que me proponía llevarlo al uso de la palabra, *determinando el ejercicio de la imitación por la ley imperiosa de la necesidad.* Convencido, en efecto, por las consideraciones emitidas en estos dos últimos parágrafos, y por otra no menos concluyente que expondré pronto, que solamente se requería esperar un trabajo tardío por parte de la laringe, yo debía actuar de manera de activarlo por el cebo de los objetos necesarios a sus necesidades. Tenía razón para creer que la vocal *o*, habiendo sido la primera comprendida, sería la primera pronunciada, y encontré muy bien para mi plan que esta simple pronunciación fuera, por lo menos en cuanto al sonido, el signo de una de las necesidades más comunes de este niño. Sin embargo, no pude sacar ningún partido de esta coincidencia favorable. En vano, en los momentos cuando su sed era ardiente, yo mantenía delante suyo un vaso lleno de agua, gritando frecuentemente *eau, eau;*[7] al dar el vaso a una persona que pronunciaba la misma palabra a su lado, y reclamándolo yo mismo por ese medio, el desgraciado se atormentaba en todos los sentidos, agitaba sus brazos en torno del vaso de manera casi convulsiva, producía una especie de silbido y no articulaba ningún sonido. Hubiera sido inhumano insistir más. Cambié de sujeto, sin cambiar por ello de método. Fue la palabra *lait*[8] sobre la que se centraron mis tentativas.

Al cuarto día de este segundo ensayo, tuve éxito en la medida de mis deseos, y escuché a Víctor pronunciar distintamente, aunque de manera un poco ruda en verdad, la palabra *lait,* que repetía casi inmediatamente. Fue la primera vez que salió de su boca un sonido articulado, y no pude dejar de escucharlo con la más viva satisfacción.

Sin embargo, tuve una reflexión que disminuyó en mucho, a mis ojos, la ventaja de este primer éxito. Fue en el momento cuando, desesperando de lograrlo, acababa de verter la leche en la taza que me presentaba, que la palabra *lait* se le escapó con grandes demostraciones de placer; y sólo después que la hube vertido de nuevo a manera de recompensa, la pronunció por segunda vez. Se ve porque este modo de resultado estaba lejos de corresponder a mis intenciones; la palabra pronunciada, en lugar de ser el signo de la necesidad, sólo había sido en relación con el tiempo en que fue articulada, una vana exclamación de alegría. Si esta palabra hubiese salido de su boca antes de la concesión

[7] Agua, en francés, y cuya pronunciación es simplemente o. (A.L.M.)
[8] Leche, en francés, y que se pronuncia simplemente *le.* (A.L.M.)

de la cosa deseada, la experiencia hubiera estado coronada por el éxito; el verdadero uso de la palabra hubiera sido asido por Víctor; un punto de conexión se hubiera establecido entre él y yo, y los progresos más rápidos hubieran fluido de este primer éxito. En lugar de todo esto, solamente acababa de obtener una expresión, insignificante para él e inútil para nosotros, del placer que sentía. En rigor era, en verdad, un signo vocal, el signo de la posesión de la cosa. Pero ello, lo repito, no establecía ninguna relación entre nosotros; pronto debía ser descuidado, por lo mismo que era inútil para las necesidades del individuo y estaba sometido a una cantidad de anomalías, como el sentimiento efímero y variable del que se había convertido en índice. Los resultados subsiguientes de esta falsa dirección fueron tales que los temí.

Ocurría a menudo que durante el goce de la cosa la palabra *lait* se dejara escuchar. A veces la pronunciaba antes, y otras poco después, pero siempre sin intención. No concedo mayor importancia a la repetición espontánea que hacía, y que hace todavía, en el curso de la noche cuando se despierta. Después de este primer resultado, renuncié por completo al método con el cual lo había obtenido; a la espera del momento en que me fuera permitido sustituirlo por otro que creía más eficaz, abandoné el órgano de la voz a la influencia de la imitación que, aunque débil, no estaba, sin embargo, extinguida, si está permitido juzgar por algunos pequeños y espontáneos progresos ulteriores.

La palabra *lait* fue para Víctor la raíz de otros dos monosílabos, *la* y *li,* a los cuales, por cierto, concede todavía menos sentido. Desde hace poco ha modificado el último agregándole una segunda *l,* y pronunciando ambos como el *gli* [9] de la lengua italiana. Frecuentemente se le escucha repetir *lli, lli,* con una inflexión de voz que no está exenta de dulzura. Es sorprendente que la *l mojada,*[10] que es para los niños una de las sílabas más difíciles de pronunciar, sea una de las primeras que haya articulado. No me encuentro lejos de creer que en este penoso trabajo de la lengua hay una especie de intención en favor del nombre *Julie,*[11] niña de once a doce años que viene a pasar los domingos con la señora Guérin, su madre. Es cierto que ese día las exclamaciones *lli, lli* se vuelven más frecuentes, e incluso, según relata su gobernanta, se escuchan durante la noche, en los momentos en que hay razón para creer que duerme profundamente.

[9] El *gli* italiano se pronuncia como *lli* en español, pero pegando la punta de la lengua en la parte anterior del paladar. (A.L.M.)

[10] En francés, la *l mouillé* se pronuncia como la *ll* en castellano. (A.L.M.)

[11] Julia, en francés, y que se pronuncia aproximadamente *yulí.* (A.L.M.)

No se puede determinar con justedad la causa y el valor de este último hecho. Se debe esperar que la pubertad más avanzada nos brinde, para clasificarlo y para dar cuenta del mismo, mayor número de observaciones. La última adquisición del órgano de la voz es un poco más considerable, y está compuesta por dos sílabas que bien valen por tres según la manera como pronuncia la última.

Es la exclamación *¡Oh Dieu!* [12] que ha tomado de la señora Guérin, y que frecuentemente deja escapar en medio de sus grandes alegrías. La pronuncia suprimiendo la *u* de *Dieu,* y recalcando la *i* como si fuese doble, de manera que se le escucha exclamar distintamente: *¡Oh Diie! ¡Oh Diie!* La *o* que se encuentra en esta última combinación de sonido, no era nueva para él, yo había logrado algún tiempo antes hacérsela pronunciar.

Esto es, en cuanto al órgano de la voz, el punto a que hemos llegado. Se ve que todas las vocales, con excepción de la *u*,[13] entran ya en el pequeño número de sonidos que articula, y que se encuentran las tres consonantes *l, d* y *l* mojada. Sin duda, estos progresos son muy pobres si se los compara con los que exige el desarrollo completo de la voz humana, pero me han parecido suficientes para garantizar la posibilidad de ese desarrollo. Ya antes he detallado las causas que necesariamente deben hacerlo más largo y difícil. Hay, sin embargo, una que a ello contribuye mucho y que no debo pasar en silencio. Es la facilidad con que nuestro joven salvaje expresa de otra manera que con la palabra el pequeño número de sus necesidades.[14] Cada una de sus voluntades se manifiesta por los signos más expresivos, que tienen de alguna manera, como los nuestros, sus gradaciones y su sinonimia. Cuando llega la hora del paseo, se presenta continuadamente delante de la ventana y delante de la puerta de su cuarto. Si entonces se da cuenta de que su gobernanta no está todavía preparada, dispone delante de ella todos los objetos necesarios para su compostura, y en su impaciencia incluso llega hasta ayudarla a vestirse. Cumplido esto, desciende primero y

[12] ¡Oh Dios!, y que en francés se pronuncia aproximadamente *O Dieu!,* siendo la *eu* de pronunciación nasal. (A.L.M.)

[13] En francés, la *u* tiene un sonido intermedio entre la *u* y la *i* castellanas. Puede obtenerse si pronunciamos nuestra *u* y luego, sin cambiar la posición de los labios, *i.* (A.L.M.)

[14] Mis observaciones también confirman sobre este punto importante la opinión de Condillac, que dice, hablando del origen del lenguaje de los sentidos: "El lenguaje de acción, entonces tan natural [para el hombre primitivo], era un gran obstáculo a superar; ¿podía abandonarlo por otro del que no se preveían las ventajas, y cuya dificultad se dejaba sentir?" *Este párrafo se encuentra en Etienne Bonnot de Condillac, "Essai sur l'origine des connaissances humaines",* 1746. (A.L.M.)

tira él mismo del cordón de la puerta. Llegados al Observatorio, su primer cuidado es solicitar leche, lo que hace presentando una escudilla de madera, que nunca olvida, al salir, de poner en su bolsillo, y de la cual se proveyó por primera vez al día siguiente en que rompió, en la misma casa y para el mismo uso, una taza de porcelana.

Una vez allí, para hacer más completos los placeres de sus paseos, se tiene desde hace tiempo la bondad de acarrearlo en una carretilla. Desde entonces, cuando lo desea y si nadie se presenta para satisfacerlo, entra a la casa, toma a alguien por el brazo, lo arrastra al jardín, y le pone entre las manos las varas de la carretilla, en la que se ubica de inmediato; si hay resistencia a esta primera invitación, deja el asiento, retorna a las varas de la carretilla, la hace dar algunas vueltas, y va de inmediato a sentarse de nuevo en ella, imaginando sin duda que si sus deseos no han sido satisfechos, no es por falta de haberlos expresado claramente.

Si se trata de comer, sus intenciones son todavía menos dudosas. El mismo pone el cubierto y presenta a la señora Guérin los platos que ella debe bajar a la cocina para allí tomar sus alimentos. Si come conmigo en la ciudad, todos sus pedidos se dirigen a la persona que hace los honores de la mesa; es siempre a ella a la que se presenta para ser servido. Si se simula no comprenderlo, coloca su plato junto a las comidas, que devora con los ojos. Si esto no produce efecto, coge un tenedor y con el mismo golpea dos o tres veces el borde del plato. ¿Se le ignora aún? Entonces no guarda compostura: hunde una cuchara, o inclusive su mano en la fuente, y en un abrir y cerrar de ojos la vacía completamente en su plato. De ninguna manera es menos expresivo en el modo de testimoniar los afectos de su alma, y sobre todo la impaciencia del aburrimiento. Cantidad de curiosos saben cómo, con más franqueza natural que cortesía, los despide cuando, fatigado por la duración de sus visitas, presenta a cada uno de ellos, y sin equivocación, su bastón, sus guantes y su sombrero, y los empuja suavemente hacia la puerta, que cierra impetuosamente detrás de ellos.[15]

[15] Es digno de destacar que este lenguaje de acción es completamente natural y que, desde los primeros días de su ingreso a la sociedad, lo emplea de la manera más expresiva. "Cuando tiene sed, dice el ciudadano Constant St. Estève, que lo vio en los comienzos de esa época interesante, dirige sus miradas a la derecha y a la izquierda; habiendo descubierto un cántaro, puso mi mano en la suya y me llevó hacia el cántaro, que golpeó con la mano derecha para pedirme de beber. Se le proporcionó vino, que desdeñó testimoniando impaciencia por el retardo en que se incurría para darle agua." *Esta cita se encuentra en Constant de Saint-Estève, "Rapport sur*

Para completar la historia de este lenguaje de pantomimas, es necesario decir que Víctor lo comprende con la misma facilidad con que lo habla.

A la señora Guérin le basta, para enviarlo a buscar agua, mostrarle el cántaro y hacerle ver que está vacío, dando al vaso una posición invertida.

Un proceder análogo bastó para obligarle a servirme de beber cuando comemos juntos, etc. Pero lo que hay de más sorprendente en la manera con que se presta a estos medios de comunicación, es que no necesita de ninguna lección preliminar, ni de ninguna convención recíproca para hacerse entender. De ello me convencí un día por medio de una experiencia de las más concluyentes. Entre una cantidad de objetos, elegí uno para el cual, me había asegurado antes, no existía entre él y su gobernanta ningún signo indicador.

Tal era, por ejemplo, el peine que se empleaba para él, y que quise hacerme traer. Hubiera estado bien equivocado si alborotando los cabellos y presentando así mi cabeza en desorden no hubiera sido comprendido. Pero, en efecto, lo fui, y pronto tuve en las manos lo que solicitaba. Muchas personas sólo ven en estos procederes la manera de actuar de un animal; para mí, lo confieso, creo y reconozco con toda su simplicidad el lenguaje de acción, ese lenguaje primitivo de la especie humana, originalmente empleado en la infancia de las primeras sociedades, antes que el trabajo de varios siglos hubiese coordinado el sistema de la palabra y brindado al hombre civilizado un fecundo y sublime medio de perfeccionamiento, que hace eclosionar su pensamiento inclusive en su cuna, y del que se sirve toda la vida sin apreciar lo que es para él, y lo que sería sin él si se encontrara accidentalmente privado del mismo, como en el caso que nos ocupa.[16] Sin duda, vendrá el día en que las necesida-

le sauvage de l'Aveyron", 2 pluviose an VIII (23 de marzo de 1800), en Pierre Joseph Bonnatèrre, "Notice historique"... Loc. cit. (A.L.M.)

[16] Contra los principios mecanicistas, de "convención" o de "contrato", como el preconizado por Rousseau, y que predominaban en su época por influjo de los "Enciclopedistas", Itard encuentra que un ser que no reconoce las cosas es un ser sin ideas, y que es en el lenguaje donde se encuentran las ideas. Sin embargo, cae en el error de aceptar con la época al "lenguaje de acción", la mímica, como antecedente directo y necesario del lenguaje hablado, como supervivencia en nosotros de un medio de los tiempos "bárbaros" y prueba de animalidad originaria. Hoy sabemos que la mímica es, como el lenguaje hablado, un instrumento natural de expresión cuyo dominio desarrollamos a fondo. Véase al respecto, Charles Blondel, *Introduction a la psychologie collective*, Paris, 1935; Tatiana Slama-Cazacu, *Lenguaje y contexto*, Grijalbo, Barcelona, 1970; Tatiana Slama-Cazacu, *Comunicarea în procesul muncii*, Bucuresti, 1968; José Manuel Briceño Guerrero, *Origen del lenguaje*, Monte Avila, Caracas, 1971. (A.L.M.)

des multiplicadas harán sentir al joven Víctor la necesidad de emplear nuevos signos. El empleo defectuoso que ha hecho de sus primeros sonidos podrá, sin duda, retardar esta época, pero no impedirla. Tal vez sea, ni más menos, lo que ocurre con el niño, que primero balbucea la palabra *papá,* sin unirla a ninguna idea, la dice en todos los lugares y en cualquier ocasión, dándola primero a todos los hombres que ve, y llegando sólo después de una cantidad de razonamientos e incluso de abstracciones a lograr una única y justa aplicación.

QUINTA PROPOSICION

EJERCITAR, DURANTE ALGUN TIEMPO, SOBRE LOS OBJETOS DE SUS NECESIDADES FISICAS LAS SIMPLES OPERACIONES DEL ESPIRITU, DETERMINANDO DE INMEDIATO LA APLICACION SOBRE OBJETOS DE INSTRUCCION.

Considerado en su más tierna infancia y bajo la relación de su entendimiento, el hombre no parece elevarse todavía por encima de otros animales. Todas sus facultades intelectuales están rigurosamente circunscriptas al círculo estrecho de sus necesidades físicas. Para ellas únicamente se ejercen las funciones de su

espíritu. Se requiere entonces que la educación se las apropie y las aplique a su instrucción, o sea a un nuevo orden de cosas que no tiene ninguna relación con sus primeras necesidades.[1] De esta aplicación fluyen todos sus conocimientos, todos los progresos de su espíritu, y las concepciones del genio más sublime. Cualquiera que sea el grado de probabilidad de esta idea, solamente la reproduzco aquí como punto de partida de la marcha que seguí para cumplir con esta última *proposición.*

No entraré en el detalle de los medios utilizados para ejercitar las facultades intelectuales del *Salvaje del Aveyron* sobre los objetos de sus apetitos. Estos medios no eran otra cosa que obstáculos siempre crecientes, siempre nuevos, puestos entre él y sus necesidades, y que no podía superar sin ejercitar continuamente su atención, su memoria, su juicio y todas las facultades de sus sentidos.[2] De este modo se desarrollarían todas las facultades que debían servir para su instrucción, y solamente se requería encontrar los medios más fáciles para hacerlas valer.

[1] Itard define como "educación" lo que hoy definimos como "aprendizaje", y cuya enunciación con términos modernos, pero concorde con el espíritu de la interpretación de Itard, es "la adquisición de hábitos (principalmente en el dominio motor y tendiendo entonces a la creación de automatismos), y la adquisición de conocimientos" (René Lafont, *Vocabulaire de Psychopédagogie et Psychiatrie de l'enfant,* Paris, 1963. Para precisar el empleo de los términos de educación, instrucción, aprendizaje, automatismos, hábitos, véase Alberto L. Merani, *Diccionario de los términos técnicos de la psicología,* Grijalbo, Barcelona, 1972. (A.L.M.)

[2] No es inútil destacar que no encontré ninguna dificultad para cumplir este primer fin. Todas las veces que se trataba de sus necesidades, su atención, su memoria y su inteligencia parecían elevarse por encima de ellas mismas; es una observación que se pudo hacer en todos los tiempos y que, si se la hubiese profundizado seriamente, hubiera llevado a prever un porvenir feliz. No temo decir que consideré como gran prueba de inteligencia que aprendiera al cabo de seis semanas de estadía en la sociedad, a preparar sus alimentos con todos los cuidados y los detalles que nos ha trasmitido el ciudadano Bonnatèrre *(loc. cit.)* "Su ocupación durante su estadía en Rodez, dice este naturalista, consistía en desvainar judías, y se entregaba a esta tarea con el grado de discernimiento del que sería susceptible el hombre más ejercitado. Como sabía por experiencia que esas legumbres estaban destinadas a su subsistencia, tan pronto como se le traía un atado de judías desecadas iba a buscar una marmita y establecía la escena de la operación en medio del departamento. Allí, distribuía los materiales de la manera más cómoda posible. El pote era colocado a la derecha y las judías a la izquierda; abría sucesivamente las vainas, una después de la otra, con una agilidad de dedos inimitable; ponía en el pote los granos buenos y rechazaba los que estaban brotados o manchados; si por casualidad algún grano se le escapaba, lo seguía con la vista, lo atrapaba y lo ponía con los otros. En la medida en que vaciaba las vainas, las apilaba a su lado con simetría, y cuando su trabajo estaba concluido, recogía el pote, vertía en él agua y lo llevaba cerca del fuego, que mantenía vivo con las vainas que había apilado separadamente. Si el fuego estaba extinguido, tomaba la pala, que ponía entre las manos de su vigilante, haciéndole señal de irlo a buscar en la vecindad, etc..."

Todavía debía contar poco con los recursos del sentido del oído, y bajo este aspecto el *Salvaje del Aveyron* sólo era un sordomudo. Esta consideración me llevó a intentar el método del ciudadano Sicard.[3] Comencé, pues, por los primeros procederes usados en esta célebre escuela, y dibujé sobre una plancha negra la figura lineal de algunos objetos que un simple dibujo podía representar mejor la forma; tales como una llave, tijeras y un martillo. Apliqué diversas veces y en los momentos en que era observado, cada uno de esos objetos sobre la figura respectiva, y cuando por esto estuve seguro de haberle hecho sentir las relaciones, quise hacérmelos traer sucesivamente señalando con el dedo la figura del que pedía. No logré nada, y aunque insistí muchas veces siempre tuve el mismo resultado: o se negaba con testarudez a traer lo que le indicaba de las tres cosas, o bien me traía con ella las otras dos, y me las presentaba todas a la vez. Me persuadí de que esto respondía a un cálculo de pereza, que no le permitía realizar en detalle lo que encontraba más simple de ejecutar de una sola vez. Me procuré entonces un medio que lo obligó a detallar su atención sobre cada uno de esos objetos. Había observado, desde hacía algunos meses, que sentía un gusto muy pronunciado por el orden: llegaba a tal punto, que a veces se levantaba de su cama para colocar en su lugar acostumbrado algún mueble o un utensilio cualquiera que se encontraba accidentalmente fuera de lugar. Este gusto lo llevaba todavía más lejos para las cosas suspendidas de la pared: cada una tenía un clavo y su gancho particular; y cuando se había hecho alguna transposición entre aquellos objetos, no permanecía tranquilo hasta que él mismo hacía retornar el orden. No había, pues, más que someter a los mismos arreglos las cosas sobre las cuales se quería ejercitar su atención.[4] Suspendí, por medio de un clavo, cada uno de los objetos debajo de su diseño y los dejé allí algún tiempo. Cuando después los saqué y se los dí a Víctor, fueron de inmediato ubicados en su orden conveniente. Lo repetí muchas veces y siempre con los mismos resultados. Yo estaba lejos de atribuir esto a su discernimiento, y esta cla-

[3] Abate Roque Ambrosio Sicard (1742-1822), pedagogo francés, fundador de un establecimiento para sordomudos en Burdeos, y que sucedió al abate de l'Epée en la dirección del que éste fundara en París e hiciera célebre. Sicard fue con su procedimiento el que echó las bases del hoy llamado método audiovisual, y el primero en aplicarlo en la instrucción de los sordomudos. (A.L.M.)

[4] De manera intuitiva, Itard aplica, en el *método activo* del que es iniciador, la noción del *modo individualizado,* que crearan en nuestros días Washburn (método de Winnetka) y Dottrens (método de enseñanza individualizada). Para mayores detalles sobre estos métodos, véase R. Dottrens, *L'enseignement individualisé,* Delachaux, Genève, 1953. (A.L.M.)

sificación solamente podía ser un acto de memoria. Para asegurarme, cambié la posición respectiva de los dibujos, y vi entonces, sin ninguna consideración para esta transposición, seguir para la disposición de los objetos el mismo orden de antes. En verdad, nada era tan fácil como hacerle aprender la nueva clasificación requerida por ese nuevo cambio; pero nada más difícil que hacerle razonar. Sólo su memoria se aplicaba en cada ordenamiento. Entonces me ocupé de neutralizar de alguna manera las ayudas que de ella obtenía. Lo hice fatigándolo sin descanso con el aumento del número de dibujos y con la frecuencia de sus inversiones. Entonces esa memoria se convirtió en guía insuficiente para el arreglo metódico de aquellos numerosos cuerpos; entonces el espíritu debió recurrir a la comparación del dibujo con la cosa. Qué paso más difícil acababa de franquear. No dudé cuando vi a nuestro joven Víctor fijar sus miradas, y sucesivamente, sobre cada uno de los objetos, elegir uno, y buscar de inmediato la figura con la cual deseaba relacionarlo, y tuve de inmediato la prueba material por la experiencia de la inversión de las figuras, que fue seguida, de su parte, por la inversión metódica de los objetos.

Este resultado me inspiró las más brillantes esperanzas; creía no encontrar más dificultades que vencer, cuando se presentó una de las más insuperables, que me detuvo obstinadamente y me obligó a renunciar a mi método. Se sabe que en la instrucción del sordomudo, se hace por lo común suceder a este primer proceder comparativo con un segundo mucho más difícil. Después de haber hecho sentir, con comparaciones repetidas, la relación de la cosa con su dibujo, se coloca alrededor de éste todas las letras que forman la palabra del objeto representado por la figura. Después, se borra ésta y sólo quedan los signos alfabéticos. El sordomudo solamente ve, con este segundo proceder, un cambio de dibujo, que para él continúa siendo el signo del objeto. No fue lo mismo para Víctor que, a pesar de la exposición prolongada de la cosa debajo de su palabra, nunca pudo reconocerla. No me costó mucho darme cuenta de esta dificultad y me fue fácil comprender por qué era insuperable. De la figura de un objeto a su representación alfabética, la distancia es inmensa y tanto mayor para el alumno si se presenta en los primeros pasos de la instrucción. Si los sordomudos no se detienen allí es porque son, de todos los niños, los más atentos y los más observadores. Acostumbrados desde su más tierna infancia a percibir y a hablar por los ojos, están, más que nadie, ejercitados en apreciar todas las relaciones de los objetos visibles.

Se requería, pues, buscar un método más análogo con las facultades todavía embotelladas de nuestro salvaje, un método en el cual cada dificultad vencida lo elevara al nivel de la dificultad a vencer. Con este espíritu me tracé un nuevo plan. No me detendré a analizarlo; se podrá juzgar por la ejecución.

Pegué sobre una plancha de dos pies cuadrados tres trozos de papel, de forma bien distinta y de color bien contrastante. Uno era un plano circular y rojo, otro triangular y azul, el tercero de figura cuadrada y de color negro. Tres trozos de cartón, de iguales colores y figuras fueron, por medio de un agujero con el que estaban perforados en el centro, y de clavos dispuestos al efecto sobre la plancha, fueron, dije, aplicados y dejados durante algunos días sobre sus modelos respectivos. Habiéndolos después quitados y presentados a Víctor, fueron puestos de nuevo en su lugar sin dificultad. Me aseguré, invirtiendo el cuadro y cambiando con ello el orden de las figuras, que esos primeros resultados no eran rutinarios, sino debidos a la comparación. Al cabo de algunos días, sustituí con otro cuadro al primero; el alumno tenía, para orientarse, el doble índice de las formas y de los colores; en el segundo sólo había una guía, la comparación de las formas. Casi al mismo tiempo le presenté un tercero, en el que todas las figuras eran iguales, y siempre los mismos resultados, pues no cuento para nada algunas faltas de atención. La facilidad con que se ejecutaban esas pequeñas comparaciones me llevó a presentarle otras. Hice agregados y modificaciones a los dos últimos cuadros. Agregué a éste figuras con otras formas mucho menos distintas, y a aquél colores, nuevos colores que solamente se diferenciaban por matices. Había, por ejemplo, en el primero, un paralelogramo un poco alargado junto a un cuadrado, y en el segundo una muestra azul celeste junto a un azul grisáceo. Aquí se presentaron algunos errores y algunas incertidumbres, pero que desaparecieron al cabo de algunos días de ejercicio.

Estos resultados me impelieron a realizar nuevos cambios, siempre más difíciles. Cada día agregaba, recortaba, modificaba y provocaba nuevas comparaciones y nuevos juicios. A la larga, la multiplicidad y las complicaciones de esos pequeños ejercicios terminaron por fatigar su atención y su docilidad. Entonces reaparecieron, con toda su intensidad, esos movimientos de impaciencia y de furor que estallaban tan violentamente en los comienzos de su estadía en París, cuando, sobre todo, se encontraba encerrado en su cuarto. Me pareció que era el momento en que no se debía apaciguar esos movimientos por condescen-

dencia, sino vencerlos con energía. Creí, pues, que era mi deber insistir.

De este modo, cuando disgustado por un trabajo cuya finalidad no concebía, y del que era bien natural que se cansara, llegaba a coger los trozos de cartón para arrojarlos al suelo con desprecio y se marchaba a la cama enfurecido, dejaba pasar uno o dos minutos, y volvía a la carga con la mayor sangre fría posible; le hacía reunir todos sus cartones, desperdigados en el cuarto y no le daba un respiro hasta que eran colocados convenientemente.

Mi obstinación sólo tuvo éxito algunos días, y fue, al final, vencida por ese carácter independiente. Sus movimientos de cólera se hicieron más frecuentes, más violentos, y simularon accesos de rabia semejantes a los que ya antes hablé, pero con la diferencia sorprendente de que los efectos estaban menos dirigidos a las personas que a las cosas. Quedaba dominado entonces por un espíritu destructor, mordía sus ropas, las mantas de su cama, la repisa de la chimenea, dispersando en su cuarto los morillos, las cenizas y los tizones inflamados, y terminando por caer en convulsiones que tenían de común con las de la epilepsia una suspensión completa de las funciones sensoriales.[5] Me vi forzado a ceder cuando las cosas llegaron a este punto excesivo, y, sin embargo, mi condescendencia no hizo más que aumentar el mal; los accesos se volvieron más frecuentes y susceptibles de renovarse a la menor contrariedad, a menudo sin causa determinante.

Mi perplejidad fue extrema. Veía el momento en que todos mis cuidados sólo habían logrado hacer de aquel pobre niño un desgraciado epiléptico. Unos accesos más, y la fuerza del hábito establecería una enfermedad de las más horrorosas y de las menos curables.[6] Se requería, pues, poner remedio y lo más pronto posible, y no con medicamentos, tan a menudo infruc-

[5] Sin sospecharlo, Itard provocaba en *Víctor* una *neurosis experimental*, como la observada por Pávlov en sus perros cuando la diferenciación de los estímulos que condicionaban al reflejo era casi imposible por su similitud, y cuya explicación, dada por el mismo Pávlov, está en la base de la comprensión neurobiológica del fenómeno neurótico. Véase al respecto, Alberto L. Merani, *Presencia de Iván P. Pávlov*, Universidad de los Andes, Mérida, 1963. (A.L.M.)

[6] Según el concepto de la época, la epilepsia caía en el cuadro de las "enfermedades de la voluntad", que abarcaba también la histeria, las neurosis y las psicosis, y que se atribuían fundamentalmente a la sugestión. De aquí el temor de Itard de provocarla con sus procederes, ignorando, como sabemos hoy, que se trata de paroxismos neuropsíquicos, repetidos, producidos por una descarga neuronal anormal, excesiva, en el interior del sistema nervioso central, según Penfield y Jaspers. (A.L.M.)

tuosos, no con la dulzura, de la que no había nada más que esperar, sino con un proceder perturbador semejante al que había empleado Boerhaave en el hospital de Harlem.[7] Me persuadí por completo de que si el primer medio que iba a emplear no respondía, el mal no haría más que exasperarse, y que cualquier otro tratamiento de la misma naturaleza se convertiría en inútil. Con esta firme convicción, elegí aquel que creí sería más horroroso para un ser que no conocía todavía, en su nueva existencia, ninguna especie de peligro.

Un tiempo antes, la señora Guérin, estando con él en el Observatorio, lo había llevado sobre una plataforma que está, como se sabe, muy elevada. Apenas estuvo a cierta distancia del parapeto, cuando presa de terror y de un temblor generalizado, se volvió hacia su gobernanta, el rostro cubierto de sudor, y la llevó por el brazo hacia la puerta, y solamente encontró un poco de calma cuando estuvo al pie de la escalera. ¿Cuál podía ser la causa de tal terror? Es lo que no busqué; me bastaba con conocer el efecto para aplicarlo a mis designios. La ocasión se presentó pronto, con un acceso de los más violentos, que había creído un deber provocar reiniciando nuestros ejercicios. Aprovechando el momento en que las funciones de los sentidos no estaban todavía suspendidas, abrí con violencia la ventana de su cuarto, situada en el cuarto piso y que da perpendicularmente sobre un duro pavimento de piedra; me le aproximé, con todas las apariencias del furor, y asiéndolo fuertemente por la cintura, lo asomé por la ventana, la cabeza directamente dirigida al fondo de aquel precipicio. Lo retiré unos segundos después, pálido, cubierto por un sudor frío, los ojos un poco lagrimeantes, y agitado todavía por algunos ligeros estremecimientos que creí pertenecían a los efectos del miedo. Lo llevé frente a sus tableros. Le hice reunir todos los cartones, y le exigí que todos fuesen ubicados. Todo esto fue realizado, en verdad, muy lentamente, y más mal que bien; pero por lo menos sin impaciencia. En seguida se arrojó sobre su cama, donde lloró abundantemente.

Era la primera vez, que yo supiera por lo menos, que derramaba lágrimas. La circunstancia de la que he dado cuenta, y en la cual la pena de haber extraviado a su gobernanta o el

[7] Herman Boerhaave (1668-1738), que fue profesor en Leyden, y autor de las *Institutiones in usum annuae exercitationis* (1708), en las que preconizó las llamadas "curas de repugnancia" para los trastornos mentales y nerviosos, una de las cuales era la "precipitación", que consistía en hacer caer al paciente de improviso, a menudo mediante un truco, en agua fría. (A.L.M.)

placer de reencontrarla lo hicieron llorar, es posterior a ésta; si la hice preceder en mi relato, es que, en mi plan, he seguido menos el orden del tiempo que la exposición metódica de los hechos.

Este extraño medio estuvo seguido de un éxito que, si no fue completo, resultó suficiente. Si bien su disgusto por el trabajo no quedó superado por completo, por lo menos disminuyó bastante, sin que nunca estuviese en el futuro seguido de efectos semejantes a los que acabamos de relatar.

Unicamente en las ocasiones en que se le fatigaba demasiado, al igual que cuando se le obligaba a trabajar en las horas dedicadas a sus salidas o a sus comidas, se contentaba con testimoniar aburrimiento, impaciencia, y exhalaba un murmullo qujumbroso que comúnmente terminaba con lágrimas.

Este cambio favorable nos permitió retomar con exactiud el curso de nuestros ejercicios, que sometí a nuevas modificaciones adecuadas para fijar todavía más su juicio. Sustituí las figuras pegadas sobre los tableros, y que eran, como dije, planos enteros que representaban figuras geométricas, con dibujos lineales de esos mismos planos. También me contenté con indicar los colores por medio de pequeñas muestras de forma irregular, y de ninguna manera análogas con los cartones coloreados. Puedo decir que estas nuevas dificultades sólo fueron un juego para el niño; resultado que bastaba para la finalidad que me había propuesto al adoptar ese sistema de comparaciones groseras. Ahora había llegado el momento de reemplazarlo por otro mucho más instructivo, y que hubiera presentado dificultades insuperables, si de antemano no hubiesen sido allanadas por el éxito de los medios que acabamos de emplear para superar las primeras.

Hice imprimir con caracteres gruesos, sobre trozos de cartón de dos pulgadas, las veinticuatro letras del alfabeto. Hice tallar, en una plancha de un pie y medio cuadrados, un número igual de casillas, en las que hice encastrar los trozos de cartón, sin pegarlos, para que se les pudiese cambiar de ubicación según se quisiera. Se construyó en metal, y con las mismas dimensiones, un número igual de caracteres. Estos estaban destinados a ser comparados, por el alumno, con las letras impresas, y clasificados en sus casillas correspondientes. El primer ensayo de este método fue realizado, en mi ausencia, por la señora Guérin; quedé muy sorprendido de saber por ella, a mi regreso, que Víctor distinguía todos los caracteres y los clasificaba convenientemente. La prueba fue repetida de inmediato y sin ninguna

falta. Maravillado por un éxito tan rápido, no podía explicarme la causa; solamente unos días después comprendí la manera como nuestro alumno procedía para hacer esta clasificación. Para que le fuera más fácil, se había creado un pequeño expediente, en este trabajo, de memoria, de comparación y de juicio. Desde que se le ponía el tablero entre las manos, no esperaba que se quitaran de sus casillas las letras metálicas; las retiraba y apilaba sobre su mano, siguiendo el orden de su clasificación; de esta manera, la última letra del alfabeto resultaba, después de quitarlas todas del tablero, la primera de la pila, y era por ésta por la que comenzaba, trabajando en el tablero desde el final y procediendo siempre de derecha a izquierda. Esto no es todo: el proceder era susceptible, para él, de perfeccionamiento; puesto que bastante a menudo la pila se derrumbaba, los caracteres se desparramaban; entonces se requería arreglar todo, y poner orden por el solo esfuerzo de la atención. Las veinticuatro letras se encontraban dispuestas sobre cuatro filas, de seis cada una; era, pues, más simple solamente levantarlas por filas y reemplazarlas así, de manera de pasar al inventario de la segunda fila solamente cuando la primera estuviese establecida.

Ignoro si hacía el razonamiento que le concedo; por lo menos es seguro que en la práctica procedía como dije. Esto era una verdadera rutina, pero una rutina de su invención y que honraba tanto a su inteligencia como una clasificación metódica lo haría pronto con su discernimiento. No fue difícil ponerlo sobre este camino, dándole los caracteres en desorden todas las veces que se le presentaba el tablero. Finalmente, a pesar de las frecuentes inversiones que yo sometía a los caracteres impresos cambiándolos de casillas; a pesar de algunas disposiciones insidiosas dadas a esos caracteres, como colocar la *G* junto a la *C*, la *E* junto a la *F*, etc., su discernimiento resultaba imperturbable. Ejercitándolo sobre todos estos caracteres, ya había tenido por finalidad preparar a Víctor para que los empleara, esto es, para la expresión de sus necesidades que no puede manifestar por la palabra. Lejos de creer que ya estuviese tan cerca de esa gran época de su educación, fue un espíritu de curiosidad, antes que la esperanza del éxito, lo que sugirió la experiencia que a continuación detallo:

Una mañana que esperaba con impaciencia la leche con que se desayunaba, tomé de su tablero y dispuse sobre una plancha que había preparado de propósito, estas cuatro letras: L A I T. La señora Guérin, a la que había prevenido, se acercó, observó los caracteres y me dio de inmediato una taza colmada

de leche, de la que simulé disponer únicamente para mí. Un momento después me acerqué a Víctor, le entregué las cuatro letras que acababa de levantar de la plancha, y se la indiqué con una mano, mientras que con la otra le presentaba el vaso colmado de leche. Las letras fueron inmediatamente ubicadas, pero con un orden completamente invertido, de manera que dieron T I A L en lugar de L A I T. Indiqué entonces las correcciones a realizar, señalando con el dedo las letras que debía transponer y el lugar que debía dar a cada una: cuando estos cambios reprodujeron el signo de la cosa, no lo hice esperar más.

Se creerá difícilmente que cinco o seis pruebas semejantes hayan bastado, no digo para hacerle ordenar metódicamente las cuatro letras de la palabra *lait,* sino también, diré, para darle idea de la relación que hay entre la palabra y la cosa. Es lo menos que se está, con razón, autorizado a sospechar según lo que ocurrió ocho días después de esta primera experiencia. Cuando estaba listo por la tarde para ir al Observatorio, se proveyó, por sí mismo, de las cuatro letras en cuestión; las guardó en su bolsillo, y apenas llegado a la casa del ciudadano Lemeri donde, como dije antes, va todos los días a beber leche, ordenó esos caracteres sobre una mesa, formando la palabra *lait.*

Conclusión

Tenía la intención de recapitular aquí todos los hechos diseminados en esta obra; pero he pensado que la fuerza que podrían adquirir por su reunión nunca podría equivaler a la del último resultado. Lo consigno, por así decirlo desnudo y despojado de cualquier clase de reflexiones, para que se pueda señalar de la manera más sorprendente la época a que hemos llegado, y convertirse en garantía de lo que debemos alcanzar. En la espera, siempre se puede concluir de la mayoría de mis observaciones, sobre todo de las detalladas en las dos últimas proposiciones, que el niño, conocido con el nombre de *Salvaje del Aveyron,* está dotado del libre ejercicio de todos sus senti-

dos; que da pruebas continuas de atención, de reminiscencia, de memoria; que puede comparar, discernir y juzgar; aplicar, en resumidas cuentas, todas las facultades de su entendimiento a objetos relativos a su instrucción. Se notará como punto esencial, que esos cambios felices sobrevinieron en el corto espacio de nueve meses, en un sujeto al que se creía incapaz de atención, y se concluirá que su educación es posible, porque está inclusive garantizada por estos primeros éxitos, con independencia de los que necesariamente se deben esperar del tiempo que, con su marcha invariable, parece dar a la infancia, en fuerza y en desarrollos, todo lo que quita al hombre en la declinación de la vida.[1]

¡Y, sin embargo, qué consecuencias mayores, relativas a la historia filosófica y natural del hombre, fluyen ya de esta primera serie de observaciones! Que se las reúna; que se las clasifique con método; que se las reduzca a su justo valor, y en ellas se encontrará la prueba material de las más importantes verdades, de esas verdades de las que Locke[2] y Condillac[3] llegaron a descubrir gracias a la fuerza de su genio y a la profundidad de sus meditaciones. Me ha parecido que por lo menos se podría deducir:

1) Que el hombre es inferior a gran número de animales

[1] Corresponde a los observadores esclarecidos del porvenir asegurarse por sí mismos de la verdad de estos resultados. Solamente ellos podrán juzgar del valor de los hechos, aportando a su examen un espíritu justiciero y versado en la ciencia del entendimiento. La apreciación del estado moral de nuestro salvaje es más difícil de lo que se piensa. La experiencia diaria y todas las ideas preconcebidas están allí para extraviar al juicio. *Si el hábito que poseemos,* dice Condillac refiriéndose a un caso bastante análogo, *de ayudarnos con signos, nos permitira destacar todo lo que les debemos, no tendríamos más que ponernos en lugar de ese joven para comprender cuán pocos conocimientos podría adquirir; pero juzgamos siempre según nuestra situación.** Se requiere, pues, juzgar sanamente en esta circunstancia, no tener al niño por visto después de un solo examen, sino observarlo y estudiarlo en todos los momentos del día, en cada uno de sus pequeños ejercicios, etc...; todas estas condiciones son de rigor. No bastan incluso si, para establecer una comparación exacta entre el presente y el pasado, no se ha visto con los propios ojos al *Salvaje del Aveyron* en los primeros meses de su estadía en París. Los que no pudieron observarlo en esa época y lo vieran actualmente, sólo encontrarían en él un niño *casi común,* que no habla; moralmente, no podrían apreciar la distancia que separa a este sujeto *casi común* del *Salvaje del Aveyron* poco hace entrado en sociedad; distancia en apariencia bien leve, pero verdaderamente inmensa, cuando se profundiza, y se calcula por medio de qué serie de razonamientos nuevos y de ideas adquiridas, debió alcanzar estos últimos resultados.

[2] John Locke, *Essay concerning human Understanding,* 1960. (A.L.M.)

[3] Etiènne Bonnot de Condillac, *loc. cit.* (A.L.M.).

* *Etiènne Bonnot de Condillac, "loc. cit.".* (A.L.M.).

en el puro *estado de naturaleza;*[4] estado de nulidad y de barbarie, que sin fundamentos se ha revestido con los colores más seductores; estado en el cual el individuo, privado de las facultades características de su especie, arrastra miserablemente, sin inteligencia, como sin afecciones, una vida precaria y reducida a las solas funciones de la animalidad.

2) Que esta superioridad moral, que se dice es natural del hombre, sólo es el resultado de la civilización que lo eleva por encima de los demás animales con un gran y poderoso móvil. Este móvil es la sensibilidad predominante de su especie; propiedad esencial de donde se siguen las facultades imitativas y esa tendencia continua que le obliga a buscar en las nuevas necesidades nuevas sensaciones.[5]

3) Que esta fuerza imitativa destinada a la educación de sus órganos, y sobre todo al aprendizaje de la palabra, muy enérgica y muy activa en los primeros años de vida, se debilita rápidamente por el progreso de la edad, el aislamiento y todas las causas que tienden a embotar la sensibildad nerviosa; de donde resulta que la articulación de los sonidos, que es sin duda de todos los efectos de la imitación el resultado más inconcecible y el más útil, debe encontrar innumerables obstáculos en una edad que no es aquella de la primera infancia.

4) Que existe en el salvaje más aislado, como en el ciudadano elevado al más alto grado de la civilización, una relación constante entre sus ideas y sus necesidades; que la multiplicidad siempre creciente de esto en los pueblos cultivados, debe ser considerada como un medio de desarrollo del espíritu humano: de manera que se puede establecer, como proposición general, que todas las causas accidentales, locales o políticas, que tienden a aumentar o a disminuir el número de nuestras necesidades, contribuyen necesariamente a extender o a recortar la esfera de nuestros conocimientos y el domino de la ciencia, de las bellas artes y de la industria social.

[4] No dudo de que si aisla, desde la primera edad, dos niños uno macho, el otro hembra, y se hace lo mismo con dos cuadrúpedos elegidos de la especie menos inteligente, estos últimos se mostrarán muy superiores a los primeros en los medios de proveer a sus necesidades, y de vigilar tanto por su propia conservación, como por la de sus pequeños. *En la experiencia de los esposos Kellog, que criaron a su hijo junto con un cachorro de chimpancé, la superioridad del animal, sobre todo debida a su crecimiento más rápido, quedó de manifiesto hasta el momento en que el niño comenzó a desarrollar la inteligencia reflexiva y adquirió el lenguaje. Desde entonces, los progresos del niño continuaron y rápidamente superó al animal, que permaneció estancado.* Véase Kellog, *Le singe et l'enfant,* Paris, 1936. (A.L.M.)

[5] Véase Alberto L. Merani. *Introducción a la psicología infantil,* Grijalbo, Barcelona, 1965. (A.L.M.)

5) Que en el estado actual de nuestros conocimientos fisiológicos, la marcha de la enseñanza puede y debe aclararse con las luces de la medicina moderna, que de todas las ciencias naturales es la que puede cooperar con mayor poder al perfeccionamiento en la especie humana, apreciando las anomalías orgánicas e intelectuales de cada individuo, y determinando en consecuencia aquello que la educación debe hacer por él, aquello que la sociedad puede esperar.[6]

Todavía hay algunas consideraciones que no son menos importantes y que me proponía asociar con estos primeros datos; pero el desarrollo que exigirían superaría los límites y estructura de este opúsculo. Por lo demás, me di cuenta, comparando mis observaciones con la doctrina de algunos de nuestros metafísicos, que me encontraba, sobre algunos puntos interesantes, en desacuerdo con ellos.

Debo esperar, en consecuencia, hechos más numerosos, y por lo mismo más concluyentes. Un motivo más o menos análogo no me permitió, al hablar de todos los desarrollos del joven Víctor, insistir sobre la época de su pubertad, que se ha pronunciado desde hace algunas décadas [*sic*] de manera casi explosiva arrojando muchas dudas sobre el origen de ciertos afectos del corazón, que consideramos como muy *naturales*. Lo mismo en esto, he decidido no apresurarme para juzgar y concluir, persuadido de que no se puede dejar mucho madurar por el tiempo, y confirmar por medio de observaciones ulteriores, todas las consideraciones que tienden a destruir prejuicios, tal vez no respetables, y las más dulces como las más consoladoras ilusiones de la vida social.

[6] Consideraciones similares son las que en nuestros días guiaron a Nicola Pende para elaborar su *medicina constitucional ortogenética*. (A.L.M).

INFORME PRESENTADO AL EXCELENTISIMO SEÑOR MINISTRO DEL INTERIOR SOBRE LOS NUEVOS DESARROLLOS DE VICTOR DEL AVEYRON *

POR JEAN-MARC GASPARD ITARD

* Este *Informe,* redactado en 1806, fue publicado en París, por la Imprimerie Impériale, en 1807. La traducción ha sido realizada sobre esta edición por Susana Merani.

Prefacio

A su Excelencia el Ministro del Interior.
Monseñor:[1]

Hablaros del *Salvaje del Aveyron* es repetir un nombre que ahora no inspira ninguna clase de interés; es recordar a un ser olvidado por aquellos que solamente lo vieron, y desdeñado por los que creyeron juzgarlo. Yo, que me he entregado hasta el presente a observarlo y a prodigarle mis cuidados, con completa indiferencia por el olvido de los unos y el desdén de los otros; apuntalado por cinco años de observaciones diarias, daré a Vues-

[1] *Monseigneur,* título de honor que en Francia se daba a los príncipes, a los obispos, a los ministros, a las personas de una dignidad eminente.

tra Excelencia el Informe que espera de mí, le relataré lo que he visto y lo que hice; expondré el estado actual de este joven, los caminos largos y difíciles por los que fue conducido, y los obstáculos que franqueó, como los que no pudo superar. Si todos estos detalles, Monseñor, os parecen poco dignos de vuestra atención, y muy por encima de la idea favorable que habéis concebido, Vuestra Excelencia querrá tener a bien, para mi excusa, de quedar íntimamente persuadido que, sin la orden formal que de ella recibí, me hubiera encerrado en un profundo silencia, y condenado a un eterno olvido los trabajos cuyos resultados ofrecen mucho menos la historia de los progresos del alumno que de los fracasos del Instituto. Pero juzgándome yo mismo con imparcialidad, creo, no obstante, que haciendo abstracción del fin a que tendía, en la tarea que voluntariamente me impuse, y considerando esta empresa desde un punto de vista más general, no dejaréis de ver sin satisfacción, Monseñor, en las diversas experiencias que intenté, en las numerosas observaciones que recogí, una colección de hechos adecuados para aclarar la historia de la filosofía médica, el estudio del hombre incivilizado y la dirección de algunas educaciones particulares.

Para apreciar el estado actual del joven *Salvaje del Aveyron,* será necesario recordar su estado pasado. Este joven, para ser juzgado sanamente, sólo puede ser comparado consigo mismo.

Comparado con un adolescente de la misma edad, no es más que un ser desgraciado, desecho de la naturaleza, como lo fue de la sociedad. Pero si nos centramos en los dos términos de comparación que ofrecen el estado pasado y el estado presente del joven Víctor, sorprende el espacio inmenso que los separa y se puede plantear si Víctor no difiere más del *Salvaje del Aveyron,* que llegara a París, que de otros individuos de su edad y de su especie.

No os presentaré, Monseñor, el cuadro odioso de este hombre-animal, tal como era al salir de sus bosques. En un opúsculo[2] que hice imprimir hace algunos años, y del que tengo el honor de ofreceros un ejemplar, he retratado a este ser extraordinario, según los rasgos mismos que tomé de un informe realizado por un médico célebre ante una sociedad científica. Aquí recordaré únicamente que la comisión de la que ese médico fue el informador, después de un largo examen y de numerosas tentativas, no logró que este niño fijara por un momento la atención, y procuró en vano desentrañar, de sus acciones y deter-

[2] *De la educación de un hombre salvaje o de los primeros progresos físicos y morales del joven salvaje del Aveyron.* (A.L.M.)

minaciones, algún acto de inteligencia, o algún testimonio de sensibilidad. Extraño a esa operación reflexiva que es la primera fuente de nuestras ideas, no prestaba atención a ningún objeto, puesto que no había objeto que provocara en sus sentidos una impresión duradera. Sus ojos veían, pero no miraban; sus oídos no escuchaban, aunque oían, y el órgano del tacto, restringido a la prehensión mecánica de los cuerpos, nunca había sido empleado para comprobar sus formas y existencia. Tal era, en resumen, el estado de las facultades físicas y morales de este niño, que se encontraba ubicado no sólo en el último nivel de su especie, sino también en el último escalón de los animales, y del que se puede decir de alguna manera que solamente difería de una planta en que tenía la facultad de moverse y de gritar. Entre esta existencia menos que animal y el estado actual del joven Víctor, existe una diferencia prodigiosa, y que parecería mucho más neta si, suprimiendo cualquier intermediario, me dedicara a aproximar vivamente los dos términos de la comparación. Pero persuadido de que no se trata de hacer contrastar ese cuadro, sino de ofrecerlo fiel y completo, pondré todo cuidado para exponer sucintamente los cambios sucedidos en el estado del joven salvaje, y para que sea más ordenada e interesante la enumeración de los hechos, los informaré en tres series distintas, relativas al triple desarrollo de las funciones de los sentidos, de las funciones intelectuales y de las facultades afectivas.[3]

[3] Desde 1801, fecha en que Itard publicó "De la educación de un hombre salvaje", hasta la fecha de este "Informe", ocurrieron grandes cambios políticos y sociales en Francia. Napoleón Bonaparte se había coronado emperador; con los nuevos fastos desapareció el espíritu de la "Gran Revolución", y la sencillez republicana, la esperanza del ternario "sagrado" de "Libertad, Igualdad y Fraternidad", que se concretaba en la vida diaria con el tratamiento de "ciudadano", quedaron sepultadas por la rigidez militar del nuevo orden y por la solemnidad del orgullo imperial. Este "Informe", comparado con "De la Educación de un hombre salvaje", es un ejemplo irrecusable. Las consecuencias del XVIII Brumario, el derrocamiento del Directorio por Napoleón que regresa de Egipto, habían sepultado las aspiraciones republicanas de que estaba henchida la primera obra de Itard. Ahora el espíritu que reinaba era el del liberalismo, y ya se hacía sentir con fuerza el irracionalismo del Romanticismo teórico. No obstante, Itard se revela apegado a los ideales de la "Razón". (A.L.M.)

I

Desarrollo de las funciones de los sentidos

I. Se debe a los trabajos de Locke[1] y de Condillac,[2] el que podamos apreciar la influencia poderosa que tiene sobre la formación y el desarrollo de nuestras ideas, la accion aislada y simultánea de nuestros sentidos. El abuso que se ha hecho de este descubrimiento no destruye la verdad ni las aplicaciones prácticas que se puedan hacer de un sistema de educación médica. Ha sido de acuerdo con estos principios que, cuando hube cum-

[1] *Loc. cit.* (A.L.M.).
[2] *Loc. cit.* (A.L.M.).

plido los puntos de vista principales que primero me propusiera, y que expuse en mi primera obra, centré todos mis cuidados para ejercitar y desarrollar separadamente los órganos de los sentidos del joven Víctor.

II. Como de todos nuestros sentidos el oído es el que concurre con mayor particularidad al desarrollo de nuestras facultades intelectuales, puse en acción todos los recursos imaginables para sacar de su largo embotamiento los oídos de nuestro salvaje. Me persuadí que para educar a ese sentido se requería de alguna manera aislarlo, y que teniendo a mi disposición, en todo el sistema de su organización, sólo una dosis módica de sensibilidad, debía concentrarla sobre el sentido que deseaba poner en acción, paralizando artificialmente el de la vista por el cual se dispensa la mayor parte de esa sensibilidad. En consecuencia, cubrí con una venda espesa los ojos de Víctor, e hice resonar en sus orejas los sonidos más fuertes y más discordantes. Mi propósito no era únicamente hacérselos oir, sino también hacérselos escuchar. Con la finalidad de obtener este resultado, cada vez que había producido un sonido, ponía a Víctor a reproducir uno parecido, haciendo resonar el mismo cuerpo sonoro, y golpeando sobre otro desde el momento en que su oído le advertía que acababa de cambiar de instrumento. Mis primeros ensayos tuvieron por finalidad hacerle distinguir el sonido de una campana y de un tambor, y de la misma manera como un año antes había llevado a Víctor de la grosera comparación de dos trozos de cartón, diversamente coloreados y de distinta figura, a la distinción de las letras y de las palabras tenía el derecho de creer que el oído, según la misma progresión de atención que el sentido de la vista, acabaría pronto por distinguir los sonidos más análogos y los tonos más diferentes del órgano vocal, o la palabra. Me dediqué, en consecuencia, a convertir progresivamente los sonidos en menos dispares, más complicados y más cercanos. Pronto no me contenté con exigir que distinguiera el sonido de un tambor y el de una campana, sino también la diferencia de sonido que produce el choque del palillo, golpeando sobre el parche o sobre el aro, o sobre el cuerpo del tambor, sobre el timbre de un péndulo, o sobre una pala muy sonora.

III. Después adapté este método comparativo a la percepción de los sonidos de un instrumento de viento, que más análogos a los de la voz, forman el último grado de la escala, por medio de lo cual esperaba llevar a mi alumno a la audición de las diferentes entonaciones de la laringe. El éxito respondió a

mi espera, y cuando comencé a martillar el oído de nuestro salvaje con el sonido de mi voz, encontré el oído sensible a las entonaciones más débiles.

IV. En estas últimas experiencias no exigí, como en las precedentes, que el alumno repitiera los sonidos que percibía. Este doble trabajo, al repartir la atención, hubiera estado fuera del plan que me proponía, o sea realizar por separado la educación de cada uno de los órganos. Me concreté, pues, a exigir la simple percepción de los sonidos. Para estar seguro de este resultado, coloqué a mi alumno frente a frente conmigo, los ojos vendados, los puños cerrados, y le hice extender un dedo todas las veces que yo producía un sonido. Este medio de comprobación fue rápidamente comprendido: apenas el sonido alcanzaba su oído, el dedo era levantado con una especie de impetuosidad, y a menudo también con demostraciones de alegría, que no permitían dudar del gusto que el alumno sentía con esas singulares lecciones. En efecto, sea porque encontraba un verdadero placer en escuchar el sonido de la voz humana, o sea que finalmente había superado el aburrimiento de estar privado de la luz durante horas enteras, más de una vez lo vi, en el intervalo de esa especie de ejercicios, venir a mi encuentro, con la venda en la mano, suplicándome que se la aplicara sobre los ojos, y patalear de contento cuando sentía que mis manos se la anudaban fuertemente detrás de la cabeza. Solamente fue en estas últimas experiencias cómo se manifestaron esos testimonios de contento. Me felicité de antemano, y en lugar de reprimirlos, inclusive los excité, sin pensar que preparaba un obstáculo que bien pronto interrumpiría las series de estas experiencias útiles y anularía los resultados tan penosamente obtenidos.

V. Después de haberme asegurado bien, por el modo de experiencia que acabo de indicar, de que todos los sonidos de la voz, cualquiera que fuese su grado de intensidad, eran percibidos por Víctor, me dediqué a hacérselos comparar. No se trataba, en este caso, de enumerar simplemente los sonidos de la voz, sino de asir las diferencias, y de apreciar todas esas modificaciones y variedades de tonos de que se compone la música de la palabra. Entre este trabajo y el precedente, hay una distancia prodigiosa para un ser cuyo desarrollo se efectuaba con esfuerzos graduados, y que únicamente marchaba hacia la civilización porque se le conducía por un camino insensible. Al abordar la dificultad que aquí se presentaba, me armé más que nunca de paciencia y de dulzura, animado, por lo demás, con la esperanza de que una vèz franqueado ese obstáculo, todo es-

taría realizado para el sentido del oído. Comenzamos con la comparación de las vocales, y también hicimos emplear la mano para asegurarnos del resultado de nuestras experiencias. Cada uno de los cinco dedos fue designado para ser el signo de una de las cinco vocales y para comprobar una percepción distinta. De esta manera, el pulgar representaba la A, y debía levantarse a la pronunciación de esa vocal; el índice era el signo de la E; el dedo medio, el de la I, y así sucesivamente.

VI. No fue sin esfuerzo, y después de mucho tiempo, que logré darle vida distinta a las vocales. La primera que distinguió netamente fue la O, después la A. Las otras tres ofrecieron mayores dificultades, y durante cierto tiempo fueron confundidas entre ellas; por fin, mediante el oído, comenzó a percibirlas distintamente, y fue entonces cuando reaparecieron, con toda su vivacidad, esas demostraciones de alegría de que ya hablara, y que momentáneamente habían interrumpido nuestras nuevas experiencias. Pero como éstas exigían de parte del alumno una atención mucho más sostenida, comparaciones delicadas, juicios repetidos, ocurrió que esos accesos de alegría, que hasta entonces solamente habían animado las lecciones, comenzaran finalmente por trastornarlas. En esos momentos todos los sonidos eran confundidos, y los dedos elevados indistintamente, a menudo todos a la vez, con una impetuosidad desordenada y estallidos de risas verdaderamente impacientes. Para reprimir esta alegría inoportuna, procuré hacer retornar al empleo d la vista a mi demasiado alegre alumno, y de proseguir, de este modo, nuestras experiencias, intimándolo con un aspecto severo e inclusive un poco amenazante. Desde entonces, nada de alegría, pero al mismo tiempo distracciones continuas del sentido del oído, en razón de la ocupación que brindaban a la vista los objetos que lo rodeaban. El menor cambio en la disposición de los muebles o en sus ropas, el más ligero movimiento de las personas que estaban a su alrededor, un cambio un poco brusco de la luz solar, todo atraía sus miradas, todo era, para él, motivo de un desplazamiento.

Volví a colocar la venda sobre sus ojos y los estallidos de risa recomenzaron. Entonces procuré intimidarlo con mis maneras, puesto que no podía contenerlo con mis miradas. Me armé con uno de los palillos del tambor que empleaba para nuestras experiencias, y le di golpecitos en los dedos cuando se equivocaba. Tomó esta corrección por una broma y su alegría fue todavía más ruidosa. Creí un deber, para desengañarlo, convertir la corrección en algo más sensible. Fui comprendido, y

solamente con mezcla de dolor y de placer vi en la fisonomía ensombrecida del joven en qué medida el sentimiento de la injuria era más fuerte que el dolor del golpe. Lágrimas corrieron por debajo de la venda; me apresuré a quitársela; pero fuese sorpresa o miedo, fuese preocupación profunda de los sentidos interiores, una vez desembarazado de esa venda, continuó con los ojos cerrados. No puedo explicar la expresión dolorosa que daban a su fisonomía sus dos párpados cerrados, y de los cuales cada tanto escapaba una lágrima. ¡Oh! ¡Cómo en ese momento, al igual qu_ en muchos otros, listo para renunciar a la tarea que me había impuesto, y considerando perdido el tiempo que le dedicaba, lamenté haber conocido a aquel niño, y condenado la estéril e inhumana curiosidad de los hombres que, los primeros, lo arrancaron de una vida inocente y feliz!

VII. Esta escena puso fin a la ruidosa alegría de mi alumno. Pero no tuve la ocasión de felicitarme por este éxito, y salvé ese inconveniente para caer en otro. Un sentimiento de temor ocupó el lugar de aquella alegría loca, y nuestras ejercitaciones resultaron todavía más perturbadas. Cuando yo emitía un sonido, debía esperar más de un cuarto de hora la señal convenida, e inclusive si era realizada bien, lo era con lentitud, con una incertidumbre tal que si, por azar, yo producía el menor ruido, o hacía el más ligero movimiento, Víctor asustado cerraba súbitamente el dedo, por miedo de ser castigado, y levantaba otro con la misma lentitud y circunspección. No desesperé y me consolé considerando que el tiempo, mucha dulzura y maneras animadora podrían disipar aquella fastidiosa y excesiva timidez. Lo esperé en vano y todo fue inútil. De este modo se desvanecieron las más brillantes esperanzas fundadas, con alguna razón tal vez, sobre una cadena ininterrumpida de experiencias tan útiles como interesantes. Varias veces desde ese tiempo y en épocas muy alejadas, intenté las mismas pruebas, y me vi forzado a renunciar de nuevo, detenido por el mismo obstáculo.

VIII. Sin embargo, esta serie de experiencias realizadas sobre el sentido del oído no fueron completamente inútiles. Víctor les debe el poder escuchar distintamente algunas palabras de una sílaba y de distinguir, sobre todo, con mucha precisión, entre diferentes entonaciones del lenguaje, las que son expresión de reproche, de cólera, de tristeza, de desprecio, de amistad; inclusive cuando estos diversos movimientos del alma no están acompañados por ningún juego de la fisonomía, ni por esas pantomimas naturales que constiuyen el carácter exterior.

IX. Afligido más bien que descorazonado por el poco éxito obtenido sobre el sentido del oído, me decidí a dar todos mis

cuidados al de la vista. Mis primeros trabajos ya lo habían mejorado mucho, y de ese modo habían contribuido a darle fijeza y atención, de manera que en la época de mi primer informe,[3] mi alumno ya alcanzaba a distinguir letras de metal y a colocarlas en orden adecuado para formar algunas palabras. De aquí a la percepción distinta de los signos escritos y al mecanismo de su escritura, estaba todavía muy lejos; pero felizmente todas esas dificultades pasaron al mismo plano, de manera que fueron fácilmente superadas. Al cabo de algunos meses, mi alumno sabía leer y escribir pasablemente una serie de palabras, de las que varias diferían bastante poco entre ellas para ser distinguidas por un oído atento. Pero esta lectura era todavía intuitiva; Víctor leía las palabras sin pronunciarlas, sin conocer el significado. Por poca atención que se preste a este modo de lectura, el único que fue practicable con un ser de esta naturaleza, no se dejará de preguntarme cómo estaba yo seguro que palabras no pronunciadas, y a las que no concedía ningún sentido, eran leídas bastante distintamente como para no ser confundidas entre ellas. Nada más simple que el proceder que empleé para tener la certidumbre. Todas las palabras sometidas a lectura estaban igualmente escritas sobre dos pizarras; yo tomaba una y hacía sostener la otra a Víctor; después, recorriendo sucesivamente con el extremo de un dedo todas las palabras contenidas en la pizarra que sostenía en mis manos, exigía que me mostrara en la otra pizarra el doble de cada palabra que yo señalaba. Tenía la precaución de seguir un orden diferente en el ordenamiento de esas palabras, de manera que el lugar que una ocupaba en una pizarra, no daba ningún indicio del que su semejante tenía en la otra. De allí la necesidad de estudiar de alguna manera la fisonomía particular de todos los signos para reconocerlos de primera vista.

X. Cuando el alumno, engañado por la apariencia de una palabra, la señalaba en lugar de otra, le hacía rectificar su error, sin indicársela, solamente llevándolo a deletrearla. Deletrear era para nosotros comparar intuitivamente, y una después de otra, todas las letras que entraban en la composición de las dos palabras. Este examen verdaderamente analítico se hacía de manera muy rápida; yo tocaba con el extremo de un puntero la primera letra de la otra palabra; hacíamos lo mismo con la segunda, y así continuábamos hasta que Víctor, que buscaba siempre encontrar en su palabra las letras que le señalaba en la mía, llegaba a descubrir la que comenzaba a establecer la diferencia entre las dos palabras.

[3] *De la educación de un hombre salvaje.* (A.L.M.)

XI. Pronto no fue necesario recurrir a un examen tan detallado para hacerle rectificar sus errores. Me bastaba entonces con hacer fijar un instante sus ojos sobre la palabra que tomaba por la otra, para que notara la diferencia, y puedo decir que el error era reparado casi inmediatamente que se lo indicaba. De esta manera fue ejercitado y perfeccionado ese sentido importante, cuya insignificante movilidad había llevado al fracaso las primeras tentativas que se hicieron para fijar las miradas, e hicieron nacer las primeras sospechas de idiotismo.[4]

XII. Habiendo terminado así la educación del sentido de la vista, me ocupé del tacto. Aunque estoy lejos de compartir la opinión de Buffon[5] y de Condillac[6] sobre el papel importante que conceden a ese sentido, no consideré como perdidos los cuidados que podía consagrar al tacto, ni sin interés las observaciones que podía ofrecernos el desarrollo de ese sentido. Se ha visto, en mi primera memoria, que este órgano, primitivamente dedicado a la prehensión mecánica de los cuerpos, había recibido gracias al efecto poderoso de los baños calientes la capacidad de retomar algunas de sus facultades, entre otras las de percibir el frío y el calor, lo áspero y lo suave de los cuerpos. Pero si se presta atención a la naturaleza de estas dos especies de sensaciones se verá que son comunes a la piel que recubre todas nuestras partes. El órgano del tacto, que solamente había recibido su parte de la sensibilidad que yo había despertado en todo el sistema cutáneo, sólo percibía hasta entonces como una porción de ese sistema, puesto que de él no difería por ninguna función que le fuera particular.

XIII. Mis primeras experiencias confirmaron la exactitud de esta afirmación. Puse en el fondo de un vaso opaco, cuya embocadura apenas permitía la entrada de un brazo, castañas cocidas todavía calientes, y castañas aproximadmente del mismo tamaño, pero crudas y frías. Una de las manos de mi alumno estaba en el vaso, y la otra fuera, abierta sobre sus rodillas. Puse sobre ésta una castaña caliente, y pedí a Víctor que retirara otra del fondo del vaso, y procedió correctamente. Le presenté una fría; la que retiró del vaso también lo estaba. Repetí varias veces esta experiencia, y siempre con el mismo éxito. No ocurrió lo mismo cuando en lugar de hacer comparar al alumno la temperatura de los cuerpos quise, por el mismo medio de ex-

[4] Véase, en *De la educación de un hombre salvaje,* el informe de Pinel. (A.L.M.)

[5] George Louis Leclerc, Comte de Buffon, *Histoire des animaux,* 24 volúmenes, 1749-1783. (A.L.M.)

[6] Etienne Bonnot de Condillac, *loc. cit.* (A.L.M.).

ploración, hacerle juzgar su configuración. Allí comenzaban las funciones exclusivas del tacto, y ese sentido era todavía nuevo. Puse en el vaso castañas y bellotas, y cuando se presentaba uno u otro de esos frutos a Víctor, quise exigirle que sacara una semejante del fondo del vaso, pero retiraba una bellota por una castaña, o una castaña por una bellota. Se requería, pues, poner ese sentido, como a los otros, en el ejercicio de sus funciones, y para ello proceder con él en el mismo orden. Para esto, lo ejercité en la comparación de cuerpos muy dispares, no solamente por su forma, sino también por su volumen, como un guijarro y una castaña, una moneda y una llave. No fue sin esfuerzos como logré hacerle distinguir esos objetos por el tacto. En el momento en que dejó de confundirlos los reemplacé por otros menos distintos, como una manzana, una nuez y pequeños guijarros. Sometí de inmediato a este examen manual las castañas y las bellotas, y la comparación resultó un juego para el alumno. Llegué al punto de hacerle distinguir, de la misma manera, las letras en metal, las más análogas por la forma, como la B, y la R, la I y la J, la C y la G.[7]

XIV. Esta especie de ejercitación de la que no esperaba, como dije, mucho éxito, contribuyó en grande para aumentar la susceptibilidad de atención de nuestro alumno; en lo que sigue he tenido la ocasión de ver su débil inteligencia enfrentarse con dificultades mucho más embarazosas, y nunca lo vi adquirir un aire tan serio, calmado y meditabundo, que se expandía por todos los rasgos de su fisonomía, como cuando se trataba de decidir sobre la diferencia de formas de los cuerpos sometidos al examen del tacto.

XV. Quedaba, pues, por ocuparme del sentido del gusto y del olfato. Este último era de una finura que lo ponía por encima de cualquier perfeccionamiento. Se sabe que mucho después de su entrada en la sociedad, este joven salvaje conservaba todavía el hábito de oler todo lo que se le presentaba, inclusive los cuerpos que consideramos inodoros.[8] Durante los paseos por la campaña que a menudo hacía con él, en los primeros meses de su estadía en París, lo he visto varias veces detenerse, volverse en ocasiones, para recoger guijarros, trozos

[7] Con estos breves parágrafos dedicados a la educación del tacto, Itard desarrolla toda la práctica de la educación de la mano, que está en la base de la enseñanza preescolar en nuestros sistemas pedagógicos, y que en teoría ya destacara en *De la educación de un hombre salvaje*. Se comprende lo justo de la admiración que por su intuición y trabajo en este sentido expresaran María Montessori y Ovidio Décroly, los grandes propugnadores de la educación sensorial. (A.L.M.)

[8] Véase *De la educación de un hombre salvaje*. (A.L.M.)

secos de madera, que arrojaba únicamente después de haberlos llevado a la nariz, y a menudo con el testimonio de una muy grande satisfacción. Una tarde que se había perdido en la calle de Enfer, y que sólo fue encontrado por su gobernanta a la caída de la noche, únicamente después de haberle olido las manos y los brazos por dos o tres veces sucesivas se decidió a seguirla y dejó traslucir la alegría que sentía por haberla encontrado. La civilización nada podía agregar a la delicadeza del olfato. Mucho más unido, por otra parte, con el ejercicio de las funciones digestivas que con el desarrollo de las facultades intelectuales; por esta razón, se encontraba fuera de mi plan de instrucción. Parece que, unido en general a los mismos usos el sentido del gusto, como el del olfato, debería ser igualmente extraño a mi finalidad. No lo pensé así, pues consideré al sentido del gusto como más allá de las funciones muy limitadas que le son asignadas por la naturaleza, bajo la relación de los goces tan variados como numerosos de los cuales la civilización lo ha convertido en su órgano, por lo que me pareció ventajoso desarrollarlo, o, más bien, pervertirlo.[9] Creo inútil enumerar todos los expedientes a los que recurrí para alcanzar esta finalidad, y por medio de los cuales llegué, en poco tiempo, a despertar el gusto de nuestro salvaje por una cantidad de comidas que hasta entonces había desdeñado constantemente. Sin embargo, en medio de las nuevas adquisiciones de este sentido, Víctor no testimonió ninguna clase de esas preferencias ávidas que constiuyen la glotonería. Bien distinto de esos hombres a los que se ha denominado salvajes, y que en un semigrado de civilización presentan todos los vicios de las grandes sociedades, sin ofrecer sus ventajas, Víctor, habituándose a las nuevas comidas, quedó indiferente a la bebida de licores fuertes, y esta indiferencia se transformó en adversión a consecuencia de una confusión cuyo efecto y las circunstancias tal vez merecen ser relatados. Víctor cenaba conmigo en la ciudad. Al final de la comida, tomó espontáneamente una garrafa que contenía un licor de los más fuertes, pero que, sin color ni olor, semejaba perfectamente al agua. Nuestro salvaje la tomó por su cuenta y se sirvió medio vaso que, impulsado sin duda por la sed, bebió de un trago la mitad, antes que el ardor producido en el estómago por ese líquido le advirtiera de la equivocación. Pero, re-

[9] En la época predominaba, con respecto a las funciones y atributos del sentido del gusto, la teoría hedonista del famoso gastrónomo Brillat-Savarin (1755-1826), autor de una *Physiologie du goût*, que parte del aforismo "El universo no es nada sin la vida, y todo lo que vive se nutre". (A.L.M.)

chazando de golpe al vaso y al licor, se levantó furioso, dio un salto desde su puesto hasta la puerta del cuarto, y se puso a lanzar alaridos, y a correr por los corredores y la escalera de la casa, volviendo sin cesar sobre sus pasos, para recomenzar el mismo circuito; semejante a un animal profundamente herido, que busca en la rapidez de su carrera no, como dicen los poetas, huir de la saeta que lo desgarra, sino distraer con grandes movimientos un dolor para cuya mitigación no puede acudir, como el hombre, a una mano benéfica.

XVI. Pero a pesar de su adversión por los licores, Víctor ha tomado cierto gusto por el vino, sin que, no obstante, la privación del mismo lo moleste vivamente cuando no se le da. Inclusive creo que ha conservado por el agua una preferencia señalada. La manera como bebe parece indicar que en ella encuentra un placer de los más vivos, pero que sin duda responde a otra causa que a los goces del órgano del gusto. Casi siempre al final de su comida, inclusive cuando no siente sed, se le ve con el aire de un catador que se apresta a llenar su vaso con un licor exquisito, verter en el suyo agua pura, beberla por sorbos y gustarla gota a gota. Pero lo que agrega más interés a esta escena es el lugar donde ocurre. Es cerca de la ventana, de pie, con los ojos vueltos hacia la campaña, donde se coloca nuestro bebedor, como si en ese momento de delectación ese niño de la naturaleza buscara reunir los dos únicos bienes que han sobrevivido a la pérdida de su libertad, la bebida de agua límpida y la vista del sol y del campo.

XVII. De este modo se realizó el perfeccionamiento de los sentidos. Todos, con excepción del oído, saliendo de su largo hábito, se abrieron a nuevas percepciones, y llevaron al alma del joven salvaje una cantidad de ideas hasta entonces desconocidas. Pero estas ideas solamente dejaron en su cerebro una huella fugitiva; para fijarlas, se requería grabar más sus signos respectivos o, para decirlo mejor, el valor de esos signos.[10] Víctor ya los conocía, porque yo había hecho marchar a la par la percepción de los objetos y de sus cualidades sensibles con la lectura de las palabras que los representaban, sin procurar, sin embargo, determinar el sentido. Víctor, instruido a distinguir por el tacto un cuerpo redondo de uno aplastado; por los ojos,

[10] Itard hace suya la idea de Tomás de Aquino de que el alma, al nacimiento es *tabula rasa in qua nihil est scriptum* (tablilla en blanco en la que nada está escrito), que adquiere conocimientos mediante la experiencia, que le viene únicamente a través de los sentidos, porque *nihil est in intellectu, nisi prius fuerit in sensu* (nada hay en el intelecto que primero no haya pasado por los sentidos), y que posteriormente fuera retomada por Locke *(loc. cit.)*. (A.L.M.)

el papel rojo del blanco; por el gusto, un licor ácido de un licor dulce, había aprendido al mismo tiempo a distinguir los nombres que expresaban esas diferentes percepciones, pero sin conocer el valor representativo de esos signos. Por no ser este conocimiento del dominio de los sentidos externos, se requería recurrir a las facultades del espíritu, y pedirles cuenta, si puedo expresarme así, de las ideas que le habían brindado esos signos. Esto es lo que se convirtió en objetivo de una nueva rama de experiencias que constituyen la materia que sigue.[11]

[11] Al principio ortodoxo del sensualismo, Itarf agrega la corrección de Leibniz, *ipse intellecto* (salvo el intelecto) y destaca, adelantándose a la época, la importancia del signo, del significante y del significado. Véase con respecto a éstos, Alberto L. Merani y Susana Merani, *La génesis del pensamiento*, Grijalbo, México, 1971. (A.L.M.)

II

Desarrollo de las funciones intelectuales

XVIII. Aunque presentados separados, los hechos que componen la serie que acabamos de recorrer, se unen, por muchas relaciones, con los que serán materia de ésta. Pues tal es, Monseñor, la conexión íntima que une al hombre físico con el hombre intelectual que, aunque sus dominios parezcan y sean en efecto muy distintos, todo se confunde en los límites donde se tocan esos dos órdenes de funciones. Su desarrollo es simultáneo, y su influencia recíproca. De este modo, mientras dediqué mis esfuerzos a ejercitar los sentidos de nuestro salvaje, el espí-

ritu tomaba su parte de los cuidados exclusivamente dados a la educación de esos órganos, y seguía el mismo orden de desarrollo. Se concibe, en efecto, que instruyendo los sentidos a percibir y a distinguir nuevos objetos, forcé la atención a detenerse en los mismos, el juicio a compararlos, y la memoria a retenerlos. De esta manera, nada era indiferente en estos ejercicios; todo iba al espíritu; todo ponía en juego las facultades de la inteligencia y las preparaba para la gran obra de la comunicación de las ideas. Ya antes me había asegurado de que era posible, obteniendo del alumno que designara al objeto de sus deseos por medio de letras ordenadas de manera de dar la palabra de la cosa. He dado cuenta en mi opúsculo sobre este niño,[1] de este primer paso dado en el conocimiento de los signos escritos, y no he temido señalar como una época importante de su educación, como el éxito más agradable y más brillante que jamás se haya obtenido con un ser caído, como éste, en el último grado del embrutecimiento. Pero observaciones subsiguientes, al aclararme la naturaleza de este resultado, vinieron pronto a debilitar las esperanzas que había concebido. Observé que Víctor, en lugar de reproducir algunas palabras con las que lo había familiarizado para solicitar los objetos que denominaban y manifestar el deseo o la necesidad que sentía, sólo recurría a ellas en determinados momentos, y siempre a la vista del objeto deseado. Así, por ejemplo, por vivo que fuera su gusto por la leche, solamente en el momento en que tenía por costumbre beberla, y en el instante mismo cuando la veía, que la palabra de ese alimento preferido era emitida, o más bien formada según la manera conveniente. Para aclarar la sospecha que me inspiraba esta especie de reserva, ensayé retardar la hora de su comida y fue en vano que esperara del alumno la manifestación escrita de sus deseos, aunque fuesen muy urgentes. Sólo cuando la taza apareció, la palabra *leche* fue formada. Recurrí a otra prueba: en medio de su comida, y sin dar a este proceder ninguna apariencia de castigo, levanté la taza que contenía la leche y la encerré en un armario. Si la palabra *leche* hubiera sido para Víctor el signo distintivo de la cosa y de la expresión del deseo que por ella sentía, no cabe duda que después de esta privación súbita, continuando el deseo haciéndose sentir, la palabra *leche* hubiese sido de inmediato reproducida. No lo fue; y de ello concluí que la formación de ese signo, en lugar de ser para el alumno la expresión de sus deseos, únicamente era una especie de ejercicio preliminar, con el que hacía preceder ma-

[1] *De la educación de un hombre salvaje.* (A.L.M.)

quinalmente la satisfacción de sus apetitos. Se requería, pues, volver sobre nuestros pasos y trabajar sobre nuevos caminos. Me resigné a ello con coraje, convencido de que si no había sido comprendido por mi alumno, la falta era más bien mía que de él. Al reflexionar, en efecto, sobre las causas que podían dar lugar a esta acepción defectuosa de los signos escritos, reconocí no haber aportado, en estos primeros ejemplos de la enunciación de las ideas, la extrema simplicidad que había puesto en el comienzo de mis otros medios de instrucción, y que había asegurado su éxito. De esta manera, aunque la palabra *leche* solamente sea para nosotros un signo simple, podía ser para Víctor la expresión confusa de ese líquido alimenticio, del vaso que lo contenía y del deseo de que era objeto.

XIX. Otros varios signos con los cuales lo había familiarizado presentaban, en cuanto a su aplicación, el mismo defecto de precisión. Un vicio todavía más notable presentaba nuestro proceder de enunciación. Se hacía, como dije, disponiendo sobre una misma línea y en un orden conveniente, letras metálicas, de manera de dar el nombre de cada objeto. Pero la relación que existía entre la cosa y la palabra no era bastante inmediata como para ser completamente asida por el alumno. Se requería, para hacer desaparecer esta dificultad, establecer entre cada objeto y su signo una unión más directa y una especie de identidad que las fijara simultáneamente en la memoria; se requería todavía que los primeros objetos admitidos en este nuevo método de enunciación fuesen reducidos a su mayor simplicidad, de manera que sus signos no pudiesen prevalecer, de ninguna manera, sobre sus accesorios. En razón de este plan, dispuse, sobre los estantes de una biblioteca, varios objetos simples, como una pluma, una llave, un cuchillo, una caja, etc., colocados directamente sobre un papel en el que estaba trazado su nombre. Estos nombres no eran nuevos para el alumno; los conocía y había aprendido a distinguirlos según las modalidades de lectura que señalé antes.

XX. Se trataba, pues, de familiarizar sus ojos con la oposición de cada uno de esos nombres debajo del objeto que representaba. Esta disposición fue asida pronto; tuve la prueba cuando desplazando esos objetos, y reemplazando primero los marbetes en otro orden, vi al alumno poner cuidadosamente cada

[2] Itard emplea la expresión *sensorium*, con el sentido de *sensorium propium*, o sea de pensamiento, que le diera Alcmeón de Crotona (520 a.c.), al distinguirlo del *sensorium comune* o sensibilidad. Hoy se entiende por *sensorium* o *sensorio* al cerebro considerado como centro en el que concluyen todas las sensaciones. (A.L.M.)

cosa sobre su nombre. Diversifiqué las pruebas, y esta diversidad me permitió hacer varias observaciones relativas al grado de impresión que causaba, sobre el sensorium[2] de nuestro salvaje, la imagen de esos signos escritos. De este modo, cuando dejaba todos esos objetos en uno de los rincones del cuarto y trasladaba todos los marbetes a otro, yo quería, mostrándolos sucesivamente a Víctor, arrastrarlo a buscar cada objeto del que le mostraba el nombre escrito, era necesario para que me pudiera traer la cosa que no perdiera de vista, ni por un instante, los caracteres que servían para designarla. Si se alejaba lo suficiente para no poder leer la etiqueta; si, después de habérsela mostrado bien, la cubría con mi mano, tan pronto como la imagen de la palabra escapaba al alumno, éste adquiría un aire de inquietud y de ansiedad, y asía al azar el primer objeto que caía bajo su mano.

XXI. El resultado de esta experiencia era poco alentador y, en efecto, me hubiera descorazonado por completo si no me hubiese percatado, repitiéndola frecuentemente, que la duración de la impresión se volvía insensiblemente mucho menos corta en el cerebro de mi alumno. Pronto le bastó con una ojeada sobre la palabra que yo señalaba para ir, sin prisa y sin titubeos, a buscar el objeto pedido. Al cabo de algún tiempo pude hacer la experiencia en grande, enviándolo de mi departamento a su cuarto, para buscar allí un objeto cualquiera del que le mostraba el nombre. La duración de la percepción resultó primero mucho más corta que la duración del trayecto; pero Víctor, con un acto de inteligencia muy digno de ser señalado, buscó y encontró en la agilidad de sus piernas un medio seguro para convertir la duración de la impresión en más larga que aquella de la carrera. Desde el momento en que había leído bien, partía como una flecha, y lo veía retornar de inmediato con el objeto pedido en la mano. Sin embargo, más de una vez el recuerdo de la palabra se le escapaba en el camino; lo escuchaba entonces detenerse en su carrera y retomar el camino de mi departamento al que regresaba con un aire tímido y confuso. Algunas veces le bastaba mirar una colección completa de nombres, para reconocer y retener al que se le había escapado; otras veces, la imagen del nombre se había borrado de tal manera de su memoria, que requería que se lo mostrase de nuevo: lo que me solicitaba tomándome de la mano y haciendo pasear mi dedo índice por toda esa serie de nombres hasta que señalara al que había olvidado.

XXII. Este ejercicio fue seguido de otro que, ofreciendo

más trabajo a la memoria, contribuyó poderosamente a desarrollarla. Hasta entonces me había limitado a solicitar un objeto por vez; pedí primero dos, después tres, y luego, de inmediato, cuatro, señalando un número igual de signos al alumno que, sintiendo la dificultad de retenerlos todos, los recorría con una atención ávida, hasta que yo los sustraía de hecho a sus ojos. Desde ese momento, nada de espera ni de incertidumbre; tomaba a toda prisa el camino de su cuarto, de donde traía los objetos pedidos. Llegado a mi departamento, su primer cuidado, antes de dármelos, era pasear con vivacidad sus ojos por la lista, confrontarla con los objetos de que era portador, y que me entregaba después de haberse asegurado, con esta prueba, de que no había omisión ni equivocación. Esta última experiencia dio, primero, resultados muy variables, pero al final las dificultades que presentaba fueron superadas a su turno. El alumno, entonces, seguro de su memoria, desdeñaba la ventaja que le daba la agilidad de sus piernas, se entregaba tranquilamente a ese ejercicio, se detenía a menudo en el corredor, ponía la cabeza en la ventana que está en uno de los extremos, saludaba, con algunos gritos agudos, el espectáculo de la campiña que se despliega por ese lado en una magnífica lontananza, retomaba el camino de su cuarto, y allí hacía su pequeño cargamento, renovaba su homenaje a las bellezas siempre sentidas de la naturaleza, y volvía hacia mí bien seguro de la exactitud de su mensaje.

XXIII. Fue de este modo como, restablecida en toda la latitud de sus funciones, la memoria llegó a retener los signos del pensamiento, mientras que, por otro lado, la inteligencia asía todo su valor. Tal es por lo menos la conclusión que creo un deber sacar de los hechos precedentes, cuando vi a Víctor servirse a cada instante, tanto en nuestros ejercicios como espontáneamente, de las diversas palabras cuyo sentido le había enseñado, pedirme los diversos objetos de que eran la representación, mostrarme o darme la cosa cuando le hacía leer el nombre, o indicarme la palabra cuando le presentaba la cosa. ¿Quién podría creer que esta doble prueba no bastaba para asegurarme de que, finalmente, había llegado al punto por el cual me había visto obligado a volver sobre mis pasos y dar una vuelta tan grande? Lo que ocurrió en esta época me hizo creer, por un momento, que me encontraba de ello más alejado que nunca.

XXIV. Un día en que había llevado a Víctor conmigo, y que le enviaba, como de costumbre, a buscar en su cuarto va-

rios objetos que le señalaba sobre un catálogo, me las arreglé para cerrar mi puerta con doble vuelta del cerrojo, y para retirar la llave de la cerradura, sin que él lo notara. Hecho esto, regresé a mi gabinete, donde él estaba, y desplegando su catálogo le pedí algunos de los objetos cuyos nombres se encontraban inscritos allí, con el cuidado de que semejantes objetos estuviesen en mi departamento. Partió de inmediato; pero habiendo encontrado la puerta cerrada, y buscando en vano la llave por todas partes, se me acercó, tomó mi mano y me condujo hasta la puerta de entrada, como para hacerme ver que no la podía abrir. Fingí estar sorprendido, buscar la llave por todas partes, y hasta preocuparme por abrir la puerta a la fuerza. Por último, renunciando a estas tentativas inútiles, llevé de nuevo a Víctor a mi gabinete, y mostrándole otra vez las mismas palabras lo invité, por signos, a mirar si en torno suyo no había objetos parecidos. Las palabras señaladas eran bastón, fuelle, cepillo, vaso, cuchillo. Todos estos objetos se encontraban ubicados aisladamente en mi gabinete, pero de manera que no fueran fácilmente encontrados. Víctor los vio y no tocó ninguno. No tuve mejor éxito haciéndolos reconocer reunidos en una mesa, y fue inutil que se los pidiera uno después del otro, mostrándole sucesivamente los nombres. Seguí otro camino: con unas tijeras recorté los nombres de los objetos que, convertidos así en simples marbetes, fueron puestos en las manos de Víctor, y conduciéndolo de este modo en los primeros pasos de este proceder, lo llevé a poner sobre cada cosa el nombre que servía para designarla. Esto fue en vano, y tuve el inexpresable desagrado de ver a mi alumno desconocer todos esos objetos, o más bien las relaciones que los unían con sus signos y, con un aire estupefacto que no se puede describir, pasear sus miradas indiferenes sobre todos esos caracteres, convertidos para él en ininteligibles. Me sentí desfalecer de impaciencia y de descorazonamiento.

Fui a sentarme a la extremidad del cuarto, y me puse a considerar con amargura a aquel ser desgraciado, que las singularidades de su situación reducirían a la triste alternativa de ser relegado, como un verdadero idiota, en alguno de nuestros hospicios, o de adquirir, con esfuerzos inauditos, un poco de instrucción todavía inútil para su bienestar. "Desgraciado, le dije como si pudiera entenderme, y con verdadera opresión del corazón, dado que mis esperanzas están perdidas y tus esfuerzos son infructuosos, retoma, con el camino de tus bosques, el gusto de la vida primitiva; o si tus nuevos deseos te ponen en la depen-

dencia de la sociedad, expía la desgracia de serle inútil, y ve a morir en la Bicêtre de miseria y de aburrimiento." Si hubiese reconocido menos el alcance de la inteligencia de mi alumno, hubiera podido creer que no había sido completamente comprendido; pero apenas había acabado esas palabras cuando vi cómo esa comprensión llegó con sus lamentos más vivos, su pecho respirando con ruido, cerrándosele los ojos, y con un arroyo de lágrimas que escapaba a través de sus párpados cerrados.

XXV. A menudo había notado que emociones semejantes, cuando llegaban hasta las lágrimas, creaban una especie de crisis saludable, que desarrollaba súbitamente la inteligencia y la volvía más apta para superar, inmediatamente después, la dificultad que parecía insuperable unos minutos antes. También había observado que si en medio de lo más fuerte de la emoción abandonaba de improviso el tono de reproche para sustituirlo con maneras acariciadoras y con algunas palabras de amistad y de aliento, obtenía entonces un aumento de la emoción, que doblaba el efecto que esperaba. La ocasión era favorable y no dudé en aprovecharla. Me acerqué a Víctor, hice escuchar palabras afectuosas que pronunciaba con términos apropiados para que pudiera asir el sentido, y que acompañé con testimonios de amistad más inteligibles todavía. Sus lágrimas redoblaron, acompañadas de suspiros y de sollozos; en tanto redoblando mis caricias, llevé la emoción a su mayor grado e hice, si puedo expresarme así, temblar hasta la última fibra del hombre moral. Cuando toda esta excitación estuvo completamente calmada, volví a colocar los mismos objetos delante de los ojos de Víctor, y lo invité a que me los señalara uno tras otro, en la medida que le mostraba sucesivamente los nombres. Comencé por pedirle el libro: lo observó primero bastante tiempo, hizo un movimiento para llevar a él la mano, y trató de sorprender en mis ojos algún signo de aprobación o de desaprobación que despejara su incertidumbre. Me mantuve en mis trece y mi fisonomía fue muda. Reducido, pues, a su propio juicio, concluyó que aquel no era el objeto solicitado, y sus ojos buscaron por todos los rincones del cuarto, deteniéndose únicamente sobre los libros que estaban diseminados en la mesa y sobre la chimenea.

Esta especie de revista fue para mí un rayo de luz. Abrí de inmediato un armario que estaba lleno de libros, y saqué una docena, entre los cuales tuve el cuidado de hacer entrar uno que era exactamente igual al que Víctor había dejado en su cuarto; verlo, cogerlo bruscamente y presentármelo con aire radiante, fue para Víctor cuestión de un instante.

XXVI. Suspendí aquí la prueba; el resultado bastaba para darme de nuevo las esperanzas que con demasiada ligereza abandonara, y para aclararme sobre la naturaleza de las dificultades que hacía surgir esta experiencia. Era evidente que mi alumno, lejos de haber concebido una idea falsa del valor de los signos, solamente hacía una aplicación demasiado rigurosa. Había tomado mis lecciones al pie de la letra, y por el hecho de que me hubiera limitado a dar la nomenclatura de objetos contenidos en su cuarto, se había persuadido que esos objetos eran los únicos a los cuales se aplicaba. De esta manera, cualquier libro que no fuese aquel que estaba en su cuarto no era un libro para Víctor, y para que se decidiese a darle el mismo nombre, se requería que una semejanza perfecta estableciera entre uno y otro una identidad visible. Bien diferente, en la aplicación de las palabras, de los niños que, comenzando a hablar, dan a los nombres individuales el valor de nombre genéricos con el sentido restringido de nombres individuales. ¿De dónde podía provenir esta extraña diferencia? Se debe, si no me equivoco, a una gran sagacidad de observación visual, resultado necesario de la educación particular dada al sentido de la vista. Yo había ejercitado este órgano de tal suerte a asir, con comparaciones analíticas, las cualidades aparentes de los cuerpos y sus diferencias de dimensión, de color, de conformación, que entre dos cuerpos idénticos se encontraban siempre, para ojos de ese modo ejercitados, algunos puntos de desemejanza que hacían creer en una diferencia esencial. Determinado así el origen del error, resultaba fácil remediarlo; se trataba de establecer la identidad de los objetos, demostrando al alumno la identidad de sus usos o de sus propiedades; había que hacerle ver que esas cualidades comunes dan el mismo nombre a cosas en apariencia diferentes; en una palabra, se trataba de enseñarle a considerar los objetos según sus puntos de contacto y no por la relación de su diferencia.

XXVII. Este nuevo estudio fue una especie de introducción al arte de las comparaciones. Al principio, el alumno se entregó al mismo con tan poca reserva, que comenzó a equivocarse de nuevo, uniendo la misma idea, y dando el mismo nombre a objetos que entre ellos sólo tenían como relación la analogía de sus formas o de sus usos. Fue así como bajo el nombre de libro designaba indistintamente a una resma de papel, un cuaderno, un periódico, un registro, un folleto; cualquier trozo de madera largo y estrecho fue llamado bastón, mientras que daba el nombre de cepillo a la escoba y de escoba al cepillo, y

que pronto, si no hubiera suprimido ese abuso de las identificaciones, hubiera visto a Víctor limitarse al empleo de un pequeño número de signos, que hubiera aplicado, sin distinción, a una cantidad de objetos completamente diferentes, y que únicamente tienen de común entre ellos algunas de las cualidades o propiedades generales de los cuerpos.

XXVIII. En medio de estas equivocaciones, o más bien de estas oscilaciones de una inteligencia que tiende sin cesar al reposo, y que continuamente muda por medios artificiales, creí ver desarrollarse una de esas facultades características del hombre, y del hombre pensante, la facultad de inventar. Al considerar las cosas desde el punto de vista de su analogía o de sus cualidades comunes, Víctor concluía que, si había entre diversos objetos semejanzas de forma, debía haber, en algunas circunstancias, identidad de usos y de funciones. Sin duda, la consecuencia era un poco arriesgada; pero daba lugar a juicios que, incluso cuando eran evidentemente defectuosos, se convertían para él en otros tantos medios de instrucción. Recuerdo que un día, en que le pedí por escrito un cuchillo, se contentó, después de buscar por algún tiempo, con presentarme una navaja que fue a buscar en un cuarto vecino. Fingí acomodarme a ello; y cuando su lección hubo terminado, le di a gustar, como de ordinario, pan, y le exigí que lo cortara en lugar de despedazarlo con los dedos según su costumbre. Para ello le tendí la navaja que me había traído bajo el nombre de cuchillo. Se mostró consecuente y quiso hacer el mismo uso, pero la poca fijeza de la hoja se lo impidió. No creí la lección completa; tome la navaja y la hice servir, en presencia de Víctor, para su verdadero uso. Desde entonces, ese instrumento ya no era y no debía ser ante sus ojos un cuchillo. No tardé en comprobarlo. Tomé su cuaderno, le mostré la palabra cuchillo, y el alumno me enseñó de inmediato el que empuñaba, y que le había dado cuando no pudo utilizar la navaja. Para que el resultado fuera completo, me faltaba hacer la contraprueba; se requería que, poniendo el cuaderno en manos del alumno, y tocando por mi parte la navaja, Víctor no me señalara ninguna palabra, dado que todavía ignoraba la de ese instrumento: esto fue lo que ocurrió.

XXIX. Otras veces los reemplazos que hacía suponían comparaciones mucho más singulares. Recuerdo que comiendo un día en la ciudad y queriendo recibir una cucharada de lentejas que se le presentó en el momento cuando la mesa no estaba puesta, se procuró un plato de sobre la chimenea, e improvisó

un cubierto con un pequeño dibujo bajo vidrio, de forma circular, rodeado por un marco cuyo borde desnudo y saliente podía asemejarlo a una cuchara.

XXX. Pero muy a menudo aquellos expedientes eran más felices, mejor encontrados, y merecían con mayor razón el nombre de invención. No temo dar este nombre a la manera como un día se proveyó de un portalápiz. Una sola vez, en mi gabinete, yo le había hecho usar ese instrumento para sujetar un trocito de tiza que no podía sostener con los dedos. Pocos días después, se presentó la misma dificultad; pero Víctor estaba en su cuarto, y no tenía al alcance de la mano portalápiz para sostener la tiza. Dejo al hombre más industrioso o más inventivo de decir, o mejor dicho, de hacer lo que hizo para procurarse uno. Tomó un utensilio de asar, empleado en las buenas cocinas, superfluo en las manos de un pobre salvaje, y que, por esta razón, estaba olvidado y enmohecido en el fondo de un pequeño armario: una aguja de mechar, en suma. Este fue el instrumento que tomó para reemplazar al que le faltaba y que supo, con una segunda inspiración de imaginación verdaderamente creadora, convertir en un verdadero portalápiz, reemplazando los pasadores por algunas vueltas de hilo. Perdonad, Monseñor, la importancia que concedo a este hecho. Se requiere haber vivido todas las angustias de una instrucción tan penosa; se requiere haber seguido y dirigido este hombre-planta en sus laboriosos desarrollos, desde el primer acto de la atención hasta esta primera chispa de la imaginación, para hacerse una idea de la alegría que sentí, y perdonadme ahora que repita con una especie de ostentación un hecho tan simple y tan ordinario. Lo que todavía agregaré a la importancia de este resultado, considerado como prueba de lo mejor actual, y como garantía de un mejoramiento futuro, es que en lugar de presentarse con un aislamiento que hubiera podido hacerlo ver como accidental, se agrupaba con cantidad de otros, menos sorprendentes sin duda, pero que, acaecidos en la misma época y emanados evidentemente de la misma fuente, se ofrecían a los ojos de un observador atento como resultados diversos de un impulso general. En efecto, es digno de destacar que, desde aquel momento, desaparecieron espontáneamente cantidad de hábitos rutinarios que el alumno había adquirido en su manera de vacar las pequeñar ocupaciones que le eran prescritas. Absteniéndose de hacer analogías forzadas y de sacar consecuencias alejadas, se puede, por lo menos, pienso, sospechar que la nueva manera de encarar las cosas, haciendo nacer la idea de realizar nuevas aplicaciones, debió necesariamente for-

zar al alumno a salir del círculo uniforme de esos hábitos de alguna manera automáticos.

XXXI. Convencido de que había establecido completamente en el espíritu de Víctor la relación de los objetos con sus signos, sólo me quedaba aumentar sucesivamente su número. Si se ha comprendido bien el proceder con que llegué a establecer el valor de los primeros signos, se habrá previsto que solamente podía aplicarse a los objeto circunscriptos y de poco volumen, y que no se podía rotular de la misma manera una cama, un cuarto, un árbol, una persona, así como las partes constituyentes e inseparables de un todo. No encontré ninguna dificultad en hacer comprender el sentido de esas nuevas palabras, aunque no pude unirlas visiblemente con los objetos que representaban como en las experiencias precedentes. Me bastó, para ser comprendido, indícar con el dedo la palabra nueva, y mostrar con la otra mano el objeto al que la palabra se refería. Tuve un poco de resistencia en hacerle comprender la nomenclatura de las partes que entran en la composición de un todo. De esta manera, las palabras dedos, manos, antebrazo, no pudieron durante largo tiempo ofrecer al alumno ningún signo distintivo. Esta confusión en la atribución de los signos se debía, evidentemente, a que el alumno todavía no había comprendido que las partes de un cuerpo, consideradas separadamente, formaban a su vez objetos distintos, que tenían su nombre particular. Para darle la idea, tomé un libro encuadernado, le arranqué las tapas y varias hojas. A medida que daba a Víctor cada una de esas partes por separado, escribía el nombre sobre el pizarrón; después, retomando de sus manos esos diversos restos, hacía que a su vez señalara sus nombres. Cuando estuvieron bien grabados en su memoria, coloqué en su lugar las partes separadas, y al pedirle los nombres, me las designó como antes; después, sin presentarle ninguna en particular y mostrándole el libro en su totalidad, le pedí el nombre: me señaló con el dedo la palabra libro.

XXXII. No se requería más para familiarizarlo con la nomenclatura de los diversos cuerpos compuestos, y para que, en las demostraciones que le hacía, no confundiera los nombres propios de cada una de las partes con el nombre general del objeto, tenía el cuidado, al mostrarle las primeras, de tocar cada una de inmediato y me contentaba, para la aplicación del nombre general, con indicar la cosa vagamente y sin tocarla.

XXXIII. De esta demostración pasé a la de las cualidades de los cuerpos. Entré aquí en el campo de las abstracciones, y penetré en el mismo con miedo de no poder entrar o de verme

inmediatamente detenido por dificultades insuperables. No se presentó ninguna, y mi primera demostración fue captada de una vez, aunque se refería a una de las cualidades más abstractas de los cuerpos, aquella de la extensión. Tomé dos libros encuadernados igual, pero de formato diferente: uno era un in-18, el otro un in-8. Toqué el primero. Víctor abrió su cuaderno y señaló con el dedo la palabra *libro*. Toqué el segundo, el alumno indicó de nuevo la misma palabra. Lo repetí varias veces y siempre con el mismo resultado. Tomé de inmediato el libro más pequeño y, entregándoselo a Víctor, hice que extendiera su mano abierta sobre la tapa; ésta quedaba casi completamente cubierta. Lo llevé a realizar lo mismo con el volumen in-8; su mano cubría apenas la mitad. Para que no pudiera equivocarse sobre mi intención, le mostré la parte que quedaba descubierta y lo llevé a extender los dedos sobre ese lugar: lo que no pudo hacer sin descubrir una porción igual de la que antes recubría. Después de esta experiencia, que demostraba a mi alumno de manera tan palpable la diferencia de extensión de esos dos objetos, le pregunté de nuevo el nombre. Víctor dudó; sentía que el mismo nombre no podía aplicarse indistintamente a dos cosas que acababa de encontrar tan desiguales. Esto era lo que yo esperaba. Escribí entonces sobre dos papeles la palabra *libro*, y deposité uno sobre cada libro. Escribí después sobre una tercera la palabra *grande* y la palabra *pequeño* sobre una cuarta; las coloqué junto a las primeras, una sobre el volumen in-8 y la otra sobre el volumen in-18. Después de haber hecho notar esta disposición a Víctor, retomé los marbetes, los mezclé por algún tiempo y se los di de inmediato para que los ubicara, lo que hizo convenientemente.

XXXIV. ¿Había sido comprendido? ¿El sentido respectivo de las palabras *grande* y *pequeño* había sido asido? Para tener la certeza y la prueba completa, he aquí cómo procedí. Hice traer dos clavos de longitud desigual; se los hice comparar más o menos de la misma manera que los libros. Después, habiendo escrito sobre dos papeles la palabra *clavo*, se los presenté, sin agregar los dos adjetivos *grande* y *pequeño*, esperando que, si mi lección precedente había sido bien aprendida, aplicaría a los clavos los mismos signos de grandor relativo que le había servido para establecer la diferencia de dimensión de los dos libros. Eso fue lo que hizo, con una prontitud que convirtió a la prueba en más concluyente todavía. Tal fue el proceder por medio del cual le di la idea de las cualidades de extensión. Lo empleé con el mismo éxito para convertir en inteligibles los signos que represen-

tan a las otras cualidades sensibles de los cuerpos, como las de color, peso, resistencia, etcétera.

XXXV. Después de la explicación del adjetivo, vino la del verbo. Para hacerla comprender del alumno, sólo tuve que someter un objeto del que conocía el nombre a diversas acciones que yo designaba, a medida que las ejecutaba, con el infinitivo del verbo que expresa esa acción. Tomé una llave, por ejemplo; escribí el nombre sobre un pizarrón; después, *tocándola, arrojándola, recogiéndola, llevándola a los labios, colocándola en su lugar,* etc., escribí, al mismo tiempo que ejecutaba cada una de esas acciones, sobre una columna junto a la palabra *llave,* los verbos *tocar, arrojar, recoger, besar, colocar,* etc. Substituí de inmediato la palabra llave por el nombre de otro objeto que sometí a las mismas funciones, mientras le señalaba con el dedo los verbos ya escritos. Ocurrió a menudo que al reemplazar de este modo y al azar un objeto por otro para expresar el régimen de los mismos verbos, había entre ellos y la naturaleza del objeto tal incompatibilidad que la acción pedida se convertía en ridícula o en imposible. La perplejidad que demostraba entonces el alumno se convertía casi siempre tanto en ventaja como en mi propia satisfacción, y nos brindaba a él la ocasión de ejercer su discernimieno y a mí la de recoger nuevas pruebas de su inteligencia. Un día, por ejemplo, que en razón del cambio sucesivo del régimen de los verbos se enfrentó con extrañas asociaciones de palabras, *desgarrar piedra, cortar taza, comer escoba,* salió pronto de la duda cambiando las dos acciones indicadas por los dos primeros verbos, con otras dos menos incompatibles con la naturaleza de su régimen. En consecuencia, tomó un martillo para romper la piedra, y dejó caer la taza para quebrarla. Llegado al tercer verbo, y no pudiendo encontrar reemplazante, buscó uno para el régimen, tomó un trozo de pan y se lo comió.

XXXVI. Reducidos a arrastrarnos penosamente y por circuitos infinitos en el estudio de estas dificultades gramaticales, hicimos marchar de frente, como medio de instrucción auxiliar y de diversión indispensable, el ejercicio de la escritura. El comienzo de este trabajo me ofreció dificultades sin número que, por lo demás, esperaba. La escritura es un ejercicio de imitación, y la imitación estaba por nacer en nuestro salvaje. Así, cuando le di por primera vez un trozo de tiza, que dispuse convenientemente en sus dedos, no pude obtener ninguna línea, ningún rasgo que supusiera en el alumno la intención de imitar lo que me veía hacer. Se requería aquí retroceder todavía, y procurar sacar de su inercia las facultades imitantes sometién-

dolas, como a las otras, a una especie de educación gradual. Procedí a ejecutar este plan ejercitando a Víctor en actos de imitación grosera, como levantar los brazos, adelantar el pie, sentarse, levantarse al mismo tiempo que yo, después abrir la mano, cerrarla, y repetir con sus dedos una cantidad de movimientos al principio simples, después combinados, que realicé delante suyo. En seguida puse en su mano, al igual que en la mía, una larga vara terminada en punta, que le hice mantener como portaplumas, con la doble intención de dar más fuerza y aplomo a sus dedos, por la dificultad de mantener en equilibrio ese simulacro de portaplumas y de hacerle visibles y, por consiguiente, susceptibles de imitación hasta los menores movimientos de la vara.

XXXVII. Preparados así por estos ejercicios preliminares nos imitamos en el pizarrón, provistos cada uno de un trozo de tiza, y colocando nuestras dos manos a la misma altura comencé por descender lenta y verticalmente hacia la base del pizarrón. El alumno hizo lo mismo, siguiendo exactamente la dirección, y repartiendo su atención entre su línea y la mía, y pasando sin cesar sus miradas de una a otra, como si hubiese querido colacionar sucesivamente todos los puntos.

El resultado de nuestra composición fue dos líneas exactamente paralelas. Mis lecciones subsiguientes sólo fueron un desarrollo del mismo procedimiento: de ello no hablaré. Diré solamente que el resultado fue tal, que al cabo de algunos meses Víctor supo copiar las palabras de las que conocía el valor, pronto reproducirlas de memoria y servirse, por último, de su escritura, por informe que fuera y así haya quedado, para expresar sus deseos, solicitar los medios para satisfacerlos, y asir por la misma vía la expresión de deseos o de voluntad de otros.

XXXVIII. Considerando mis experiencias como un verdadero curso de imitación, creí un deber no limitarlas a actos de imitación manual. Para ello acudí a varios procederes que nada tenían que ver con el mecanismo de la escritura, pero cuyo efecto era mucho más adecuado para ejercitar la inteligencia. Entre otros, tal es el siguiente: tracé sobre un pizarrón dos círculos casi iguales, uno frente a mí, el otro delante de Víctor. Después, sobre seis u ocho puntos de la circunferencia de esos círculos, seis u ocho letras del alfabeto, las mismas en los círculos, pero colocadas de diversa manera. Tracé después en uno de los círculos varias líneas que terminaban en las letras colocadas sobre su circunferencia: Víctor hacía lo mismo sobre el otro círculo. Pero como consecuencia de la disposición diferente de las letras, ocu-

rría que la imitación más exacta daba, sin embargo, una figura completamente diferente de la que le ofrecía como modelo. De aquí la idea de una imitación completamente particular, en la cual se trataba no de copiar servilmente una forma dada, sino de reproducir el espíritu y la manera sin verse detenido por la diferencia de resultados. No se trata de una repetición rutinaria de lo que el alumno veía hacer, y que se puede obtener, hasta cierto punto, de algunos animales imitadores, sino una imitación inteligente y razonada, variable en sus procederes como en sus aplicaciones, tal como se debe esperar del hombre dotado del libre uso de todas sus facultades intelectuales.

XXXIX. De todos los fenómenos que presentan al observador los primeros desarrollos del niño, el más sorprendente es tal vez la facilidad con que aprende a hablar, y cuando se piensa que la palabra, que es sin duda el acto más admirable de la imitación, es también el primer resultado, se redobla la admiración por esa inteligencia suprema[3] de la que el hombre es la obra maestra, y que queriendo hacer de la palabra el principal motor de la educación, no sujetó la imitación al desarrollo progresivo de las demás facultades y las convirtió, desde su comienzo, en tan activa como fecunda. Pero esta facultad imitativa, cuya influencia se expande sobre toda la vida, varía en su aplicación, según la diversidad de las edades, y solamente es empleada en el aprendizaje de la palabra en la más tierna infancia; después, presid a otras funciones, y abandona, por así decirlo, el intrumento vocal; de este modo, un niño, un adolescente inclusive, al dejar su país natal, pierde con toda rapidez las maneras, el tono, el lenguaje, pero jamás esas entonaciones de la voz que constituyen lo que se llama acento. De esta verdad fisiológica, resulta que al despertar la imitación en este joven salvaje llegado ya a la adolescencia, debí esperar no encontrar en el órgano de la voz ninguna disposición para aprovechar ese desarrollo de las facultades imitativas, suponiendo inclusive que no hubiera encontrado un segundo obstáculo en el estupor obstinado del sentido del oído. Bajo este último aspecto, Víctor podía ser considerado como un sordomudo, aunque muy inferior todavía a esa clase de seres esencialmente observadores e imitadores.

XL. No obstante, creí que no debía detenerme en esta di-

[3] Nótese que habiendo cambiado los tiempos, existiendo ya el imperio napoleónico en Francia, al redactar este "Informe" Itard no habla de la *Naturaleza,* como en *De la educación de un hombre salvaje,* o sea como esencia que es fuente de propiedades o de operaciones, sino de "inteligencia suprema". La ideología del régimen retornaba, junto con las formas políticas, a los clisés del antiguo régimen. (A.L.M.)

ferencia, ni renunciar a la esperanza de hacerlo hablar y a todas las ventajas que de ello derivan, después de haber intentado, para alcanzar este resultado, el último medio de que disponía: era llevarlo al uso de la palabra no por el sentido del oído, puesto que éste lo impedía, sino por el de la vista. Se trataba, pues, en esta última tentativa, de ejercitar los ojos para asir el mecanismo de la articulación de los sonidos, y la voz a repetirlos, por medio de una feliz aplicación de todas las fuerzas reunidas de la atención y de la imitación. Durante más de un año todos mis trabajos, todos nuestros ejercicios tendieron a ese fin. Para seguir paralelamente aquí el método de las gradaciones insensibles, hice preceder al estudio de la articulación visible de los sonidos con la imitación un poco más fácil de los movimientos de los músculos de la cara, comenzando por los que son más aparentes. De este modo, he aquí al institutor y al alumno frente a frente, haciendo morisquetas a quien mejor, esto es, imprimiendo a los músculos de los ojos, de la frente, de la boca, de la mandíbula, movimientos de toda clase; concentrando gradualmente las experiencias en los músculos de los labios y, después de haber insistido mucho en el estudio de los movimientos de esa parte carnuda del órgano de la palabra, someter al fin a la lengua a los mismos ejercicios, pero mucho más diversificados y continuados por más tiempo.[4]

XLI. Preparado de este modo, el órgano de la palabra debía prestarse, según me parecía, sin esfuerzo a la imitación de los sonidos articulados, y consideré este resultado tan próximo como infalible. Mi esperanza fue decepcionada, y todo lo que pude obtener de esa larga serie de sonidos se redujo a la emisión de algunos monosílabos informes, a veces agudos, a veces graves, y mucho menos netos todavía que los obtenidos con mis primeros ensayos. Sin embargo, insistí y luché, durante bastante tiempo todavía, contra la obstinación del órgano, hasta que al fin, viendo que la continuidad de mis cuidados y la sucesión del tiempo no realizaban ningún cambio, me resigné con concluir allí mis últimas tentativas en favor de la palabra, y abandoné mi alumno a un mutismo incurable.

[4] Este parágrafo es la síntesis más original y completa, y la primera históricamente, del método que se emplea actualmente para "desmudizar" a los sordomudos. En el propio Instituto del abate de l'Epée, todavía bajo la dirección del abate Sicard, que llevaron a su máximo desarrollo el método dactilológico, Itard crea, un cuarto de siglo antes de lo que es usual afirmar, el método fonético hoy en uso y el cual él mismo no creyó importante emplear en los sordomudos por su gran capacidad de atención y de imitación, plegándose así a la tradición de la famosa institución en que trabajaba. (A.L.M.)

III

Desarrollo de las facultades afectivas

XLII. Habéis visto, Monseñor, la civilización, sacando de su profundo embotamiento las facultades intelectuales de nuestro salvaje, determinar primero la aplicación a los objetos de sus deseos, y extender la esfera de sus ideas más allá de su existencia animal. Vuestra Excelencia va a ver, en el mismo orden de desarrollo, las facultades afectivas, despertadas primero por el sentimiento de necesidad del instinto de conservación, dar de inmediato nacimiento a sentimientos menos interesados, a movimientos más expansivos y a algunos de esos sentimientos ge-

nerales que hacen la gloria y el honor del corazón humano.

XLIII. A su entrada en la sociedad, Víctor, insensible a los cuidados que se tuvieron para con él, y confundiendo la diligencia de la curiosidad con el interés de la benevolencia, no dio durante mucho tiempo ningún testimonio de atención por la persona que lo cuidaba. Se le acercaba cuando se veía forzado por la necesidad, y se le alejaba cuando se sentía satisfecho; sólo veía en ella la mano que lo nutría, y en esa mano únicamente lo que contenía. De este modo, considerado bajo el aspecto de su existencia moral, Víctor era un niño, en los primeros días de su vida, que pasa del seno de la madre al de la nodriza, y de éste a otro, sin encontrar en ello otra diferencia que la cantidad o la cualidad del líquido que le sirve de alimento. Con la misma indiferencia, nuestro salvaje, al salir de sus bosques, vio cambiar en diversas circunstancias las personas dedicadas a vigilarlo, y después de haber sido acogido, cuidado y llevado a París por un pobre campesino del Aveyron, que le prodigó todos los testimonios de una ternura paternal, se vio separado del mismo sin dolor ni remordimiento.[1]

XLIV. Entregado durante los tres primeros meses de su ingreso a la Institución a las inoportunidades de los curiosos ociosos de la capital, y a las de aquellos que, bajo el título especioso de observadores, igualmente lo molestaban; vagando por los corredores y el jardín de la casa en las épocas más rigurosas del año; sumido en una suciedad asquerosa; sintiendo a menudo el aguijón del hambre, se vio de pronto querido, acariciado por una vigilante plena de dulzura, de bondad y de inteligencia, sin que ese cambio pareciera despertar en su corazón el más débil sentimiento de reconocimiento. Si se reflexiona sobre esto, no hay por qué sorprenderse. ¡Qué podían, en efecto, las maneras más acariciadoras, los cuidados más afectuosos, sobre un ser tan impasible! Y qué le importaba estar bien vestido, bien caldeado, cómodamente alojado y acostado muellemente, a él que, endurecido por las intemperies de las estaciones, insensible a las ventajas de la vida social, sólo conocía la libertad, y únicamente veía una prisión en el alojamiento más cómodo. Para excitarlo al reconocimiento, se requerían beneficios de otra especie y cuya naturaleza fuera apreciada por el ser extraordinario que era su objeto, y para esto, condescender a sus gustos, y hacerlo feliz a su manera. Me atuve fielmente a esta idea como indica-

[1] La situación de Víctor, y el cuadro consiguiente descrito aquí por Itard, corresponde al cuadro clínico de abandono que hoy, con la denominación de Spitz, llamamos de "hospitalismo". (A.L.M.)

ción principal del tratamiento moral de aquel niño. Hice conocer los primeros éxitos. Dije, en mi primer Informe, cómo había llegado a hacerle amar a su gobernanta y a convertirle la vida social en soportable. Pero este afecto, por vivo que pareciera, todavía podía ser considerado como un cálculo de egoísmo. Tuve ocasión de sospecharlo cuando observé que después de horas, e inclusive de días de ausencia, Víctor retornaba a la que lo cuidaba con demostraciones de amistad cuya vivacidad tenía por medida mucho menos la longitud de la ausencia que las ventajas reales que le procuraba su retorno y las privaciones que había sufrido durante esa separación. No menos interesado en sus caricias, primero las hizo servir para manifestar sus deseos y y no para testimoniar reconocimiento, de manera que si se le observaba con precaución al finalizar una comida abundante, Víctor ofrecía el triste espectáculo de un ser al que nada de lo que estaba a su alrededor le interesaba, puesto que en ese momento todos sus deseos estaban satisfechos. Sin embargo, la multiplicidad siempre creciente de sus necesidades, al hacer cada vez más numerosas sus relaciones con nosotros y nuestros cuidados para con él, abrió finalmente ese corazón endurecido a sentimientos nada equívocos de reconocimiento y de amistad. Entre los rasgos numerosos que puedo citar como pruebas de este cambio favorable, me contentaré con recordar los dos que siguen.

XLV. La última vez que arrastrado por antiguas reminiscencias y su pasión por la libertad de los campos nuestro salvaje se evadió de la casa, marchó en dirección de Senlis y alcanzó el bosque, de donde no tardó en salir, corrido sin duda por el hambre y la imposibilidad de poder desde ahora bastarse a sí mismo. Habiéndose acercado a los campos vecinos, cayó en manos de la gendarmería, que lo arrestó como vagabundo y lo conservó como tal durante quince días. Reconocido al cabo de ese tiempo, y llevado a París, fue internado en el Temple,[2] donde la señora Guérin, su vigilante, se presentó para reclamarlo. Cantidad de curiosos se habían reunido para ser testigos de esa entrevista que fue verdaderamente emocionante. Apenas Víctor vio a su gobernanta, palideció y perdió por un momento el conocimiento; pero sintiéndose besado, acariciado por la señora Guérin, se reanimó súbitamente, manifestando su alegría con gritos agudos, movimientos convulsivos de las manos y los

[2] "Le Temple" antiguo monasterio fortificado de los templarios, que por mucho tiempo se utilizó en Paris como prisión. Luis XVI estuvo detenido en su Torre, en 1792. Fue demolido en 1811. (A.L.M.)

rasgos expansivos de una figura radiante; se mostró, a los ojos de todos los asistentes, como un hijo afectuoso que, por su propio deseo, viene a arrojarse en los brazos de aquella que le dio vida, y no como un fugitivo que regresa forzado bajo la vigilancia de un guardia.

XLVI. No demostró menos sensibilidad en su entrevista conmigo. Fue a la otra mañana de ese día. Víctor estaba todavía en cama. Cuando me vio aparecer, se sentó, adelantando la cabeza y tendiéndome los brazos. Pero viendo que en lugar de aproximarme me quedaba de pie, inmóvil delante suyo, con un aire frío y un gesto de descontento, se desplomó en el lecho, se cubrió con sus mantas y se puso a llorar. Aumenté la emoción con mis reproches, pronunciados en tono elevado y amenazador; los llantos redoblaron, acompañados de largos y profundos suspiros. Cuando creí haber alcanzado el último punto de excitación de sus facultades afectivas, fui a sentarme en el lecho de mi pobre arrepentido. Esta había sido siempre la señal del perdón. Víctor me entendió, hizo los primeros tanteos de reconciliación y todo fue olvidado.

XLVII. Más o menos en la mismo época, el marido de la señora Guérin cayó enfermo y fue atendido fuera de la casa, sin que Víctor lo supiera. Este tenía, entre sus pequeñas atribuciones domésticas, la de poner la mesa para la comida, y continuó colocando el cubierto del señor Guérin, aunque cada día se lo hacían quitar, y el día mismo en que éste murió, su cubierto todavía fue puesto en la mesa. Se adivina el efecto que debió causar en la señora Guérin una atención tan dolorosa para ella. Testigo de aquella escena de dolor, Víctor comprendió que era la causa, y sea que se puso a pensar que había actuado mal, o que penetró en el fondo del motivo de la desesperación de su gobernanta, sintió cuán inútil y fuera de lugar era la atención que acababa de brindar, y por propia iniciativa levantó el cubierto, lo puso tristemente en el armario, y nunca más volvió a sacarlo.

XLVIII. Esta es una afección triste, por completo del dominio del hombre civilizado. Pero otra que no lo es menos, es la morosidad profunda en que cae mi joven alumno todas las veces que, en el curso de nuestras lecciones, después de haber luchado en vano, con todas las fuerzas de su atención contra alguna dificultad nueva, se ve en la imposibilidad de superarla. Es entonces cuando, penetrado por el sentimiento de su impotencia y conmovido tal vez por la inutilidad de mis esfuerzos, lo he visto mojar con sus lágrimas esos caracteres ininteligibles

para él, sin que ninguna palabra de reproche, sin que ninguna amenaza, ningún castigo hubiese provocado sus lágrimas.

XLIX. La civilización, al multiplicar sus afecciones tristes, ha debido necesariamente también aumentar sus alegrías. No hablaré de las que nacen de la satisfacción de sus nuevas necesidades. Aunque hayan concurrido poderosamente al desarrollo de las facultades afectivas, son, si puedo decirlo, tan animales que no pueden ser admitidas como pruebas directas de la sensibilidad del corazón. Pero citaré como tales el celo que pone y el placer que siente en atender a las personas que quiere, e inclusive de adelantarse a sus deseos, con los pequeños servicios que está a su alcance brindarles. Esto es, sobre todo, lo que se nota en sus relaciones con la señora Guérin. Señalaré aún, como sentimiento de un alma civilizada, la satisfacción que se refleja en todos sus rasgos, y que a menudo hasta se anuncia con grandes estallidos de risa, cuando detenido en nuestras lecciones por alguna dificultad, termina por superarla con sus propias fuerzas, o cuando contento de sus pequeños progresos, le testimonio mi satisfacción con elogios y estímulos. No solamente en sus ejercitaciones se muestra sensible al placer de hacer bien, sino también en las mínimas ocupaciones domésticas de las que está encargado, sobre todo si esas ocupaciones son de naturaleza tal que exigen un gran empleo de las fuerzas musculares. Cuando, por ejemplo, se le ocupa en aserrar leña, se le ve, en la medida en que la sierra penetra profundamente, redoblar su ardor y sus esfuerzos, y entregarse, en el momento en que la división va a terminar, a movimientos extraordinarios de alegría, que se estaría tentado de relacionar con un delirio maníaco, si no se explicaran naturalmente, de un lado por la necesidad de movimiento en un ser tan activo, y de otro por la naturaleza de esa ocupación que, ofreciéndole a la vez un ejercicio saludable, un mecanismo que lo divierte y un resultado que interesa a sus necesidades, le ofrece, de manera bien evidente, la reunión de lo que le agrada y de lo que es útil.

L. Pero al mismo tiempo que el alma de nuestro salvaje se abre a algunas de las alegrías del hombre civilizado, no deja por ello de mostrarse sensible a las de su vida primitiva. Siente siempre la misma pasión por la campaña, el mismo éxtasis a la vista de un claro de luna, de un campo cubierto de nieve, y los mismos transportes al ruido de un viento huracanado. Su pasión por la libertad de los campos se encuentra en verdad temperada por las afecciones sociales, y semisatisfecha con paseos frecuentes al aire libre; pero todavía sólo es una pasión mal ex-

tinguida, y solamente se requiere, para avivarla, una hermosa tarde de verano, la vista de un bosque umbroso, o la interrupción momentánea de sus paseos cotidianos. Esta fue la causa de su última escapada. La señora Guérin, en cama por dolores reumáticos, durante los quince días que duró su enfermedad, no pudo llevar a su alumno de paseo. Soportó pacientemente esa privación de la que evidentemene comprendía la causa. Pero cuando vio a su gobernanta fuera del lecho, dejó estallar una alegría que se convirtió en más viva todavía cuando al cabo de algunos días observó a la señora Guérin dispuesta para salir, y he aquí que de inmediato estuvo listo para seguirla. Ella salió y no lo llevó. Disimuló su descontento, y cuando a la hora de comer se le envió a la cocina para buscar los platos, aprovechó el momento en que la puerta cochera del patio estaba abierta para dar paso a un coche, se deslizó por detrás del mismo, y se precipitó a la calle, ganando rápidamente la puerta de Enfer.

LI. Los cambios realizados por la civilización en el alma del joven no se limitan a despertar en ella afecciones y alegrías desconocidas, sino que también han hecho nacer algunos de esos sentimientos que constituyen lo que llamamos rectitud del corazón; tal es el sentimiento interno de la justicia. Nuestro salvaje era al mismo tiempo tan poco susceptible, al salir del bosque, que durante mucho tiempo se requirió gran vigilancia para impedir que se entregara a su insaciable rapacidad. Se comprende que sintiendo entonces una única necesidad, la del hambre, la finalidad de todas sus rapiñas se limitaba al pequeño número de objetos que eran de su gusto. Al principio, más bien los tomaba que los robaba, y esto lo hacía con una naturalidad, comodidad, simplicidad, que tenían algo de conmovedor y retrotraían el alma al sueño de aquellos tiempos primitivos en que la idea de propiedad estaba todavía por nacer en el cerebro del hombre. Para reprimir esa inclinación natural al robo, utilicé algunos castigos aplicados en flagrante delito. Obtuve lo que la sociedad obtiene, por lo general, con el aparato aterrorizador de sus penas afligentes, una modificación del vicio antes que una verdadera corrección; de este modo, Víctor robó con sutileza lo que hasta entonces se había contentado con arrebatar abiertamente. Creí un deber ensayar otro medio de corrección, y para hacerle sentir más vivamente el inconveniente de sus rapiñas, empleamos con él el derecho de represalias. De este modo, como víctima de la ley del más fuerte, se veía arrancar de las manos y comer delante de sus ojos un fruto deseado, y que a menudo sólo había sido la recompensa justa de su docilidad; o despojado

de manera más sutil que violenta, encontraba sus bolsillos vaciados de las pequeñas provisiones que había guardado como reserva un instante antes.

LII. Estos últimos medios de represión tuvieron un éxito que nunca había esperado, y pusieron fin a la rapacidad de mi alumno. Sin embargo, esta corrección no se presentaba a mi espíritu como prueba segura de que había sido inspirado a mi alumno el sentimiento interno de la justicia. Presentía perfectamente que, a pesar del cuidado que había tenido de dar a mis procederes todas las formas de un robo injusto y manifiesto, no era seguro que Víctor viera en ello algo más que el castigo de sus propias malas acciones, y de aquí que se encontraba corregido por el miedo de nuevas privaciones y no por un sentimiento desinteresado del orden moral. Para aclarar esta duda, y tener un resultado menos equívoco, creí un deber poner a prueba el corazón de mi alumno con otra especie de injusticia que, no teniendo ninguna relación con la naturaleza de la falta, no pareciera ser el castigo merecido y fuera, por ello, tan odiosa como irritante. Elegí, para esta experiencia verdaderamente penosa, un día en que, teniendo desde hacía dos horas a Víctor ocupado en nuestros procederes de instrucción y, satisfecho igualmente de su docilidad y de su inteligencia, únicamente tenía elogios y recompensas para prodigarle. Sin duda se preparaba para ellos, a juzgar por el aire de alegría que se reflejaba en todos sus rasgos, como en todas las actitudes de su cuerpo. Pero cuál no sería su sorpresa al ver que en lugar de las recompensas acostumbradas, en lugar de esas maneras que con tanto derecho debía esperar, y que nunca recibía sin las más vivas demostraciones de alegría, tomando de pronto un aspecto severo y amenazador, borrando, con todos los signos externos del descontento, lo que acababa de alabar y de aplaudir, dispersando en todos los rincones del cuarto sus cuadernos y sus cartones, y asiéndolo finalmente por un brazo, lo arrastraba con violencia hacia un cuarto obscuro que, en los comienzos de su estadía en París le había servido algunas veces de prisión. Se dejó conducir con resignación hasta casi el umbral de la puerta. Allí, saliendo de pronto de su obediencia acostumbrada, apoyándose con los pies y con las manos en el marco de la puerta, me opuso una resistencia de las más vigorosas y que me halagó por cuanto era nueva en él, y nunca, listo para sufrir igual castigo cuando lo merecía, había desmentido en un solo instante su sumisión con la duda más ligera. No obstante, insistí para ver hasta que punto llevaba su resistencia, y empleando todas mis fuerzas qui-

se levantarlo del suelo para introducirlo en el cuarto. Esta última tentativa excitó toda su furia. Arrebatado de indignación, rojo de cólera, se debatió entre mis brazos con una violencia que volvió durante algunos minutos infructuosos mis esfuerzos; pero al final, sintiéndose próximo a sucumbir bajo la ley del más fuerte, acudió al último recurso del más débil; se arrojó sobre mi mano, y en ella dejó la huella profunda de sus dientes. ¡Qué felicidad hubiera sido en ese momento hacerme entender por mi alumno, y decirle hasta qué punto inclusive el dolor de su mordedura, llenaba mi alma de satisfacción y me recompensaba de todos mis esfuerzos! ¿Cabía menos alegría? Era un acto innegable de que el sentimiento de lo justo y de lo injusto, esa base eterna del orden social, no era extraño al corazón de mi alumno. Al darle este sentimiento, o más bien al provocar su desarrollo, acababa de elevar al hombre salvaje a la más completa altura del hombre moral, por el más neto de sus caracteres y la más noble de sus atribuciones.

LIII. Al hablar de las facultades intelectuales de nuestro salvaje, no disimulé los obstáculos que habían detenido el desarrollo de algunas de ellas, y me impuse el deber de señalar con exactitud todas las lagunas de su inteligencia. Fiel al mismo plan en la historia de los afectos de ese joven, descubriré la parte bruta de su corazón con la misma facilidad con que presenté la parte civilizada. No callaré que aunque convertido en sensible al reconocimiento y a la amistad, aunque parezca sentir vivamente el placer de ser útil, Víctor ha permanecido esencialmente egoísta. Lleno de cortesía y de cordialidad cuando los servicios que se le piden no están en oposición con sus deseos, permanece extraño a esa obligación que no calcula las privaciones ni los sacrificios, y el dulce sentimiento de la piedad está todavía por nacer en él. Si en sus relaciones con su gobernanta se le ha visto a veces compartir su tristeza, eso no era más que un acto de imitación análogo al que arranca lágrimas de un niño que ve llorar a su madre o a su ama. Para comprender los males de otro, se requiere haberlos conocido, o por lo menos tener la idea en nuestra imaginación; esto no se puede esperar de un niño, o de un ser como Víctor, extraño a todos los dolores y privaciones que componen nuestros sufrimientos morales.

LIV. Pero, lo que en el sistema afectivo de este joven parece todavía más sorprendente y fuera de cualquier explicación, es su indiferencia para con las mujeres, en medio de los movimientos impetuosos de una pubertad muy pronunciada. Aspi-

raba yo mismo a la llegada de esta época, como fuente de sensaciones nuevas para mi alumno y de observaciones atrayentes para mí, espiando con cuidado todos los fenómenos precursores de esa crisis moral, esperando cada día que un soplo de ese sentimiento universal, que mueve y multiplica a todos los seres, viniera a animar a éste y a engrandecer su existencia moral. Vi llegar, o más bien estallar esa pubertad tan deseada, y a nuestro joven salvaje consumirse con deseos de una violencia extremada y de una sorprendente continuidad, sin presentir cuál era el fin, y sin sentir por ninguna mujer el más débil sentimiento de preferencia. En lugar de esa vehemencia expansiva que precipita un sexo con el otro, sólo vi en él una especie de instinto ciego, y débilmente pronunciado que, en verdad, le convertía la sociedad de las mujeres en preferible a la de los hombres, pero sin que su corazón tomara parte en esa distinción. Fue así como, en una reunión de mujeres, lo vi varias veces, buscando cerca de una de ella satisfacción a sus ansiedades, sentarse a su lado, pellizcarle suavemente la mano, el brazo y las rodillas, y continuar hasta que, sintiendo sus deseos inquietos aumentar, en lugar de calmarse con esas singulares caricias, y no entreviendo ningún término a sus penosas emociones, cambió de pronto de maneras, rechazó con humor la que había buscado con una especie de diligencia, y se dirigió de inmediato a otra con la que se comportó de la misma manera. Sin embargo, un día llevó sus arranques un poco más lejos. Después de haber empleado las mismas caricias, tomó a la dama por ambas manos y la arrastró, sin ejercer, no obstante, violencia, al fondo de una alcoba.

Allí, muy embarazado por su capacidad, ofreciendo en sus maneras y en la expresión extraordinaria de su fisonomía una mezcla indecible de alegría y de tristeza, de osadía y de incertidumbre, solicitó varias veces las caricias de su dama presentándole sus mejillas, dio vueltas alrededor de ella con lentitud y con aire de meditación, para terminar por lanzarse sobre sus hombros, abrazándola estrechamente por el cuello. Esto fue todo, y esas demostraciones amorosas terminaron, como las otras, con un movimiento de despecho que le hizo rechazar al objeto de sus efímeras inclinaciones.

LV. Aunque después de esta época, este desgraciado joven no haya estado menos atormentado por la efervescencia de sus órganos, ha dejado por lo menos de buscar en sus caricias impotentes alivio a sus deseos inquietos. Pero esta resignación, en lugar de dulcificar su situación, solamente sirvió para exaspe-

rarlo, y hacer encontrar a este infortunado un motivo de desesperación en un deseo imperioso que no espera satisfacer. De este modo, cuando a pesar del recurso de los baños, de un régimen calmante y de ejercicios violentos, esa tempestad de los sentidos viene a estallar de nuevo, se produce un cambio total en el carácter, por naturaleza dulce, del joven, y pasando súbitamente de la tristeza a la ansiedad, y de la ansiedad al furor, se disgusta de sus más vivas alegrías, suspira, derrama lágrimas, lanza gritos agudos, desgarra sus ropas, y se encoleriza a veces hasta el punto de rasguñar o de morder a su gobernanta. Pero aunque entonces ceda a un furor ciego que no puede dominar, testimonia después un verdadero arrepentimiento, y pide besar la mano o el brazo que acaba de morder. En este estado, el pulso está elevado, la figura vultuosa; y a veces la sangre brota por la nariz y por los oídos, lo cual pone fin al acceso y aleja por largo tiempo la recidiva, sobre todo si esa hemorragia es abundante. Partiendo de esta observación debí, para remediar ese estado, y no pudiendo o no atreviéndome a hacer algo mejor, intentar el uso de la sangría, pero no sin muchas reservas, persuadido de que la verdadera indicación es calmar esa efervescencia vital, y no extinguirla. Pero debo decir que si bien obtuve un poco de calma, por ese medio y muchos otros que sería inútil enumerar aquí, el efecto sólo fue pasajero, y que de esa continuidad de deseos tanto violentos como indeterminados resultó un estado habitual de inquietud y de sufrimiento, que ha trabado continuamente la marcha de su laboriosa educación.

LVI. Así fue aquella época crítica que prometía tanto, y que sin duda hubiera llenado todas las esperanzas que le habíamos adjudicado, si en lugar de concentrar toda su actividad sobre los sentidos, hubiese animado con el mismo fuego al sistema moral, y llevado a ese corazón embotado la llama de las pasiones. Sin embargo, no disimularé que habiendo ahora profundamente reflexionado, comprendo que al contar con el desarrollo de los fenómenos de la pubertad, lo hacía asimilando con el pensamiento a mi alumno con un adolescente ordinario, en el cual el amor de las mujeres precede bastante a menudo, o por lo menos acompaña siempre, la excitación de las partes fecundantes. Este acuerdo de nuestras necesidades y de nuestros gustos no podía encontrarse en un ser al que la educación no había enseñado a distinguir un hombre de una mujer, y que solamente debía a las únicas inspiraciones del instinto entrever esa diferencia, sin hacer la aplicación a su situación presente. No dudé que si me hubiese atrevido a descubrir a este joven

el secreto de sus inquietudes y la finalidad de sus deseos, hubiera sacado de ello una ventaja incalculable. Pero, por otra parte, suponiendo que me hubiese sido permitido intentar semejante experiencia, ¿no habría que temer el hacer conocer a nuestro salvaje una necesidad que hubiera procurado satisfacer tan públicamente como las demás y que lo hubiera arrastrado a actos de una indecencia repugnante? Debí detenerme, intimidado por el temor de semejante resultado, y resignarme a ver, como en otras tantas circunstancias, desvanecerse mis esperanzas frente a un obstáculo imprevisto.

Esta es, Monseñor, la historia de los cambios ocurridos en el sistema de las facultades afectivas del *Salvaje del Aveyron.* Esta sección termina necesariamente todos los hechos relativos al desarrollo de mi alumno durante el espacio de cuatro años. Un gran número de esos hechos depone en favor de su perfectibilidad, mientras que otros parecen negarla. Me he puesto como obligación presentar sin distinción tanto a unos como a los otros, y de contar con la misma verdad tanto mis fracasos como mis éxitos. Esta sorprendente variedad en los resultados convierte, de alguna manera, en incierta la opinión que se puede expresar sobre este joven, y lanza una especie de desacuerdo en las consecuencias que se presentan como continuación de los hechos expuestos en esta memoria. De este modo, agrupando los que se encuentran diseminados en los parágrafos VI, VII, XVIII, XX, XLI, LIII y LIV, no se puede menos que conluir, 1o.) que, en consecuencia de la nulidad casi absoluta de los órganos del oído y de la palabra, la educación de este joven es y será para siempre incompleta; 2o.) que, a consecuencia de larga inacción, las facultades intelectuales se desarrollan de manera lenta y penosa, y ese desarrollo que, en los niños criados en la civilización, es el fruto natural del tiempo y de las circunstancias, aquí es el resultado lento y laborioso de una educación que debe actuar en todo, y cuyos medios más poderosos deben emplearse para obtener los efectos más pequeños; 3o.) que las facultades afectivas, saliendo de la misma lentitud de su largo embotamiento, se encuentran subordinadas, en su aplicación, a un profundo sentimiento de egoísmo, y que la pubertad, en lugar de haberles impreso un gran movimiento de expansión, parece sólo haberse pronunciado fuertemente para probar que existe en el hombre una relación entre las necesidades de sus sentidos y las afecciones de su corazón, y este acuerdo simpático es, como la mayoría de las pasiones grandes y generosas, el feliz fruto de su educación.

Pero si se recapitulan los cambios felices sobrevenidos en el estado de este joven y particularmente los hechos consignados en los parágrafos IX, X, XI, XII, XIV, XXI, XXV, XXVIII, XLIV, XLV, XLVI, XLVII y XLIX, se debe encarar su educación desde un punto de vista más favorable y admitir como conclusiones rigurosamente justas, 1o.) que el perfeccionamiento de la vista y del tacto y los nuevos goces del gusto, al multiplicar las sensaciones y las ideas de nuestro joven salvaje, han contribuido poderosamente al desarrollo de las facultades intelectuales; 2o.) que considerando este desarrollo en toda su extensión, se encuentra, entre otros cambios felices, el conocimiento del valor convencional de los signos del pensamiento, la aplicación de este conocimiento a la designación de los objetos y a la enunciación de sus cualidades y de sus acciones, de donde la extensión de las relaciones del alumno con las personas que lo rodean, la facultad de expresarles sus deseos, de recibir órdenes, y de realizar con ellas un libre y continuo intercambio de pensamientos; 3o.) que a pesar de su gusto inmoderado por la libertad de los campos y su indiferencia por la mayoría de los goces de la vida social, Víctor se muestra reconocido de los cuidados que se le brindan, susceptible de una amistad cariñosa, sensible al placer de la buena conducta, avergonzado de sus equivocaciones y arrepentido de sus arranques; 4o.) y que, por último, Monseñor, desde cualquier punto de vista que se encare esta larga experiencia, ya sea que se la considere como la educación metódica de un hombre salvaje, ya sea que se limite a verla como el tratamiento físico y moral de uno de esos seres desgraciados por naturaleza, rechazados por la sociedad, y abandonados por la medicina, los cuidados que se tuvieron para con él, los que todavía se le deben brindar, los cambios que se produjeron, los que se pueden esperar, la voz de la humanidad, el interés que inspira un abandono tan absoluto y un destino tan singular, todo recomienda a este joven tan extraordinario a la atención de los sabios, a la solicitud de nuestros administradores y a la protección del gobierno.

NATURALEZA HUMANA Y EDUCACION

Alberto L. Merani



En 1803 es descubierto en Aveyron, provincia francesa, un joven que había vivido y crecido en los bosques, sin ningún contacto con la civilización. La voz popular lo llamó "El salvaje de Aveyron" y con ese nombre se consigna en la historia. El joven fue conducido a París y una vez ahí, enviado a una institución para sordomudos, establecida en la calle Saint-Jacques; en realidad no se sabía a dónde podía ser enviado. En aquella institución, el médico Itard cuidó de él sometiéndolo a un proceso de educación; al darse cuenta, por medio de pruebas experimentales, de que no tenía impedimentos orgánicos para oír o hablar. Sus reflexiones fueron escritas en el "Informe" y la "Memoria" que publicamos en el presente volumen por primera vez en español y debido a la cuidada traducción de Susana Merani junto a las notas críticas del destacado psicólogo y pedagogo Alberto L. Merani.

¿Cuál es la importancia de estos textos? En primer lugar, el carácter evolutivo e histórico de la naturaleza humana se nos presenta por primera vez como unidad indisoluble; en segundo. Itard es precursor con sus estudios, en el terreno de la pedagogía para sordomudos, estableciendo así las bases para la educación activa, tan en boga en nuestros tiempos; en tercero, nos permite incursionar en el espinoso y profundo problema de ¿qué es la naturaleza humana?

Tanto los textos de Itard como el ensayo introductorio son lectura obligada para quien esté interesado en estos temas. "Ningún educador puede ignorarlos —dice Merani—. Ser maestro sin haberlos leído, reflexionado, es como oficiar misa ignorando el credo".